



FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA
Y RELACIONES INTERNACIONALES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Licenciatura en Relaciones Internacionales

Tesina de grado

**“La Política Exterior de Turquía en Libia y Siria: Desde el principismo al
militarismo (2011-2020)”**

Alumna: Abril Manali Muñoz

Legajo: M-2721/9

Director: Doc. Rubén Paredes Rodríguez.

Rosario, 2022

Agradecimientos

A mi Mamá y a Roberto, quienes durante años hicieron el esfuerzo enorme para que sea la primera en mi familia en poder estudiar una carrera profesional.

A las chicas, mis amigas de toda la vida, las que creyeron siempre más en mí, que yo misma. A mis amigos de la facultad, por guiarme, acompañarme e incentivarme.

A mi Director, Rubén, a quien admiro por su dedicación, su paciencia y vocación. Gracias por siempre empujarnos a que tengamos un pensamiento crítico y analítico.

A la Universidad Nacional de Rosario y a sus profesores, por impulsar siempre la excelencia académica, por permitirme desafiar mis creencias y por brindarme las herramientas necesarias para cumplir mis metas.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
Marco conceptual	14
Marco metodológico.....	17
CAPÍTULO 1	18
La política de Profundidad Estratégica: Principios generales	18
La vinculación con Libia y Siria bajo la lógica de la Profundidad Estratégica.....	21
Libia.....	21
Siria.....	23
El hecho disruptivo del Siglo XXI en el MENA: La Primavera Árabe	25
Los límites al principismo turco	28
CAPÍTULO 2	34
Libia.....	34
La Primavera Árabe en Libia.....	34
La intervención de la OTAN	37
Segunda Guerra Civil en Libia	39
Siria	42
La Primavera Árabe en Siria	42
Aparición del Estado Islámico y radicalización del conflicto sirio.....	51
El pueblo kurdo y sus pretensiones autonomistas.	54
CAPÍTULO 3	61
Libia:.....	61
La militarización de la Política Exterior de Turquía en Libia	61
Siria	67
La militarización de la Política Exterior de Turquía en Siria.....	67
A MODO DE CONCLUSION	77
REFERENCIAS	83

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar las acciones de política exterior realizadas por Turquía en los conflictos aún abiertos de Siria y Libia durante el período de tiempo que transcurre entre el año 2011 y 2020. El punto de inicio fue la Primavera Árabe, en tanto Ankara, frente a un contexto permisivo y en base a su política exterior de corte principista, buscó situarse como modelo democrático a emular en la región de Medio Oriente y el Norte de África debido a que aglutinaba una pujante economía de mercado, un sistema político democrático e institucionalizado y un islam político moderado. El modelo turco aspiraba a posicionarse por encima de modelos más represivos y autoritarios de la región, buscando así instituirse como una potencia regional a la cual se debería de considerar. Sin embargo, frente al caótico devenir de los escenarios sirio y libio, y debido a contingencias internas propias de la política doméstica, Turquía debió sopesar su propia política exterior académica y emprender un recalibre de la misma, mutando a una política exterior de corte militarista y más bélica.

Palabras claves: Turquía – Política exterior – Medio Oriente- Primavera Árabe – Siria – Libia.

INTRODUCCIÓN

La actual República de Turquía fue fundada tras la finalización de la Primera Guerra Mundial y la consecuente disolución del Imperio Otomano con los respectivos Tratado de Sèvres (1920) y de Lausana (1923). Su fundador, Kamâl Atatürk, pretendía lograr el establecimiento de un Estado laico y moderno, llevando en consecuencia una serie de reformas radicales que apuntaban hacia la construcción de una nueva nación secular y occidentalizada y una nueva sociedad cuyo modelo serían los países europeos.

La búsqueda de una occidentalización en el plano doméstico tenía su correlato en el ámbito externo. Así, la política exterior del país no fue ajena a las reformas producidas al interior de Turquía. Desde entonces, las relaciones internacionales de Ankara se asentaron en dos pilares básicos, la consolidación de sus relaciones con Estados Unidos, especialmente durante el período de Guerra Fría, y la vigorización y robustecimiento de sus vinculaciones con Europa.

De esa manera, durante el período que transcurre desde la Segunda Guerra Mundial hasta la finalización de la denominada Guerra Fría, Ankara estableció un fuerte lineamiento con Occidente quedando éste materializado en el ingreso a la OTAN en el año 1952, siendo un país clave en el diseño estratégico occidental por su privilegiada posición geográfica. Asimismo, desde inicio de la década de 1950, Turquía demostró su interés por unirse al proyecto de integración europea.

Durante el período mencionado, las relaciones de Ankara con los países que conforman la región de Medio Oriente y Norte de África (MENA, por sus siglas en inglés) fueron subestimadas y puestas en un segundo plano, fundamentalmente tras ser Turquía el primer Estado musulmán en reconocer al Estado Israelí. La decisión turca aminoró aún más los vínculos del país con sus vecinos regionales.

Con el arribo de la década de 1990 surgieron una serie de cambios trascendentales en el sistema internacional, especialmente tras el fin del Orden bipolar y la disolución de la entonces Unión Soviética. Las variables sistémicas trajeron consigo la necesidad de un rediseño de la política exterior turca.

Durante ese período, Turquía continuó manteniendo relaciones estrechas con Estados Unidos y paralelamente, continuó sosteniendo su segundo pilar, es decir, persistía en las negociaciones de ingreso a la Unión Europea.

Si bien durante la mayor parte de su historia moderna Ankara no ha considerado a Oriente Próximo como una prioridad de su política exterior, dándole la espalda al mundo islámico,

comenzó lentamente a virar su mirada hacia las regiones que había ignorado como Medio Oriente, Asia Central, los Balcanes y el Cáucaso (Tanspinar, 2009).

Con el inicio del nuevo siglo, comenzó a resquebrajarse el modelo de Estado turco que había sido ideado tras la Primera Guerra Mundial. Turquía había atravesado por un período de inestabilidad marcada por tres crisis económicas y nueve gobiernos diferentes. Es precisamente en esas circunstancias que el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP por sus siglas en turco) llega al poder en el año 2002, con el apoyo popular suficiente para lograr una mayoría absoluta en el parlamento turco, pudiendo gobernar en solitario y otorgándole mayor estabilidad a la política nacional.

El Primer Ministro turco y gran líder del partido gobernante, Recep Tayyip Erdoğan, comenzó a promover un conjunto de reformas cuya finalidad implicó la profundización del orden democrático y de la apertura social. En este sentido, Turquía debía ofrecer a la región un prototipo de Estado a emular, debido a que logra la convivencia de un sistema político democrático junto con una economía de mercado y un islamismo moderado, colocando a Ankara como una potencia regional debido a la simpatía con la que se percibe su modelo.

La política exterior turca inició así un proceso de rediseño de la mano de un académico de las Relaciones Internacionales, Ahmet Davutoğlu, quien se desempeñó primeramente como Ministro de Relaciones Exteriores durante el período 2009-2014, y posteriormente como Primer Ministro desde 2014 hasta 2016.

Davutoğlu fue uno de los grandes arquitectos de la nueva política exterior del gobierno de Erdoğan, reformuló el papel nacional de Turquía en el sistema internacional, su eje rector fue la doctrina de la *“Profundidad Estratégica”*, en referencia al libro así titulado que publicó en el año 2001. En su teoría, sostenía que la posición de una nación en el sistema internacional estará condicionada por su profundidad histórica y geoestratégica. Turquía, al estar localizada en la intersección de varias áreas territoriales relevantes para el sistema global y por ser la heredera natural del legado otomano, poseía una profundidad única (Tomé Alonso, 2011).

Davutoğlu desarrolló una visión de política exterior que presenta a Turquía como un ‘país central’ en la política global considerando su importancia histórica, su identidad y su posición privilegiada y por tanto Ankara no debía situarse en el mundo como un mero conector entre Occidente y Oriente, no podía ser concebido únicamente como una barrera de contención a las amenazas occidentales, sino que debía ser pensado como un ‘país central’ que poseía su propia área de influencia y debía actuar en función de ello

(Altunisik, 2011). En ese sentido, el país tenía que moldear una política exterior activa, pragmática, autónoma, asertiva (Walker, 2011), y con la posibilidad de contar con una “grand strategy” (Dueck, 2005).

Davutoğlu señaló que la insistencia del kemalismo en priorizar exclusivamente las relaciones con Occidente, en su afán por convertir a Turquía en una nación occidental, impidió que el país aprovechara una serie de oportunidades estratégicas y lo condenó a las malas relaciones con sus vecinos.

En la visión del ministro se detectaba la revalorización del grandioso legado otomano que poseía Turquía, lo cual penetró en el planteamiento de su política exterior en la que se hallaban elementos típicos del neotomanismo como la disposición a reconciliarse con el legado musulmán promoviendo un secularismo gradual y cierta influencia en los territorios que antiguamente conformaron el Imperio Otomano.

Existía una visión de grandeza que rodeaba a Turquía como un país capaz de conformarse como una potencia regional y el entendimiento de que el país debía acercarse tanto a Occidente como al mundo islámico (Taspinar, 2009).

La doctrina de la ‘Profundidad Estratégica’ se basaba en una serie de principios a seguir en el actuar externo: lograr un *balance entre seguridad y libertad*, poseer una *diplomacia proactiva y preventiva de paz*, desarrollar una *diplomacia rítmica*, expandiendo y desarrollando la diplomacia turca en foros y organizaciones internacionales. Paralelamente, Turquía debía servirse de su *soft power*, ya que la fuerza del país no provenía solamente de su poderío militar, sino de su democracia y su fortaleza económica. Por último, el principio fundamental de la Profundidad Estratégica fue el de *cero problemas con los vecinos* a través del cual Ankara tenía que lograr pulir y perfeccionar las vinculaciones con su vecindario regional, siendo la interdependencia económica un instrumento eficaz para la pacificación de las mismas. El principio de cero problemas con los vecinos se edificó como el paraguas teórico a través del cual se desenvolverían y fortalecerían los vínculos regionales.

Este principio se cristalizó de manera más acabada en las relaciones con Siria, en donde habían existido dos asuntos principales que marcaron de manera negativa las relaciones entre ambos Estados desde los tiempos de la Guerra Fría. La primera cuestión se relacionaba con la utilización del agua de los ríos Éufrates y Tigris. Turquía había emprendido un proyecto ambicioso de irrigación para aprovechar sus aguas, lo cual provocó la oposición de Siria que interpretaba al proyecto como una manera de ejercer control sobre sus aguas. La segunda cuestión implicó la crisis que afrontaron ambos

países en 1998, en donde estuvieron al borde de la guerra debido a que el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) y su líder, Abdulá Ocalán, utilizaban bases militares sirias para lanzar ataques contra Turquía bajo la complicidad del régimen del presidente sirio, Bashar Al-Assad. Turquía amenazó con el uso de la fuerza si su vecino continuaba refugiando a los líderes de la organización, a la cual Ankara considera como terrorista. Finalmente, Siria cedió y la crisis se resolvió con el Acuerdo de Adana de 1998 y la salida del líder del PKK de Siria (Montenegro Pinto, 2020).

Con la política de “cero problemas” la mejora de relaciones llegó al más alto nivel e incluso se logró establecer el Consejo Estratégico de Cooperación de Alto Nivel Turco–Sirio. Los países incrementaron la cooperación en seguridad y las relaciones económicas, sobre todo a partir de la firma y posterior ratificación en 2007 del Tratado de Libre Comercio, que otorgó impulso no solo al comercio transfronterizo sino también a la generación de empleo.

En 2009 Turquía y Siria decidieron eliminar los requisitos para la obtención de visados lo que intensificó el turismo entre ambos. Además, Ankara se ofreció como mediador para lograr un acuerdo entre Siria e Israel por la región de los Altos del Golán, territorio que fue ocupado e integrado al sistema administrativo israelí luego de la Guerra de los Seis días en 1967 y la Guerra de Yom Kipur en 1973. Siria representó como ningún otro país la evolución de la política exterior turca desde la confrontación a la cooperación.

Con respecto a Libia, es imperioso mencionar que Turquía posee una serie de intereses estratégicos en el territorio que antiguamente conformaba parte del Imperio Otomano. Ambos estados sostienen lazos históricos, políticos y económicos desde hace tiempo, y fundamentalmente, los gobernantes de los dos países desarrollaron estrechas relaciones personales que lubricaban las vinculaciones en los demás niveles.

Con la política de “cero problemas con los vecinos” se ahondaron los lazos económicos y de cooperación comercial con Libia. Las constructoras turcas habían conseguido aproximadamente doscientos proyectos por un valor total de USD 12,5 millones, solamente entre el 2005 y el 2009, según la página web del Ministerio de Economía de Turquía. De manera paralela, más de veinte cinco mil ciudadanos turcos se encontraban realizando trabajos dentro del sector de la construcción en Libia, según cifras oficiales del Instituto de Trabajo de Turquía (Alican, 2012).

Las fructíferas relaciones de Turquía con Siria y Libia en el marco de la doctrina de la Profundidad Estratégica comenzaron a desestructurarse y diluirse tras la aparición de variables sub-regionales que emergieron en el MENA. A partir de enero del año 2011

surgió en Túnez lo que luego se denominó como “Primavera Árabe”, un proceso regional con implicaciones internacionales de enormes magnitudes que resultó en el rediseño total del tablero de Medio Oriente.

La Primavera Árabe se inició en la región a través de sociedades movilizadas que, pese a su característica sumisión, irrumpieron en el espacio público exigiendo una serie de reformas democratizadoras y económicas. Si bien es cierto que las movilizaciones difirieron en intensidad y particularidad según el caso país, las mismas se fundamentan en el hastío de vivir bajo gobiernos represivos y autoritarios cuyo respeto por las libertades individuales era nulo y cuyo crecimiento y desarrollo económico-social era extremadamente retardado. De esta manera, los movimientos emergentes durante este período lograron poner en jaque el orden político vigente hasta entonces.

Ningún país de la región quedó impermeabilizado frente a rotundo acontecimiento. Tras la caída del régimen político de Bel Alí en Túnez, rápidamente se inició un efecto dominó que afectó a Egipto, Libia, Bahrein, Yemen, Siria, Marruecos, Jordania y a gran parte de las Monarquías del Golfo.

En ese contexto regional con menores niveles de permisibilidad internacional, la política exterior turca se enfrentaba a un complejo dilema: mantener y hacer prosperar una política exterior de corte teórico y basada en principios, cuyo resultado final creían sería el aumento de la influencia de Ankara en tanto se podía erigir como faro de referencia que combinaba democracia, islam político y una economía pujante frente a una región con gobiernos autoritarios que sufrían una marcada pérdida de legitimidad, o emprender acciones pragmáticas, considerando que su contexto contiguo es altamente convulso, basadas en sus propios intereses nacionales y fundamentadas en sus propias concepciones de amenaza.

Frente a la existencia y permanencia de conflictos abiertos en Siria y Libia, Turquía emprendió un rediseño de su política exterior. El objeto de la tesina será precisamente analizar el recalibre de dicha política.

En Siria, el círculo gobernante allegado a Erdoğan comprendió que el caso no iba a diferir de los sucesos producidos en Túnez y Egipto, es decir, el resultado final de las protestas sería el derrocamiento del gobierno de Basar Al-Assad. De manera que si bien en una primera instancia el gobierno de Ankara, bajo el paraguas de la política de “cero problemas con los vecinos”, animó al gobierno de Damasco a realizar cambios democráticos, tras la cruenta represión ejercida por las fuerzas militares sirias, Turquía

decidió ejercer presión diplomática y finalmente romper sus relaciones bilaterales, otorgando apoyo a las facciones que luchaban contra el gobierno sirio.

Con el transcurso del tiempo, las protestas civiles devinieron en un conflicto armado que se estructuró en una *-proxy war-* guerra por delegación, en donde un entramado complejo y poco articulado de facciones y actores intervinieron en el territorio sirio. Como sostiene Soler i Lecha (2017), este conflicto ha ido cambiando de forma y se ha multiplicado el número de actores relevantes. Se inició como una movilización pacífica y devino un acto de insurgencia; la lucha por la libertad y la dignidad fue quedando eclipsada –o incluso secuestrada– por dinámicas sectarias.

Las consecuencias propias de la guerra civil, como el aumento de pretensiones autonómicas del pueblo kurdo asentado en las fronteras turco-sirias, y la radicalización del conflicto tras el surgimiento del denominado Estado Islámico (ISIS), condujeron a los formulados de política exterior de Turquía a detenerse y recalibrar el accionar externo tras reanalizar el escenario regional e identificar nuevas y potenciales amenazas.

En este sentido, Ankara practicó mayores niveles de tolerancia frente al gobierno sirio de Bashar Al-Assad, en tanto identificó que su interés nacional estratégico primordial era luchar contra los Kurdos, asentado en la frontera norte de Turquía con Siria, para evitar el separatismo y la formación de una entidad kurda autónoma en la recién mencionada frontera compartida con Damasco. Paralelamente inició un proceso de militarización de su política exterior, siendo ejemplos concretos la formulación, diseño y ejecución de las operaciones militares Escudo del Éufrates, iniciada en agosto de 2016 y Rama de Olivo, emprendida en enero de 2018.

Con relación al caso libio, la guerra civil desembocada bajo los efectos de la Primavera Árabe comenzó como una confrontación entre su gobernador Muammar Gadafi, perpetuado en el poder desde más de cuarenta años, y una oposición heterogénea pero que estaba aglutinada en su rechazo al régimen dictatorial y pujó por cambios políticos y económicos frente a sus percepciones de desesperanza y privación de derechos.

Durante los primeros meses del año 2011, los libios irrumpieron en el espacio público exigiendo una serie de reformas democratizadoras cuya respuesta inmediata fue la ejecución de la represión gubernamental. La instrumentalización de la fuerza militar implicó el establecimiento de la crítica generalizada por parte de la comunidad internacional, la cual comenzó a gestionar su injerencia en territorio libio a partir de marzo del 2011 cuando el ministro de Asuntos Exteriores francés promovió en el Consejo de Seguridad de la ONU la Resolución 1973, que autorizaba la creación de una zona de

exclusión aérea sobre Libia, así como la imposición de las “medidas necesarias” para otorgar la protección a los civiles. El 31 de marzo, la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) asumió el mando del conjunto de las operaciones que se estaban llevando a cabo en Libia, luego de haber tomado el control del embargo de armas que se decretó en la resolución de la ONU.

A principios de las conmociones populares, incluso durante las primeras semanas de las discusiones y acciones de intervención de la OTAN, Turquía se opuso a una intervención militar externa y buscó soluciones pacíficas, promoviendo reformas e intermediación entre el gobierno libio y los rebeldes (Alican, 2012).

Ankara trató durante cierto período de persuadir a Gadafi para que ejecutara algún tipo de reforma en pos de subsanar la exaltación de la población libia. Estas intervenciones diplomáticas alejadas de los instrumentos belicistas se corresponden y enmarcan en la persecución del principio ya expuesto de “cero problemas con los vecinos”. Paralelamente, Turquía debió garantizar en primera instancia las maniobras de evacuación necesarias para asegurar el resguardo de sus más de veinte mil habitantes que se encontraban trabajando en el sector de la construcción. Para emprender estas operaciones, Turquía precisaba el visto bueno del régimen libio, enfadar a Gadafi significaba arriesgarse a que quedasen atrapados entre los frentes.

Una vez concluida la evacuación, el 24 de marzo el canciller Davutoğlu anunció un cambio abrupto de rumbo, en tanto Turquía se movió para apoyar la operación aérea de la OTAN, suministrando cinco barcos de superficie y un submarino para ayudar a hacer cumplir el embargo de armas contra Libia (Hale, 2013). La intervención de la OTAN, liderada por los Estados Unidos, Reino Unido y Francia – con apoyo de Italia y amparada bajo la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas- internacionalizó el conflicto libio e inició un largo proceso que culminó con el derrocamiento y posterior muerte de Muammar al Gaddafi.

Tras la desaparición de Gadafi de la escena política, inició un período signado por las divisiones sectarias al interior del país. El fracaso de la oposición en el intento de establecer un único gobierno que detente el monopolio del poder en la totalidad del territorio derivó en la creación de dos gobiernos paralelos. Ambos entes gubernamentales comenzaron una lucha entre sí por el poder central y por el control de los recursos económicos: uno representado por el parlamento de Tobruk, con Abdullah Al- Thani como primer ministro y otro asentado en Trípoli, cuyo primer ministro era Omar Al-Hassi (Isaac, 2016).

El problema clave es que Gaddafi fue el Estado libio, el líder espiritual y no dejó tras de sí ningún tipo de estructura institucional. Esto hace difícil pensar en una rápida reconstrucción nacional partiendo de una base-cero estatal y en un escenario dominado por decenas de milicias que se niegan al desarme y aún tienen el escenario libio de muertes y enfrentamientos armados (Lechini de Álvarez y Rabbia, 2013).

Es bajo esta coyuntura extremadamente particular que los principios esgrimidos en la Profundidad Estratégica, y el corpus teórico que le dio vida a la política exterior turca fueron rediseñados y, en gran parte, abandonados. Turquía debió, otra vez, recalibrar su accionar externo ante los acontecimientos que sucedían en su vecina africana.

Las teorías aplicadas no tenían una correcta correspondencia con los intereses estratégicos que comenzaban a ganar mayor ímpetu en el escenario libio. Las aspiraciones turcas en pos de ampliar su influencia en el continente africano mediante la intervención y el desarrollo de la cooperación política, económica y militar fueron determinantes.

En noviembre de 2019, el Gobierno turco y el Gobierno de Acuerdo Nacional libio (GNA, por sus siglas en inglés), presidido por Fayeze al-Sarraj, firmaron dos acuerdos de cooperación (MoU, por sus siglas en inglés). El primero de ellos refiere a la cuestión de la delimitación de los espacios de soberanía en la parte oriental del Mediterráneo, el segundo acuerdo se proponía regular la cooperación militar de Turquía en Libia en varios aspectos.

Para enero de 2020, el parlamento turco votó a favor de otorgar un permiso con un año de vigencia, para enviar militares a Libia, dejando en manos del presidente la capacidad de decidir todos los aspectos de la misión, reflejo de su relativamente nuevo sistema presidencialista.

En diciembre de 2020, el Parlamento de Ankara ratificó el acuerdo con Libia que delimita las zonas económicas exclusivas (EEZ) de ambos países en el Mediterráneo oriental. La ratificación fue funcional a las proclamadas aspiraciones turcas de adjudicarse un importante espacio marítimo y el acuerdo se realizó apoyando a A Faiez El Sarraj.

Las revueltas producidas en Libia y su catastrófico desenlace le ha proporcionado a Turquía una enorme oportunidad para impulsar y renovar su “política africana”. Por supuesto, Ankara no es ajena a las disputas por el control de los recursos energéticos en Libia, la obtención de los mismos es vital para garantizar y sostener el correcto funcionamiento de su estancada economía.

Hasta hoy, la industria petrolera turca ha estado ausente de Libia. Y esto se está modificando, debido a que un gobierno favorable en Trípoli podría facilitar el desembarco de la petrolífera turca TPAO en yacimientos libios, no solo en el territorio continental, sino en sus espacios de soberanía en el Mediterráneo. De hecho, Turquía ya ha anunciado su intención de llevar a cabo actividades de exploración en las aguas declaradas como Zona Económica Exclusiva (ZEE) por el Gobierno libio (Sánchez Tapia, 2020).

Frente a lo expuesto en estas primeras páginas del trabajo surge el siguiente interrogante: ¿Cuáles han sido las acciones de política exterior emprendidas por Turquía en ambos conflictos abiertos en donde hubo un rediseño de ésta en el período 2011-2020? Este interrogante general se puede dividir en los siguientes: ¿cuáles fueron los principios y objetivos de la política exterior turca en el contexto de la Primavera Árabe?, ¿qué hechos condujeron a replantear la política exterior turca frente a los casos de Siria y Libia?, y ¿cuáles fueron los resultados del rediseño de la política exterior y de las acciones emprendidas por Turquía?

En este sentido, y a partir de la problemática analizada, el *objetivo general* de la tesina será analizar las acciones de política exterior acometidas por Turquía en los conflictos abiertos de Siria y Libia durante el período 2011, como año de inicio de la Primavera Árabe, hasta el 2020. Para emprender dicho análisis será fundamental formular *objetivos específicos*, entre ellos: identificar los principios y objetivos de la política exterior turca en el contexto de la Primavera Árabe, describir cuáles fueron los hechos de mayor envergadura que condujeron a un rediseño de la política exterior turca hacia Siria y Libia desde el 2011 hasta el 2020 y analizar cuáles fueron los resultados alcanzados por parte de la diplomacia de Ankara frente a los casos abiertos de Siria y Libia.

La *hipótesis general* que se desarrolla en este trabajo será que *la política exterior de Ankara con relación a los conflictos abiertos en Siria y Libia se ha modificado, pasando de una política exterior principista basada en un corpus teórico delimitado y claro, a una política militarista junto a una diplomacia artillada y de corte más pragmático que, si bien implicó el tensionamiento de sus vinculaciones bilaterales con actores que eran claves en la política exterior turca, le permitió sostener y preservar sus intereses nacionales más profundos en un contexto regional altamente convulso.*

Marco conceptual

En el presente apartado se abordarán aquellos conceptos que se entienden son claves para la comprensión y armado del trabajo expuesto.

Dado que el núcleo central del trabajo se estructura principalmente en el estudio de la política exterior turca, el primer concepto a definir será el mismo. Entendemos a la **política exterior** como una política pública, como el área de actividad gubernamental que es concebida como la relación entre el Estado y otros actores, particularmente otros Estados, que interactúan, aunque no exclusivamente en el sistema internacional. De aquí se podría dilucidar que el ámbito más próximo a la política exterior es el internacional, sin embargo, por el mismo hecho de ser una actividad gubernamental es necesario conocer no sólo el escenario donde la política exterior es recibida, sino también lo que ocurre en el proceso doméstico nacional donde ella es generada (Lasagna, 1995: 3 390).

En el caso de estudio, la política exterior turca si bien se dirigió a una diversidad de actores propios de la región del MENA, en el trabajo se privilegiará a dos Estados claves, Siria y Libia. Simultáneamente, el concepto de política exterior definido permite dilucidar la importancia de considerar los dos ámbitos en los que se diseña, aplica y evalúa una política exterior, el internacional y el doméstico. Estas consideraciones preliminares otorgan un mayor margen de entendimiento para poder comprender que la política exterior turca se crea atendiendo a los intereses y aspiraciones tanto internacionales como domésticos propios de Ankara, y se modificará en función de éstos.

En esta dirección, el segundo concepto clave a definir será el de **interés**, el mismo tendrá mayor funcionalidad si es abordado desde una perspectiva constructivista. Así, Alexander Wendt sostendrá que:

“Actors do not have a “portfolio” of interests than they carry around independent of social context, instead, they define their interests in the process of defining situation (...) Sometimes situations are unprecedented in our experience, and in these cases, we have to construct their meaning, and thus our interest” (Wendt, 1992: 398).

El concepto definido desde el constructivismo permite entender al mismo como un concepto cambiante a medida que los actores vayan dotándolo de contenido. De acuerdo a una situación específica, los intereses de los actores pueden tener una valoración distinta. Asimismo, el constructivismo permite pensar que un actor puede cambiar de interés en función de la lectura que haga de la realidad inmediata. El caso de la política exterior de Turquía, se adecua si se considera que, por los intereses identificados por los

decisores políticos ante determinados hechos, los intereses hayan ido variado (Pace, 2019).

El manto filosófico y político que recubre y edifica la política exterior turca durante los primeros años del siglo XXI será el *neo-otomanismo*, el cual aboga por una diversificación de la política exterior turca basada en su herencia otomana que la convierte en líder de los universos musulmán y turcomano y, por ende, un poder central en Eurasia (Murinson, 2006: 946). Supone la recuperación de un pasado glorioso y la crítica a aquellos que han renunciado a desarrollar su potencial. Al rescatar esta parte del pasado turco, que comporta cierto sentimiento de orgullo y confianza, deslegitima a la élite secular kemalista tradicional que tanto se ha esforzado por eliminar las opciones islámicas y medio oriental y por incluir al país en la ‘civilización europea/ occidental’ y su espacio de actuación autónoma puede ampliarse (Tomé Alonso, 2011: 7).

Bajo la observancia del neo-otomanismo, Davutoğlu diseña el corpus teórico de la Profundidad Estratégica, cuyo vector principal es la política de “*cero problemas con los vecinos*”, ésta reclama el aumento de los lazos con los vecinos y la integración en los diferentes subsistemas regionales a los que pertenece Turquía. Davutoğlu apuesta por la mejora radical de las relaciones con los países de Oriente Medio, lo que permitirá desarrollar e implementar la interdependencia económica que se enfatiza como fundamental para convertirse en el poder al que aspira (Tomé Alonso, 2011: 8). Libia, pero fundamentalmente Siria será el caso testigo por excelencia en donde se vislumbró la aplicación de dicho principio.

Asimismo, al interior de la formulación de la política exterior turca bajo la Profundidad Estratégica, el énfasis en la supremacía militar existe, pero deja espacio al ‘*soft power*’ como mecanismo que utilizará Turquía para lograr una proyección, lo que se considera legítimo y hasta una ‘responsabilidad’ en tanto se realizará en el espacio geopolítico del pasado otomano. (Tomé Alonso, 2011: 7). En este sentido, Devrim afirma que la nueva política exterior del AKP busca un enfoque de “poder blando”, utilizando instrumentos como el comercio para acercarse a sus vecinos y un amplio abanico de medios pacíficos que conllevan, entre otros, la ayuda y asistencia humanitaria, la participación en operaciones de mantenimiento de la paz y la contribución a la resolución de los conflictos, así como a los esfuerzos de reconciliación y reconstrucción de los posconflictos (Devrim, 2012)

Es importante comprender que en el período de análisis Turquía se percibía y se podía definir como un “*Middle Power*” (Potencia Media), entendiendo a éstas como Estados en

vías de desarrollo situados en las áreas semiperiféricas del capitalismo que han incrementado destacadamente su poder, situación que les ha permitido comenzar a desarrollar proyecciones geopolíticas y geoeconómicas de alcance regional y —de manera incipiente— global, haciéndolos sobresalir respecto de otros Estados con una posición estructural. Las potencias medias son Estados centrales y desarrollados, modernos, democráticos y con una diplomacia muy especializada de alcance global. Estas potencias muestran indicadores elevados de capacidades inmateriales. No obstante, a diferencia de las potencias mundiales, las potencias medias cuentan con capacidades materiales más limitadas, restricción que las ubica jerárquicamente por debajo de las potencias mundiales, pero por encima de las potencias regionales. Es importante anotar que estas potencias medias difícilmente lograrán ampliar sus capacidades materiales, pues este es su talón de Aquiles. Al no ser potencias mundiales, no están en el G7 ni en el Consejo de Seguridad, pero sí son miembros de la OCDE y juegan papeles importantes en las instituciones y regímenes internacionales. En este conjunto de Estados que destacan encontramos a: Brasil, China, India, México, Rusia, Sudáfrica, Polonia, Arabia Saudita, Argentina y Turquía (Rocha Valencia y Morales Ruvalcaba, 2011)

Los conceptos hasta aquí expuestos se desarrollaron en la política exterior turca con un gran énfasis hasta el inicio, y primeros años, de la denominada “*Primavera Árabe*”, ésta fue el nombre que se popularizó en los medios de comunicación para mostrar los cambios que estaban aconteciendo en las sociedades civiles que despertaron de la opresión impugnando a los regímenes políticos vigentes (Paredes Rodríguez, 2013: 14).

La Primavera Árabe exacerbó y profundizó la volatilidad de las vinculaciones entre los países que conforman la región de Medio Oriente y el Norte de África. En el MENA, los países establecen asociaciones de convivencia de manera estratégica persiguiendo algún interés en particular. Soler i Lecha define este tipo de vinculaciones a través del concepto de “*Alianzas Líquidas*” “(...) Cuando se forja una alianza no se fundamenta en una identidad o proyecto común sino en el miedo. La percepción de qué o quién representa una amenaza cambia en función de acontecimientos puntuales y es así como proliferan alianzas que se circunscriben a un tema y suelen tener fecha de caducidad. Son alianzas líquidas que se adaptan al relieve. La otra cara de la moneda es que las rivalidades también son líquidas. Actores tradicionalmente enemistados hacen frente común en un tema concreto sin con ello reconocerse como aliados. Lo líquido ha ido ganando a lo sólido sin sustituirlo plenamente” (Soler i Lecha, 2017).

El concepto de alianzas líquidas permite dilucidar la manera en que Turquía ejecuta sus relaciones con los Estados y organizaciones implicados, estableciendo un matrimonio de convivencia con el actor que otorgue mayores beneficios y menores costos en un escenario en particular. Lo expuesto se refleja en las relaciones de Turquía y Rusia en Siria, y de Turquía con los actores presentes en los conflictos sirio y libio que, por acción u omisión, culmina vinculándose o apoyando según sus propias estimaciones de las ganancias percibidas.

Marco metodológico

La investigación propuesta será realizada mediante una metodología cualitativa y se desarrollará dentro de la disciplina de las Relaciones Internacionales en el campo de las Ciencias Sociales. El objetivo de dicho análisis es estudiar en profundidad cuáles han sido las características de la política exterior de Turquía en Siria y en Libia desde enero de 2011 a diciembre de 2020. El objetivo es analizar cómo se han modificado y ajustado los cursos de acción de la política exterior turca con relación a dos actores fundamentales en la región del MENA, Siria y Libia.

La información ha sido recabada de fuentes primarias y secundarias, como ser distintos documentos, archivos de gobierno, discursos emitidos, artículos de revistas académicas, libros y capítulos de libros pertinentes a la política exterior turca y artículos periodísticos. El origen de las fuentes secundarias será tanto orientales como occidentales, fundamentalmente de Europa y de Estados Unidos.

La tesina se estructura en tres capítulos, en consonancia con las preguntas y los objetivos específicos que han sido mencionados anteriormente. El primero de ellos buscará identificar los objetivos y principios de la política exterior turca durante la primavera árabe. El segundo capítulo abarcará la descripción de aquellos hechos que se sucedieron tanto en Libia como en Siria y que condujeron a un replanteo de la política exterior turca. Por último, el tercer capítulo analizará y desarrollará cuales fueron los resultados alcanzados por parte de la diplomacia de Ankara en los conflictos aún abiertos de Libia y Siria. Por último, se delinearán una serie de conclusiones finales sobre el caso de estudio.

CAPÍTULO 1

En el presente capítulo se identifican los principios y objetivos de la Política Exterior de Turquía, bajo la lógica de la Profundidad Estratégica, en el contexto de la Primavera Árabe.

La política de Profundidad Estratégica: Principios generales

Cuando el AKP llegó al poder en el año 2002, inició un período de significativas modificaciones ideológicas, económicas y políticas. La política exterior fue precisamente una de las dimensiones que el AKP impregnó con su pensamiento. El artífice que diseñó y moldeó esta nueva política exterior fue el diplomático y académico de las Relaciones Internacionales, Ahmet Davutoğlu, quien primeramente, desde 2009 hasta 2014, se desempeñó como ministro de Asuntos Exteriores y luego, tras el acceso de Recep Tayyip Erdoğan a la jefatura del Estado post elecciones presidenciales, se convirtió en su Primer ministro.

El profesor universitario ha escrito una serie de trabajos y libros en donde recolectó sus principales visiones e ideas sobre cómo Turquía debía desenvolverse en el sistema internacional. Su libro más reconocido, ‘Strategic Depth’, fue publicado en el año 2000, años antes de llegar a ocupar cargos dentro del gobierno turco.

Davutoğlu desarrolló su corpus teórico impregnado por una visión ‘neotomana’ en virtud de que entendía que la ideológica oficial de la República de Turquía, el kemalismo, había desatendido durante décadas al mundo islámico que lo rodeó y que es parte constitutiva de su historia y legado. Ankara, enfocada exclusivamente en el mundo occidental, desestimó las provechosas vinculaciones que podía ejecutar en su vecindario regional, pasando por alta valiosas oportunidades económicas y fundamentalmente estratégicas-políticas.

Si bien es cierto que esta orientación meramente kemalista comenzó a modificarse tras el fin de la Guerra Fría, fundamentalmente con la aparición de nuevas amenazas y actores en el sistema internacional, fue el Gobierno islamista del AKP quien terminó por estructurar y diseñar una nueva manera de relacionarse con la comunidad regional e internacional, bajo el prisma del neo-otomanismo. En otras palabras, recuperar el legado imperial sobre los territorios que oportunamente le pertenecieron pero sin que ello sea percibido como una amenaza. Por el contrario, Turquía buscaba ser vista como un modelo exitoso que conjugaba ‘democracia, economía de mercado e Islam’.

Necati Demircan explica que “la idea del otomanismo, nació durante el reinado de Mahmud II (1808-39), y era la idea de unir a todas las comunidades bajo el pensamiento otomano, independientemente de la religión y la nacionalidad” (Demircan, 2021:2). Davutoğlu representa una especie de “segunda ola” de neo-otomanismo, en tanto las primeras aproximaciones se desarrollaron durante la presidencia de Turgut Ozal, a través de sus iniciativas primeramente en los Balcanes y luego en Asia Central.

Así, Davutoğlu intentó delinear una política exterior más asertiva y proactiva que se fundamentó en su idea de ‘Profundidad Estratégica’. Dicha noción fue desarrollada en el libro mencionado *ut supra* y estaba sedimentaba en dos ideas secundarias más, la profundidad histórica y la profundidad geográfica, que permeaban en los planteamientos vinculados a la posición que debía tener Ankara en el sistema internacional. Turquía, legítima heredera del Imperio Otomano, con sus diversas y distintas civilizaciones, religiones, culturas y legados, y junto a su indiscutible posición geo-estratégica, estaba convocada a ser un actor central de enorme relevancia dentro de la comunidad internacional. Turquía no debía conformarse con ser un mero “puente” o conector entre Oriente y Occidente, sino que, por su historia, su cultura y sus recursos, tenía que erigirse como un actor clave, sin confrontar con ninguna potencia extra regional, concentrándose en área regional.

En su libro, Davutoğlu creía que el pasado histórico, que forma parte de la identidad histórica, termina incidiendo y moldeando la mentalidad estratégica de los países. Por tanto, a la hora de emprender sus vinculaciones con los demás Estados, fundamentalmente con aquellos que forman parte de su vecindario regional, la herencia histórica y la identidad del Imperio Otomano deben establecerse como estrategia dentro de la política exterior (Davutoğlu, 2000).

A través de la doctrina de la Profundidad Estratégica, Davutoglu valoraba el poder innato de Turquía derivado de su posición geográfica en la intersección de Europa, África y Asia. En consecuencia, la Profundidad Estratégica de Turquía tenía como objetivo lograr que Ankara pueda establecer cierto orden dentro de su región y específicamente en el mundo musulmán en general.

El país debía claudicar con aquel rol pasivo que tuvo durante los años anteriores e involucrarse de manera más activa en la resolución de aquellos conflictos que aquejasen primeramente a su vecindario más inmediato. De esa manera, Turquía pretendía fortalecer los lazos con aquellos Estados que antiguamente habían formado parte del Imperio Otomano y que poseían un legado y una historia en común.

Fue así como se abandonó el aislacionismo kemalista para con la región y se buscó hacer renacer la llamada “esfera de influencia turca”, fomentando las buenas relaciones y la cooperación con aquellos países que habían formado parte del antiguo Imperio Otomano. Turquía tenía un imperativo categórico, es decir, ejercer un nuevo rol en la región, a través de una política activa de mediación y resolución de conflictos. En estos años, Ankara reconfiguró su relación diplomática con los países del Cáucaso, Balcanes y Medio Oriente, e impulsó las relaciones con Europa, Estados Unidos, Rusia y China bajo nuevos términos (Isaac, 2016).

La doctrina de profundidad estratégica poseía 5 principios básicos que debían de seguirse. El primero de ellos era la idea de *balance entre seguridad y libertad*, en donde se remarcaba que los derechos humanos, la democracia y la libertad se encuentran en el mismo nivel de importancia que la seguridad nacional, fundamentalmente considerando la inestabilidad de la geografía en que se encuentra el país. Ankara debía promover estos valores con el fin de presentarse como una alternativa válida y viable frente a los regímenes dictatoriales o tradicionalistas, aunando mayores cuotas de influencia y pudiendo establecerse como líder del eje suní, compitiendo con Arabia Saudita.¹

El segundo principio era el de diplomacia *proactiva y preventiva de paz*, el cual enfatizaba el potencial rol de Turquía como mediador de los conflictos regionales y globales. Un ejemplo concreto fue la iniciativa que presentó Ankara junto con Brasilia en el año 2010 para lograr avances en las negociaciones con Irán y su plan nuclear. Adicionalmente, Ankara se ha opuesto a una nueva ronda de sanciones contra Teherán en Naciones Unidas. El tercer principio buscaba lograr una política exterior *multidimensional*, en donde el país logre completar sus nuevos compromisos con sus antiguas alianzas. El cuarto componente era la diplomacia ‘rítmica’, que pretendía expandir y desarrollar la diplomacia turca en foros y organizaciones internacionales. Paralelamente, Turquía debía servirse de su *soft power*, ya que la fuerza del país no provenía únicamente de su poderío militar, sino de su democracia y su fortaleza económica.

Por último, Davutoglu, como ministro de Relaciones Exteriores, se ha centrado en la cooperación estratégica, el aumento del comercio y la solidaridad entre los vecinos del país, lo que se denominó principio de “*cero problemas con los vecinos*”. Esta política fue solo la manifestación de un objetivo más amplio de conectividad interregional para crear

¹ La competencia con el Reino Saudita estaba dada por el modelo político que conjugaba democracia con Islam y que devenía en un modelo a emular por el resto de los países islámicos.

una zona de paz y estabilidad, comenzando por sus vecinos (Yapar, 2021: 7). Tanchum (2020) añade que esta política se basa en el uso de herramientas de poder blando y que “security for all, political dialogue, economic interdependence and cultural harmony are the building blocks of this vision (Tanchum, 2020: 49).

La vinculación con Libia y Siria bajo la lógica de la Profundidad Estratégica

Libia

Desde antaño, Libia y Turquía establecieron sus relaciones en tanto la primera formaba parte del extenso Imperio Otomano. Durante más de cuatro décadas, el país norafricano estuvo gobernado por Muamar Muhamad Abu-minyar el Gadafi. Gadafi emerge como figura clave tras el Golpe de Estado producido en 1969 contra la Monarquía libanesa que gobernaba el país desde hacía décadas. En ese entonces, instauró un Consejo Militar Revolucionario y se autodeclaró primer ministro. Paralelamente, el Consejo de la Revolución proclamó al país como musulmán, nasserista y socialista y en conjunto con su líder nacional, iniciaron lo que conocemos como “La Revolución Verde”.

Para la década de 1970, Gadafi comenzó con el intento de debilitar la influencia que ejercían determinados clanes tribales en el país, presentes desde hacía décadas en el escenario libio. Sin embargo, pese a que pudieron conservar grados importantes de poder, el Líder logró “resumir y canalizar a través de su imponente imagen gran parte de las divergencias entre los diferentes sectores de la sociedad libia” (Rabbia, 2012: 8). Al mismo tiempo, Gadafi comenzó a exigir la nacionalización de empresas petroleras en el país, inauguró escuelas alrededor de todo el territorio nacional y proveyó de un plan de viviendas y alimentos a gran parte de la población. Se caracterizaba por su simpatía y gran adhesión ideológica al panarabismo y al nacionalismo, en un intento de proseguir los pasos del mítico Nasser en Egipto. En este sentido, Noemí S. Rabbia (2012) sostiene que: “Entre sus aciertos, el gobierno jamahirí elevó el papel de la mujer en la sociedad gestionando su participación en la Universidad, [...] utilizó el petróleo como herramienta de negociación internacional y los beneficios de su explotación para la promoción de inversión externa directa en los sectores no petroleros del país, como el turismo y el sector agrícola; destinó miles de millones de petrodólares para incrementar el poder africano y asistir a sus vecinos más pobres, lo cual le valió el apodo de “Rey de Reyes” en el continente. Sin embargo, entre sus excesos se encuentran, la falta de libertades políticas, la represión, persecución y muerte de los enemigos del régimen y el enfrentamiento con sectores de las fuerzas armadas, la clase media libia y algunos clanes del país debido a la

concentración de poder en las manos del líder de la Revolución. La corrupción, la entrega del control de sectores claves de poder a las tribus aliadas a su gobierno, las excentricidades del líder y su familia y el apoyo a las empresas internacionales destinadas a posicionar al país como líder de la región y el continente africano con un discurso anti-occidental” (Rabbia, 2012: 8).

Para la década de 1980 del pasado siglo, el entonces gobierno de Turgut Ozal inició una tímida, pero notoria expansión de la presencia turca en el país norafricano. Los países comenzaron a desarrollar visitas oficiales del más alto nivel, se habían incrementado los intercambios comerciales y se logró robustecer la relación bilateral. Sin embargo, fue durante el gobierno de Recep Tayyip Erdoğan, a principios de presente siglo, donde el impulso de expansión turco cobró mayor ímpetu y urgencia.

Sánchez Tapia (2020) detalla que, este renovado interés respondió fundamentalmente a dos factores claves, el primero de ellos fue la notable recuperación de la economía turca bajo el primer Gobierno del AKP, donde el crecimiento económico se acercaba al 10 % anual, según estimaciones del Banco Mundial. El segundo factor se encuentra vinculado a la ambición del entonces nuevo gobierno de erradicar el rol pasivo e irrelevante en el cual Turquía se encontraba inmersa, y así lograr erigir al país como un actor con quien resulta imprescindible contar en el contexto internacional, lo que implicó poner en marcha una política exterior activa que no debía descuidar escenarios y actores que en otro momento histórico resultaron secundarios.

Por su parte, Libia no solo representaba la puerta de ingreso al continente africano con la posibilidad de colocar a Turquía como actor clave en su vecindario regional, sino que fundamentalmente atesoraba aquellos recursos económicos y energéticos ² que Turquía carecía pero precisaba para sostener y expandir su economía en crecimiento e incluso sus ambiciosos proyectos de política exterior. Según Marc Saurina (2021), en la medida en que las vinculaciones se vigorizaban, Ankara logró, en términos económicos, aumentar sus volúmenes de exportaciones, expandir sus inversiones y diversificar sus proyectos empresariales en suelo libio, pero al mismo tiempo, en términos estratégicos buscó reducir su dependencia energética tanto de Irak como de Rusia, por lo que Libia resultaba un actor preponderante para el Política Exterior turca.

² Libia es el país que mayor cantidad de reservas posee en todo el continente africano. Adicionalmente, el país es uno de los principales y más importantes productores de gas natural.

Como se sostuvo anteriormente, fue durante este período donde las constructoras turcas habían conseguido más de doscientos proyectos por un valor total de USD 12,5 millones, solamente entre el 2005 y el 2009, según la página web del Ministerio de Economía de Turquía. De manera paralela, más de veinte cinco mil ciudadanos turcos se encontraban realizando trabajos dentro del sector de la construcción en Libia, según cifras oficiales del Instituto de Trabajo de Turquía (Alican, 2012).

Es bajo el paraguas de la Profundidad Estratégica que se fortalecieron y profundizaron los lazos económicos y de cooperación comercial con Libia. Paralelamente, la estrecha relación personal entre Erdoğan y Gadafi, permitió acentuar como nunca antes las relaciones bilaterales de ambos países.

Siria

Siria fue el caso testigo por excelencia en donde los objetivos y principios de la Profundidad Estratégica lograron materializarse. Recordemos que entre ambos países existían determinadas cuestiones que tensaban y obstaculizaban las relaciones bilaterales. El primer conflicto estuvo vinculado con la utilización del agua de los ríos Éufrates y Tigris, considerados como los ríos mesopotámicos más grande de la región. Tanto Siria como Turquía -e incluso Irak- intentaban ejercer mayores niveles de control sobre los recursos hídricos. En ese sentido, han construido diversos mecanismos, como las represas de Tabqa en Siria o la de Keban en Turquía, a los fines de aumentar su capacidad de control y utilización de dichos recursos. La puja por el control de las aguas de estos ríos, fundamentalmente para lograr abastecer determinadas necesidades internas de las respectivas poblaciones, ha sido el motivo de constantes fricciones a lo largo del Siglo XX.

Si bien durante la década de 1980 hubo intentos puntuales por apaciguar las tensiones, firmándose en ese entonces un Protocolo Bilateral entre ambos países, lo cierto es que fue recién en la década del 2000, con la llegada del AKP y su política de “cero problemas con los vecinos”, que se logró crear un Consejo de Cooperación Estratégica. Este acercamiento diplomático subsanó las otrora disputas por las aguas de los ríos en la relación bilateral.

El segundo conflicto latente se desarrolló a finales de la década de 1990, Montenegro Pinto (2020) explica que, en ese entonces, el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) y su líder, Abdulá Ocalán, lanzaban ataques militares sobre Turquía desde ciertas bases militares sirias, es decir, existía una complicidad tácita entre el PKK, considerado

como grupo terrorista por Turquía, y el régimen sirio de Bashar Al-Assad. Turquía amenazó con el uso de la fuerza si su vecino continuaba refugiando a los líderes de la organización, pero finalmente Siria cedió y la crisis se resolvió con el Acuerdo de Adana y la salida del líder del PKK de Siria.

Bülent Aras y Rabia Karakaya Polat (2008) afirman que la política de cero problemas con los vecinos llevó las relaciones turco-sirias a otro nivel. En este sentido, explican que el enfoque del AKP sobre Damasco fue el de emprender un proceso de desecuritización, entendido éste como un proceso en el cual se retiraban determinados temas de la agenda de 'seguridad' para concentrarse en el ámbito diplomático con un discurso político enfocado en la cooperación y en una normalización entre los Estados. Ambos académicos logran vincular ese cambio con una reversión en el equilibrio de poder entre la élite política y la élite militar del país, que ocurrió durante la administración del AKP.

Durante ese lapsus de tiempo, Turquía logró impulsar el robustecimiento de la dimensión económica-comercial. Fue así como estableció un Comité Económico Conjunto que facilitó numerosos acuerdos comerciales y promovió ferias y eventos bilaterales como la exposición industrial en Damasco en enero del año 2004, donde se engendraron millonarios contratos empresariales entre ambos Estados. D'Alema (2017) detalla que, luego de la mencionada exposición industrial, más de 300 empresarios turcos firmaron contratos con el sector empresarial sirio, logrando recaudar aproximadamente 250 millones de dólares.

Para el año 2007 entró en vigor el tratado bilateral de Libre Comercio. Dos años más tarde, los ministros de Relaciones Exteriores de Turquía y Siria, Davutoğlu y Walid Muallem respectivamente, acordaron el fin de los requisitos de visados entre ambos países. El proyecto final de Turquía era lograr impulsar una zona de libre comercio entre Ankara, Damasco, Beirut y Ammán.

Las exportaciones turcas se triplicaron entre 2006 y 2010, llegando a 1.850 millones de dólares y convirtiendo a Siria en el séptimo mercado más grande de Turquía en Oriente Medio y África del Norte. Además, Turquía promovió varios proyectos conjuntos de infraestructura. Por ejemplo, en 2011, comenzó a trabajar en una "represa de la amistad" en el río Orontes en la provincia sureña de Hatay, que debía irrigar tierras tanto turcas como sirias (D'Alema, 2017). Asimismo, ambos países comenzaron a trabajar de manera conjunta en la gestión colaborativa de los recursos hídricos del Éufrates.

Una clara señal de buenas relaciones bilaterales ha sido el rol de Ankara como mediador en la crisis entre Siria y a Israel por la cuestión del control de los Altos del Golán.³

Todos estos hitos representaron un acercamiento genuino entre ambos Estados, y un cierto alejamiento del régimen de Assad de la órbita de influencia de otros países, como Teherán.

Siria fue un caso de éxito y fue clave para la apertura de Turquía para con el Oriente Próximo. Como se sostuvo anteriormente, Siria representó como ningún otro país la evolución de la política exterior turca desde la confrontación a la cooperación, sin embargo, los cimbronazos que se sucedieron a nivel regional terminaron por desmantelar y desestructurar la política exterior turca que había sido desarrollada hasta entonces.

El hecho disruptivo del Siglo XXI en el MENA: La Primavera Árabe

El panorama esperanzador que caracterizó a las relaciones bilaterales de Turquía con Siria y con Libia durante casi una década comenzaron a desestructurarse tras el estallido, a finales del 2010, de una serie de movimientos y revueltas dentro de la región de Medio Oriente y del Norte de África, que hoy denominamos como Primavera Árabe.

Ignacio Ramonet (2011), sostiene que existieron determinadas causas generales que impregnaron y dieron forma al inicio de la Primavera Árabe. Entre dichos factores generales menciona el *factor político*, donde el autor remarca que bajo los lemas de “lucha anti-imperialista” y “caza de comunistas”, que solían utilizar los jefes de Estados de la región, se establecieron durante años gobiernos de partido único con escasos tintes democráticos. Estos tipos de gobiernos lograban controlar la producción de hidrocarburos, y fundamentalmente, no amenazaba a Occidente con su aprovisionamiento. Mientras el resto del Sistema Internacional atravesaba por procesos democratizadores, en distintos momentos históricos y con sus diversas peculiaridades, la región del MENA permaneció totalmente aislada y subsumida en sistemas gubernamentales cercanos a la lógica autoritaria y escasamente democrática.

El segundo factor clave para el surgimiento de las protestas fue claramente el *económico*. Los estados árabes, al igual que los demás países del resto del mundo, padecieron en distintos grados las consecuencias que fueron producto de la crisis financiera internacional que estalló en el año 2008. En ese entonces, en el MENA comenzaron a

³ Cabe mencionar que los Altos del Golán fueron ocupados por Israel en la Guerra de los 6 días de 1967 y desde entonces Siria reclama la soberanía como condición para cualquier tipo de negociación con Israel.

incrementar los índices de desempleo a la par que disminuía el volumen de remesas y los niveles de turismo, sectores claves y estratégicos en las economías de la región. Paralelamente, el valor de los hidrocarburos comenzó a depreciarse, encontrándose afectada la capacidad de recaudación de los Estados. Esta situación se agravó aún más en tanto países como Libia, Egipto y Túnez, debían cumplir con planes de ajustes económicos estructurales, acordados de manera conjunta con instituciones internacionales, lo cual profundizó aún más el malestar económico general y la inequidad en la distribución de la renta, afectando desproporcionalmente a las clases medias, quienes luego fueron los sujetos constitutivos y activos en las movilizaciones y revueltas. El tercer factor según Ramonet es el *social*, donde remarca la existencia de una gran proporción de jóvenes en la población total de los países árabes que poseían altos niveles de educación en tanto la gran mayoría eran egresados de prestigiosas universidades, pero no podían ser absorbidos por el mercado laboral por los exponenciales niveles de desempleo. Paralelamente, los jóvenes que tenían acceso a redes de internet, conocían y percibían a través de las redes sociales la existencia otro tipo de calidad de vida a la que no podían aspirar ni acceder en sus propios países de orígenes, situación que recrudecía el malestar social general.

Adicionalmente, se debería incluir los ínfimos niveles de libertad cívica-política, de posibilidad de participación ciudadana y el hastío generalizado frente a la existencia de gobiernos perpetuados en el poder con una lógica de sucesión cuasi monárquica.

En este sentido, Paredes Rodríguez plantea que: “La pérdida del miedo a la represión frente a toda manifestación pública se hizo en pos de las demandas de cambios políticos tangibles e inmediatos. La calle pasó a convertirse en el espacio vital de los reclamos al poder, y el medio de las convocatorias fueron las redes sociales como *Facebook* y *Twitter* que escaparon a la censura gubernamental en la era de la globalización. La apelación a la apertura política, la dignidad y la libertad se tradujeron en el pedido por la instauración de la democracia, pero a secas y sin adjetivos —liberal, social, árabe o islámica—, bajo un discurso contestatario cristalizado en dos palabras: fuera y basta” (Paredes Rodríguez, 2013: 15).

Como sostienen Lechini de Álvarez y Rabbia (2013), la Primavera Árabe tuvo un efecto dominó que impactó de lleno sobre las autocracias de mayor data en el norte africano y Medio Oriente. Túnez se constituyó en el comienzo de una larga serie de sucesos que reconfiguraron la escena política regional árabe y magrebí con desenlaces similares, pese a la especificidad de cada uno de los escenarios. Paralelamente, y al igual que sostiene

Paredes Rodríguez, las autoras remarcan la importancia estratégica que tuvieron las redes sociales en dichas protestas. Se entiende que el rol cumplido por las redes fue fundamental no sólo en la convocatoria de las manifestaciones, sino también en la conjugación de ideas más allá de las fronteras nacionales [...] las revoluciones en el mundo árabe han hecho sus reivindicaciones en las calles gracias a la red. El desarrollo tecnológico actuó como acelerador natural de los procesos revolucionarios originados en el seno del mundo árabe. El malestar extendido de las poblaciones árabes se catalizó en diciembre del 2010, en la ciudad tunecina de Sidi Bouzid. Si bien es cierto que el panorama tunecino estaba ciertamente preparado para el estallido de protestas, el detonante fue la autoinmolación pública del joven profesional y vendedor ambulante de veintiséis años, Tariq Tayyib Mohamed Bouazizi, hastiado de la carestía de la vida, la humillación vivida, la corrupción intrínseca en el tejido político del país y del malestar generalizado existente en el panorama social tunecino.

Nació así la Revolución de los Jazmines, al calor de las protestas que logró convocar el acto individual de Bouazizi. Kerrou (2011) explica que la revuelta general alcanzó y logró la unión de todos los elementos de la sociedad: rurales y ciudadanos, jóvenes y adultos, hombres y mujeres, parados y empleados, pobres y acomodados, radicales y moderados, todos ellos se reunieron en torno a unas consignas simples pero poderosas «*¡El pueblo quiere echar abajo al régimen!*», «*¡Lárgate!*» y «*Game is over!*»

Luego de días de protestas extendidas en las distintas ciudades del país, el desenlace vivido fue la huida hacia Arabia Saudita del gobernante tunecino, Zine El Abidine Ben Ali, quién había ejercido el poder durante más de veinte años consecutivos.

Ben Ali escapó junto con su familia en enero de 2012, iniciando así un proceso democratizador en el que se convocaron a elecciones. En las mismas, participaron por primera vez los islamitas, bajo el partido político Ennahda, siendo ampliamente aceptados en tanto gozaban de una mejor organización política y de cierto reconocimiento por parte de la población.

En Túnez, la Asamblea Constituyente elegida en el 2011 seleccionó como presidente a Moncef Marzouki, quien luego de tres años, y por primera vez en la historia del país, logró una transición democrática al dar paso al primer presidente democráticamente electo en 2014, Béchir El Abassi.

Hay un aparente éxito en el modelo tunecino de la Primavera Árabe, en este sentido Rodríguez (2015) explica que el éxito tunecino se encuentra en el deterioro del apoyo social al régimen a consecuencia del empeoramiento en las condiciones de vida, junto a

un Ejército despolitizado que se sitúa de parte de los protestantes; todo ello en un contexto internacional donde, debido al escaso valor estratégico y la existencia de una oposición no agresiva con los intereses internacionales de estabilidad regional, no existen incentivos en apoyar un régimen no democrático.

Fueron estos hechos disruptivos descriptos, los que dieron inicio a lo que efectivamente se convirtió en el gran despertar del mundo árabe en el siglo XXI. Así, aquellas protestas que se iniciaron en Túnez durante los días que prosiguieron a la autoinmolación, se fueron expandieron a lo largo de toda la región del MENA, traspasando las fronteras nacionales tunecinas.

Cronológicamente, el segundo país que se encontró convulsionado fue Egipto, dando inicio a sus movilizaciones a finales del mes de enero del año 2011, las cuales se prolongaron durante dieciocho días y cuyo epicentro clave fue la plaza de Tahrir.

El gobierno egipcio de ese entonces precedido por Muḥammad Ḥusnī Sayyid Mubārak, intentó diseñar y gestionar una serie de reformas cosméticas para subsanar el malestar de la población egipcia. Sin embargo, las protestas no cesaron hasta que el entonces vicepresidente, Omar Suleiman, anunció que Mubārak dimitía de la presidencia y cedía el poder al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas.

Luego de las elecciones fue Mohamed Mohamed Morsi Isa al-Ayyat quien obtuvo la victoria, pero tras la creciente ola de protestas por el intento de aplicación de determinadas políticas sociales y económicas, el entonces presidente del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, Abdul Fatah al-Sisi, terminó por derrocar a Mursi en el año 2013, dejando trunco el intento de experiencia democrática.

Tanto Egipto como Túnez emprendieron sus respectivas transiciones democráticas – aunque totalmente fallidas- expulsando en poco tiempo a sus gobernantes de antaño. Sin embargo, países como Libia y Siria se subsumieron en la total imposición, aunque ambos escenarios serán analizados con mayor profundidad en el capítulo número dos de la respectiva tesina.

Los límites al principismo turco

Durante los momentos iniciales, la Primavera Árabe representó para Ankara una oportunidad clave para posicionarse como un líder regional. Su modelo económico, islamita y político -hasta ese entonces considerado exitoso- buscó ser replicado por los países que estaban atravesando cambios sin precedentes en el mundo árabe. Este se basaba en la democratización e institucionalización de su sistema político y en el

desarrollo y crecimiento económico, lo que otorgaba a su pueblo notables condiciones de bienestar.

En ese contexto, Turquía deseaba impulsar su estrategia y su modelo, contraponiéndose a los modelos iraníes o saudíes distinguidos por su autoritarismo y represión. Ankara tenía frente a sí la oportunidad de reafirmarse como el actor democrático central de Medio Oriente presentando un modelo político y económico que combinaba un gobierno de mayoría musulmana, con una estrategia progresiva de democratización política junto a una economía pujante de mercado. Éste sería el basamento a partir del cual el país trataría de ejercer y expandir su influencia dentro de la región en el marco de la Primavera Árabe. Sin embargo, Turquía sobreestimó sus capacidades y sus márgenes de maniobra. Tocci (2011) explica que, en varios casos, la Primavera Árabe terminó por exponer las divergencias que existía entre la dimensión normativa de la política exterior turca y la *realpolitik* que verdaderamente subyace. Surgían así enormes discrepancias entre lo que se supone que normativamente debía hacer Turquía bajo su doctrina de la Profundidad Estratégica y lo que verdaderamente terminó realizando y traccionando en la región.

En ese contexto, las revueltas que se sucedieron tanto en Libia como en Siria, las cuales desembocaron en conflictos sectarizados e internacionalizados, así como la disputas en el Mediterráneo Oriental, se convirtieron en una prueba para la política exterior de Turquía, ello motivó tener que adoptar un *enfoque militarista y pragmático*, alejado de aquella política exterior de corte académico y principista que se cristalizaba en la doctrina de la Profundidad Estratégica.

Esta necesidad terminó por reforzarse tras la aparición de determinados eventos disruptivos a nivel doméstico. En primer lugar, se destaca la derrota que sufrió el partido gobernante del AKP en las elecciones parlamentarias de junio de 2015, tras la pérdida de la mayoría absoluta en los escaños del recinto, se dio inicio a un proceso de negociación estratégico con sectores políticos nacionalistas, anti kurdos y de extrema derecha, como el Partido de Acción Nacionalista (MHP, por sus siglas en turco).

En segundo lugar, es imperativo mencionar la renuncia de Davutoğlu en mayo del año 2016. Luego de profundos y diversos desacuerdos con Erdoğan, el artífice de la política de la Profundidad Estratégica y del principio de “cero problemas con los vecinos”, terminó por dimitir a su cargo político y a su participación partidaria dentro del AKP. En

tercer lugar, se debe aludir al intento de golpe de Estado emprendido por un sector de las Fuerzas Armadas turcas el 15 de julio del año 2016.⁴

Luego de forzar la renuncia de Davutoğlu y de controlar la intentona golpista, Erdoğan emprendió una reforma del sistema política turco, logrando dejar atrás de sí el sistema parlamentarista para adoptar uno presidencialista, el cual le otorgaba la posibilidad de sostenerse en el poder hasta el año 2034.

Así, Turquía sostenidamente comenzó a adoptar un enfoque militarista, centrado no ya en el *soft power*, sino en el uso del poder duro. Durante este nuevo período, Ankara abandonó en parte la Profundidad Estratégica y pasó a reflejar los lineamientos y el espíritu de la ‘Doctrina de la Patria Azul’, también conocido como “Mavi Vatan”.

El término “patria azul” hace referencia a los intereses marítimos que posee Turquía en el Mediterráneo Oriental cuya meta final es el aumento de la independencia energética y económica turca frente a otros actores nacionales y no estatales. Turquía ha buscado así la consolidación del control sobre los tres mares que la rodean, para poder tener mayor margen de maniobra a la hora de influenciar en su vecindario regional. Asimismo, la obtención y dominación de determinadas fuentes de energía resultó clave no solo para su crecimiento económico interno, sino también para disminuir su dependencia energética para con otros países.

Garduño García (2020) explica que este tipo de política exterior militarista poseen cuatro objetivos fundamentales. El primero de ellos es paliar sus constantes crisis de legitimidad interna usando el ámbito externo para cosechar prestigio y garantizar la integridad territorial del Estado. El segundo objetivo apunta a eliminar, o como mínimo reprimir, la emergencia de actos de contrapoder y anti-poder que puedan llegar a desarrollarse al interior de las fronteras nacionales. El tercer motivo se vincula a la posibilidad de centralizar el poder, fundamentalmente alrededor del círculo gobernante, replicando cierto clientelismo. Por último, el cuarto objetivo tiene que ver con la búsqueda de desviar la atención pública hacia el exterior para minimizar la crisis económica, el desempleo juvenil, el aumento de la pobreza y la incertidumbre generalizadas, promoviendo importantes intereses económicos de los complejos militares-industriales nacionales, particularmente aquellos que esperan reconstruir lo destruido en Siria y Libia.

⁴ El gobierno turco responsabilizó al clérigo Fethullah Gülen, que se encontraba exiliado en Pensilvania, EEUU y a su movimiento Gülenista, que fue clasificado en Ankara como un movimiento terrorista.

El autor señala que fue a partir del año 2016 donde la visión geopolítica y estratégica que posee Turquía se agudizó. Luego del mencionado año, el gobierno turco buscó aumentar y recrudecer el despliegue bélico que ejecutaba a través de las distintas operaciones militares que llevó adelante en el norte de Siria, paralelamente, a través de diversos ejercicios de disuasión en el Mediterráneo, comenzó a reclamar más enfáticamente derechos territoriales de determinadas islas griegas con presunta presencia de estratégicos yacimientos de gas. Simultáneamente, comenzó la construcción de bases militares en lugares como Afganistán, Bashiqa, Catar, Somalia y Sudán, y por último, cabe mencionar que Ankara se encuentra involucrada en dos intervenciones militares directas que comprometen su influencia militar mediterránea: su aventura militar en Libia y en Siria (Garduño García, 2020).

Asimismo, durante el año 2015 y 2016, y tras el abandono del alto al fuego negociado con el PKK, las fuerzas armadas turcas emprendieron distintas operaciones militares contra los kurdos dentro de su propio territorio, e incluso su ámbito de lucha se extendió hasta Irak, donde se encontraba albergada la sede del PKK, y donde se desarrolló la operación militar “Garra de Tigre” para neutralizarlos. Simultáneamente, Ankara buscó multiplicar sus alianzas estratégicas, siendo Qatar un ejemplo de ello, y negoció con Somalia la concesión de la soberanía sobre la isla de Suakin en el Mar Rojo por un lapsus temporal de 99 años.

Se observa entonces como la política exterior del gobierno turco comenzó a ser más agresiva y bélica, lo cual le permitió obtener un cierto prestigio en la arena regional en tanto se ha ido consolidando como un actor fundamental en Oriente Medio debido a su extensa presencia y actuación en los conflictos estratégicos del MENA.

Esta política exterior militarista también buscó e intentó favorecer los intereses del complejo militar industrial turco. Cabe recordar que Turquía se encontró ciertamente afectada en tanto se le había obstaculizado el acceso a determinados armamentos. En este sentido, se puede mencionar, por un lado, la restricción que impuso Washington a Ankara para acceder al programa de aviones militares F-35 en el momento en que Turquía negociaba la adquisición de misiles S-400 con Rusia. Por el otro lado, se puede nombrar la suspensión de exportación de armas hacia Ankara por parte de Francia, Alemania, Holanda, Finlandia y Noruega, luego de la operación militar turca emprendida en Siria durante el año 2019.

Dichas restricciones tuvieron el efecto de acentuar y profundizar el desarrollo nacional de los armamentos bélicos que Turquía precisaba para traccionar su nueva orientación de política exterior.

Fue así como paulatinamente el país comenzó a desarrollar de manera autóctona sus propios aviones no tripulados, o también denominados drones, proporcionándole mayores niveles de independencia armamentística y capacidades de combates extraordinarias. Para lograr erigir una mayor autonomía estratégica, Ankara tuvo que desarrollar y expandir su industria bélica, llegando incluso a satisfacer más del 60% de sus necesidades armamentísticas.

“Las inversiones en el sector industrial militar han propiciado la aparición de polos empresariales como el Teknopark en Estambul o el Clúster de Defensa y Aviación Ostim en Ankara, que reúnen respectivamente a 200 y 173 empresas de los campos de la defensa y la aeronáutica (...), asimismo, los astilleros turcos no se quedan fuera y producen equipamientos de alto valor añadido, incluidos submarinos T-214 con licencia alemana (...) Esta industria naval emergente gana contratos internacionalmente, países como Pakistán le había confiado en 2016 la renovación de su tres submarinos Agosta 90B” (Sémon, 2021: 74). Incluso, el presidente Erdoğan había anunciado durante el año 2016 la construcción de un portaaviones de diseño turco con el objetivo de promover la marina turca entre el mejor del mundo.

En este aspecto, Borsari (2021) precisamente expone que la estrategia a nivel nacional del gobierno turco de Erdoğan ha sido aumentar sus niveles autonomía dentro del ámbito de la defensa, para poder satisfacer sus propios objetivos nacionales de seguridad y defensa, convirtiendo el país en un importante exportador de armas. Incluso, uno de los clientes más valiosos del gobierno de Ankara fue el GNA de Libia. En ese aspecto, el autor aclara que Trípoli ha enviado grandes contingentes de aviones no tripulados turcos denominadosUCAV TB2, además de los equipos y entrenadores necesarios, para apoyar al GNA en las batallas que despliegan contra el LNA. Esto terminó provocando una guerra de drones entre losUCAV turcos y los Wing Loong II, suministrados por los Emiratos Árabes Unidos, posicionado al lado de Khalifa Haftar.

De manera progresiva, la política exterior emprendida por el gobierno del AKP fue mutando y militarizándose en pos de garantizar su supervivencia y sus áreas de influencias frente los enormes desafíos de seguridad que ha ido enfrentando en su ámbito tanto doméstico como externo. En este sentido, el viraje de la política de Profundidad Estratégica hacia el concepto de Patria Azul implicó que la política exterior turca sea

altamente militarizada con el objetivo de obtener un mayor margen de maniobra frente a un entorno convulso y enérgicamente cambiante. El autor Hakan Yapar profundiza esta idea explicando que los cambios en la política exterior de Ankara se realizaron para poder desarrollar y establecer un “cierto grado de «autonomía estratégica», de tal manera que el país pueda afrontar mejor los desafíos de un mundo cada vez más multipolar donde la hegemonía occidental está en entredicho y donde surgen poderes que desafían de forma asertiva el orden internacional y regional liberal” (Yapar, 2021: 3).

CAPÍTULO 2

El presente capítulo describe los acontecimientos que sucedieron en Libia y en Siria que condujeron al rediseño de la política exterior de Turquía durante el período de tiempo analizado (2011-2020).

Libia

La Primavera Árabe en Libia

En Libia, la Primavera Árabe surge fundamentalmente como movimiento que emerge contra el líder indiscutido desde hacía más de cuarenta años, Muamar Muhamad Abuminyar el Gadafi, quien fue una figura extremadamente controversial, no solo dentro de su propio país, sino incluso en la arena internacional.

La Libia de “El Coronel” era un país relativamente progresista en cuanto a la formulación de políticas públicas vinculadas a la vivienda, la salud y la educación, pero simultáneamente era un país donde determinados derechos y libertades fundamentales eran raramente respetadas.

Nadine Schnelzer expone que (...) Gaddafi abolished his Arab Socialist Unity Party and generally banned political parties in 1972. There existed no tolerance towards opposition. The society saw frequent mass executions of political opponents. Students were hanged from street lamps and mass executions were arranged in stadiums and broadcast via TV. The Revolutionary Guard was the omnipresent Stasi-like secret service in Libya (Schnelzer, 2015: 34).

Gadafi fue una figura extremadamente controversial, pero sobre todo anti democrática, si bien es cierto que en su Libro Verde, el “Guía de la Revolución” introdujo un sistema de democracia directa, que se suponía funcionaba a través de las Conferencias Populares, resulta importante remarcar que en Libia jamás existió un sistema de democracia directa en la realidad. En el país no existieron instituciones formales efectivas de gobierno que satisficieran las demandas de la Tripolitania, la Cirenaica y el desierto de Fezzan, tres regiones con identidades tribales e intereses distintos.

Incluso la propia figura de Gadafi estaba por fuera del sistema formal de gobierno. Roberts Hugh explica que (...) Gaddafi himself stood outside the constitutional system of government institutions. He was neither prime minister nor president (Roberts, 2011). Gaddafi “controlled all aspects of Libyan policy [...] without holding a formal office. This made political decisions arbitrary” (Joffé, 2013: 42).

Fue bajo este marco estructural donde comenzaron a emerger las primeras manifestaciones durante el mes de enero del 2011. La población libanesa acudió al espacio público animada e inspirada por los hechos que se habían sucedido en sus países vecinos. Las manifestaciones estuvieron concentradas en la región oriental de Cirenaica, cuyo descontento era el reflejo de años de marginación.

De hecho, la Cirenaica era un bastión de la oposición secular e islamista. Las tribus de esa región, relativamente excluidas de las redes de poder, impulsaron las manifestaciones. Todos estos actores veían en el islam y en el islamismo una fuente de unión y resistencia contra el poder unipersonal de Gadafi que, por el contrario, racionalizaba su política a través del discurso arabista, nacionalista y socialista (Brahimi, 2011).

Para el 17 de febrero del 2011, la revolución estalló en Bengazi luego del arresto del joven abogado y activista Fathi Terbil. Desde allí, las protestas comenzaron a expandirse rápidamente a otras ciudades. El gobierno libio, distante y absorto de la realidad, cometió una serie de desaciertos que terminó por impulsar y acrecentar la brutalidad en las protestas. En este sentido, Muamar el Gadafi respaldó no solo a Mubarak en Egipto, sino incluso a Ben Alí, el gobernante tunecino derrocado, sosteniendo que “no había nadie mejor que Zine para gobernar Túnez” (El País, 17 de enero de 2011).

Sin embargo, Gadafi intentó revertir la situación interna, a través de la aplicación de una serie de medidas cosméticas, como la oferta de subsidios a los libios y el aumento salarial a los funcionarios públicos, empero, las medidas fueron poco efectivas, por lo que el Gobierno se concentró en aplicar sus medidas represivas. De ese modo, se inició un espiral de violencia y represión que culminó en una verdadera guerra civil entre dos bandos distintos, por un lado, las fuerzas leales al régimen de Gadafi y por el otro, la oposición bajo el Consejo Nacional de Transición (CNT), una endeble coalición de fuerzas tanto islamistas como seculares. El CNT estaba conformado por actores realmente heterogéneos, pero terminaron por lograr aunar sus posiciones y coincidir en sus objetivos primarios, que implicó la retirada del clan Gadafi del suelo libio. Estaba dirigida por antiguos funcionarios o exiliados de Libia, como Mahmoud Jibril, secretario de Asuntos Ejecutivos y Exteriores, Mustafa Abdel Jalil, ex ministro de Gadafi y el general Abdul Fatah Younis, ex ministro del Interior.

En su momento, el inicio de la Primavera Árabe prometía nuevas políticas democráticas en Medio Oriente que podrían adaptarse más fácilmente a las prácticas religiosas islámicas, perspectiva que atraía particularmente al gobierno religioso y conservador del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) en Turquía (Aktürk, 2017). Sin embargo, la

Primavera Árabe en Libia y su consecuente guerra civil, se convirtieron en uno de los desafíos más arduos que debió afrontar la Política Exterior turca de corte principista como se mencionó en el capítulo uno.

Recordemos que Turquía era, incluso para el 2013, uno de los principales inversores en Libia. Los tigres de Anatolia –principal base empresarial de apoyo al AKP- habían invertido miles y miles de millones de dólares en más de 160 emprendimientos en Libia –entre los que se incluyen los trabajos de expansión del aeropuerto de Trípoli (The Economist, 5 de octubre de 2013) y más de 20.000 ciudadanos turcos residían en Libia antes de la caída de Gadafi.

Además, Finkielsztoyn (2014) explica que, en el año 2010 el comercio bilateral entre ambos países llegó a los 9.8 mil millones de dólares. La importancia de la inversión era incluso bidireccional, puesto que, en 2010 Libia había anunciado el destino de 15 mil millones de dólares a compañías de construcción turcas. Asimismo, en la dimensión política de la vinculación de ambos países es menester destacar que Gadafi fue uno de los pocos que apoyó la incursión turca en la zona norte de la isla en Chipre en 1974. En el año 2010, el Coronel invitó a Erdoğan a participar como miembro honorario de la cumbre de la Liga Árabe en Sert y le hizo entrega del premio “Muhamar Gadafi a los Derechos Humanos”. Sin embargo, y por otra parte, Turquía es también una parte fundamental de la OTAN, y no puede fácilmente evadir sus compromisos (Finkielsztoyn, 2014).

Asimismo, las fuertes reacciones antiturcas que provocó el apoyo tácito al régimen de Gadafi -los manifestantes quemaron banderas turcas y se mostraron ferozmente en contra de Erdoğan- tensaron aún más el margen de acción de Turquía frente a lo que estaba sucediendo en Libia.

Ankara se enfrentaba a una serie de instancias críticas, primeramente, el gobierno debía garantizar la retirada exitosa de los miles de ciudadanos turcos que se encontraban trabajando en el sector de la construcción en Libia. Para ello, la relación personal existente entre los dos mandatarios no debía tensarse e incluso podía utilizarse a favor del gobernante de Turquía.

Paralelamente, y en relación a lo recientemente descrito, Ankara debía actuar de manera tal que evitara la crítica generalizada por parte de la comunidad internacional, es decir, su performance en Libia no debía de distar de aquella que practicó en Egipto, en donde el apoyo a las movilizaciones fue rotundo y la exigencia por la retirada del entonces gobierno egipcio debía ser inmediata. Esta posición se basaba en la nueva identidad democrática turca, lo que la erigía como defensora de la democracia en Medio Oriente.

Apoyar de manera clara y contundente a las movilizaciones que se sucedían en Libia implicaba sostener su política exterior principista, pero traería aparejado el riesgo de poner en peligro, no solo su amistad personal con Gadafi, sino también el conjunto de relaciones económicas rentables que el gobierno turco había cultivado durante los últimos años. Por tanto, en los momentos iniciales, Ankara intentó persuadir Gadafi para que promulgara una serie de reformas, y lo hizo basándose en la aparente influencia y confianza que supuestamente trajeron los años anteriores de cooperación económica y comercial entre ambos países. Incluso Erdoğan declaró en televisión abierta que le planteó a Gadafi la posibilidad de que nomine a alguien elegido por él, pero que goce del apoyo del pueblo libio, para que sea el presidente del país (Reuters, 14 de marzo de 2011).

Sin embargo, tras la negativa de Gadafi de aplicar políticas que subsanen el malestar interno, y luego de las gestiones realizadas a nivel internacional para iniciar con la intervención en Libia, Turquía se vio forzada a sopesar su propia política exterior para así emprender un rumbo que sea incluso más beneficioso para sus propios intereses nacionales.

La intervención de la OTAN

Tras el estallido de la guerra civil y la instrumentalización de la fuerza militar por parte del gobierno libio, comenzó a emerger a nivel internacional una crítica generalizada sobre la forma en la que Gadafi gestionaba el conflicto al interior de su país. La idea de injerencia dentro del territorio libio se consolidó cuando el 17 de marzo del 2011, el entonces ministro de Asuntos Exteriores francés, Alain Juppé, promovió dentro del Consejo de Seguridad de la ONU la Resolución 1973, la misma obtuvo el apoyo de 10 miembros y la abstención de 5 de ellos. Dicha resolución, instaba a los participantes a hacer cumplir la zona de exclusión aérea establecida de manera estratégica en Libia y a usar todos los medios necesarios para evitar que la población civil sufriera ataques generalizados y sistemáticos por parte del régimen de Gadafi. Si bien la resolución estuvo amparada bajo la ‘Doctrina de Responsabilidad de Proteger’, esta fue arduamente cuestionada en base al derecho internacional público.

En este sentido, Evans sostiene que: “En la actualidad esta doctrina no cuenta con base legal para emprender una intervención, pero las potencias que recurren a ella legitiman sus acciones amparándose en el ideal humanitario de proteger vidas” (Evans, 2011).

Fue luego la OTAN quien terminó asumiendo el mando del conjunto de las operaciones en Libia a partir del 31 de marzo de 2011, doce días después de que comenzaran bajo mando estadounidense primero, y de una coalición internacional liderada por Francia y Reino Unido después. La actuación de la OTAN en Libia estuvo ligada a la incapacidad de los miembros de la coalición para relevar a EEUU y estuvo acompañada de divergencias sobre el papel que debía tener la gestión militar de la crisis, las cuales no cesaron de evidenciarse (Arteaga, 2011).

Por su parte, Turquía, único miembro musulmán de la OTAN, rehusó a brindar su apoyo a la intervención que estaba siendo planeada por la comunidad internacional. Para ese entonces, Recep Tayyip Erdoğan sostenía que cualquier tipo de intervención emprendida sería totalmente contraproducente. Estas actuaciones, basadas en las negociaciones diplomáticas, pero alejadas de las herramientas bélicas, se entienden en el marco del principio de “cero problemas con los vecinos”, establecido dentro de la Profundidad Estratégica de Davutoğlu que permeaba la totalidad de la Política Exterior turca de ese entonces.

Además, los intereses comerciales junto con la aprensión de Erdoğan sobre las implicaciones de respaldar una intervención liderada por Occidente en la región tres meses antes de las elecciones parlamentarias en Turquía, eran los elementos que estaban detrás de la oposición de Ankara a la intervención en Libia (Reuters, 14 de marzo de 2011).

Sin embargo, para finales de marzo el canciller Davutoğlu terminó por aceptar la participación de Turquía en las acciones de injerencia de la OTAN en Libia. La aprobación turca a la intervención devenía en una concesión ante un disgusto mayor: la posibilidad de que Francia estuviera unilateralmente al mando de una operación militar (The Guardian, 25 de marzo de 2011).

Así fue como, tras múltiples conversaciones con Alain Juppé, Davutoğlu cedió ante la creación de un trípede de intervención –no *fly zone*, ataques aéreos y embargo de armas, bajo supervisión y liderazgo de la OTAN. Turquía, por autorización de su Parlamento el 24 de marzo de 2011, supervisaría el cumplimiento de la no *fly zone* mediante la provisión de seis jets Falcon F-16 de combate. Asimismo, el país participó con cinco barcos y un submarino para garantizar el bloqueo naval que reforzaría el embargo de armas (Finkielsztoyn, 2014).

El cambio de política exterior fue radical. Para julio de 2011, Turquía no sólo ya no apoyaba a Gadafi y había intervenido en el país, sino que había reconocido formalmente

y proveía asistencia financiera a los rebeldes de Benghazi, al tiempo que retiró su embajador de Trípoli.

Con el accionar de la OTAN, y luego de emprender meses de batallas en suelo libio, la oposición logró derrotar a las tropas del régimen, incluso terminaron por asesinar a Gaddafi y a su hijo, Mutassim Gaddafi, el 20 de octubre de 2011. Abdel Kader y Martín (2021) detallan que luego de que los aviones de combate franceses clase Rafale bombardearon a las tropas de Muamar al Gaddafi, se logró cambiar el signo de la revolución en Libia, que comenzaba a perder fuerza y amenazaba con fracasar. La intervención directa de la Alianza Atlántica fue esencial para el triunfo.

Sin embargo, la victoria que obtuvieron y la posterior muerte del Coronel, no fueron elementos suficientes para garantizar algún tipo de transición pacífica. Sin instituciones democráticas y representativas, frente a un Estado fallido con múltiples milicias armadas y sin poder conciliar sus intereses, se abrió en Libia una segunda guerra civil que terminó por desestructurar y desintegrar por completo su entretendido sistema político-institucional.

Segunda Guerra Civil en Libia

Mora (2021), afirma que luego de la muerte de Gaddafi, existen tres períodos distintos en Libia que pueden ser claramente delimitados. El primero de ellos ocurre entre 2011 y 2013, y está marcado por la “incertidumbre, pero también por la esperanza y la ilusión democrática”, en tanto tímidamente se comenzó a instaurar distintos mecanismos democráticos. Citar bien con numero de paginas al estar entre comillas

En este sentido, el entonces presidente del Consejo Nacional de Transición (CNT), Mustapha Adbel Jalil, se proclamó como nuevo gobernante legítimo del país hasta que se realizaran nuevas elecciones. En CNT estaba reconocido internacionalmente, incluso dentro de Naciones Unidas era aceptado como el gobierno legítimo de Libia, y la Unión Africana lo admitió como representante del país. Un año después, se desarrollaron elecciones legislativas, en las cuales emergió como victorioso el Congreso Nacional General (CNG). De esta manera, en agosto del 2012 el CNT le transfirió su poder al CNG, que terminó siendo disuelto en tanto fue reemplazado por este último.

El segundo período se desarrolló desde principios del 2013 hasta finales del 2014. Durante este lapsus, si bien se pudo observar que el país intentó normalizar su situación política a través de elecciones, y su situación económica, a partir de la reactivación de la producción de gas y petróleo, lo cierto fue que: “Los avances democráticos no habían sido suficientes, pues las regiones contaban con una gran autonomía y no había seguridad

fronteriza. Nadie había sido capaz de controlar en su totalidad el territorio libio (...) la muerte de Gadafi no marcó el fin del conflicto, las milicias tribales, regionales y religiosas que participaron en la guerra defendían diferentes visiones sobre cómo debía ser el nuevo gobierno, lo que hacía imposible lograr una unificación (Mora, 2021).

Esta desestructuración y nula organización institucional comenzó a visualizarse en una serie de dimisiones de cargos políticos debido a las amenazas que sufrían los candidatos por parte de las distintas milicias que tenían presencia en Libia.

El tercer periodo comenzó a partir del 2015, dando inicio a la Segunda Guerra Civil en Libia. En dicho periodo entró en el escenario el Estado Islámico y se terminó por configurar el conflicto, aún persistente, entre Gobierno de Acuerdo Nacional (GNA por sus siglas en inglés), como órgano ejecutivo de transición creado por la ONU con sede en Trípoli, y el Ejército Nacional Libio (LNA, por sus siglas en inglés), comandado por Jalifa Belqasim Haftar Alferjani, que respondía a las Autoridades del Este del país, dependientes del gobierno de Tobruk, el cual no era reconocido internacionalmente.

El Ejército Nacional de Liberación, dirigido por Haftar, era apoyado por los Emiratos Árabes Unidos, con el objetivo final de obstaculizar el avance de los Hermanos Musulmanes, a quienes consideran una organización terrorista. También lo apoyan el Egipto de Al-Sisi ⁵ y Rusia, interesados en el control de los recursos energéticos del país. Por su parte, el Gobierno de Acuerdo Nacional, con Fayeze al-Sarraj como líder, representaba el gobierno legítimo para la comunidad internacional, contando además con el apoyo de Estados Unidos y los países de la Unión Europea (a excepción de Francia), así como de Turquía y Qatar, que le brindaban ayuda principalmente militar y técnica (Mora, 2021).

Ahora bien, el interrogante que surge es por qué Turquía terminó brindando apoyo al GNA. La respuesta se encuentra en los intereses basados en cuestiones ideológicas, políticas-estratégicas y económicas-comerciales.

En primer lugar, en términos ideológicos, Turquía brindó soporte al GNA porque pretendía asistir y expandir el Islam Político, vehiculado en Libia a través de los Hermanos Musulmanes, que impregnan y forman parte del GNA. En este sentido, Saurina (2021) explica que la lucha existente en Egipto contra los Hermanos Musulmanes – considerados como grupo terrorista por El Cairo, Riad y Dubái y apoyados

⁵ Precisamente, fue Abdul Fatah al-Sisi quien derrocó al presidente Mohamed Morsi, primer jefe de Estado egipcio elegido democráticamente. Morsi había participado como candidato del Partido Libertad y Justicia, fundado por los Hermanos Musulmanes.

internacionalmente solo por Ankara y Qatar –se extiende a Libia por la presencia de facciones de dicha organización dentro del GAN. En términos concretos, Libia se presentaba como un escenario donde se desarrolla una “guerra por delegación” entre Turquía y Qatar, por un lado, y el bloque formado por Egipto, EAU, Arabia Saudita por otro. La potencial victoria de LNA implicaría la posibilidad de que Egipto, Arabia Saudita y EAU aumenten su capacidad de influencia no solo en Libia, sino en el resto de sus países vecinos, en detrimento de Turquía. Contener la influencia de estos tres países resultaba vital para los intereses de Ankara, y por tanto apoya a actores cuya performance se dirija a debilitar a sus competidores regionales.

En segundo lugar, respecto a las cuestiones políticas-estratégicas, debe ser considerado el hecho de que, si Turquía perdía capacidad de influencia en Libia, sería considerado una derrota frente a los demás conflictos que también lo enfrentaban con el trípode integrado Egipto, Arabia Saudí y los EAU.

Adicionalmente, el apoyo que brindó Turquía al GNA implicó que el país musulmán se presente ante los demás países que forman parte del continente africano como un Gobierno que está comprometido con el orden internacional. Asimismo, cada éxito fáctico o simbólico que obtenga en Libia, le proporcionará el capital político necesario para ser invertido en el resto del continente africano (Sánchez Tapia, 2020).

En tercer lugar, en términos económicos, hay que alegar que Libia se erigía en el décimo país del mundo más rico en reservas de petróleo, y el GAN controlaba una parte importante de los yacimientos del país como así también del Banco Central de Libia. Las tropas turcas han tenido como objetivo asegurar ese control ante los ataques del ENL, (...) la presencia en territorio libio reduce la dependencia energética de Turquía con Rusia e Irak y permite volver a impulsar las exportaciones turcas a Libia, debilitadas durante años por la inestabilidad. Tras la caída de Gadafi, una gran cantidad de proyectos empresariales de inversión en el país quedaron interrumpidos y gradualmente se han ido reanudando (Saurina, 2021:16).

Sánchez Tapia (2020) explica que Libia posee reservas probadas de 48.400 millones de barriles (2,8 % de las mundiales) y 1,5 billones de m³ de gas natural, aunque su explotación en el período anterior a 2011 estuvo limitada a las compañías BP (Reino Unido), Chevron, Marathon y Occidental (EE. UU.), CNPC (China), Eni (Italia), OMV (Austria), Repsol (España), Shell (Países Bajos), Statoil (Noruega), Total (Francia) y Wintershall (Alemania). La industria petrolífera turca ha estado ausente de Libia. Y, tal vez, esto pueda modificarse.

Un Gobierno favorable en Trípoli podría facilitar el desembarco de la petrolífera turca TPAO en yacimientos libios, no solo en el territorio continental, sino en sus espacios de soberanía en el Mediterráneo.

Siria

La Primavera Árabe en Siria

Desde la llegada del partido Baaz al poder en el año 1963, el régimen sirio tuvo la cualidad de caracterizarse por su nulo pluralismo político que, como resultado, engendró un sistema autoritario donde los derechos políticos y las libertades individuales eran extremadamente vulneradas. Luego de su padre, Bashar al-Asad heredó el poder y llegó al gobierno sirio reforzando las privaciones políticas, aunque concediendo ciertos grados de libertad en el ámbito económico-comercial.

Al-Asad descartó una liberalización política que exigía la celebración de elecciones con participación de partidos de la oposición, el reconocimiento de la libertad de expresión y asociación, el fomento de la sociedad civil y la participación de la oposición en el Gobierno y el Parlamento (Alvarez Ossorio Alvarino, 2015).

La sociedad siria, hastiada por la existencia y perduración de factores endógenos como la corrupción extendida por todo el entramado político y el deterioro de los niveles de calidad de vida tras la aplicación de políticas neoliberales, e influenciada por los acontecimientos que se estaban sucediendo en la región, interrumpió en el espacio público exigiendo una serie de reformas. Las primeras revueltas se desarrollaron en el Sur de Siria y se enmarcaron bajo una lógica de protesta pacífica que exigía libertad, dignidad y democracia. En los momentos iniciales, las demandas que aunaban a la población en su conjunto estaban vinculadas a cuestiones políticas, económicas y sociales, en tanto se exigían mayores niveles de apertura y democratización del sistema político, mejoras en las condiciones económicas, se proclamaba por el fin de las represiones policiales y de la corrupción y sobre todo el respeto a las libertades fundamentales. Como sostiene Ferreyra (2015), al margen de las diferencias confesionales, étnicas y regionales, en un primer momento, los sirios se habían organizado para exigir libertades y apertura política bajo un prisma de unidad nacional.

Sin embargo, el gobierno sirio, atento a los sucesos disruptivos que azotaban la región de Medio Oriente, y buscando garantizar la propia supervivencia del régimen, decidió responder con la utilización de las Fuerzas Armadas Sirias, dando paso al inicio a la

militarización total y completa del conflicto. Tras la empleabilidad de los recursos bélicos, comenzó a gestarse lo que se denominó la “oposición al régimen”.

La estructura de la oposición al régimen ha ido evolucionando desde el estallido de las revueltas en la primavera de 2011. La oposición ha sido un entramado complejo donde coparticipaban actores sumamente disimiles entre sí. Formaban parte de ésta el Frente Al-Nusra, el Ejército Libre Sirio, las Unidades de Protección del Pueblo Kurdo (YPG, por sus siglas en inglés), el Jaysh al-Islam o también denominado Ejército del Islam, el grupo Legión del Sham, entre otros.

Las cualidades pacifistas se difumaron y se dio inicio a una guerra civil que lleva registrado más de 6,6 millones de refugiados y más de 6,5 millones de desplazados internos, según datos de la Agencia para los Refugiados de Naciones Unidas (ACNUR, 2021). El vacío de poder, como resultado del enfrentamiento existente entre decenas de grupos de la oposición y el régimen, permitió la regionalización del conflicto sirio. Es decir, el país terminó conformándose en el escenario por excelencia donde actores regionales estatales y no gubernamentales intervenían a través de terceros en defensa de sus propios intereses. Tropas iraníes, libanesas, iraquíes, afganas, paquistaníes, saudíes y turcas tenían, y aún mantienen, presencia en suelo sirio. Por eso, Siria no es meramente una guerra civil entre el gobierno y la oposición, sino que se combinó con una guerra por delegación, es decir, una *proxy war*.

Asimismo, los acontecimientos en Damasco adicionaron y aunaron elementos sectarios y religiosos, en tanto Siria materializó y aterrizó, al igual que sucedió en Libia, la disputa existente a nivel regional entre los ejes suníes y chiíes. El vector religioso comenzó a ser parte constitutiva y explicativa del conflicto sirio. Aquellos actores cuya estructura era claramente sunnita, como Qatar y Arabia Saudita, sostuvieron y patrocinaron a la oposición, mientras que los gobiernos o grupos que poseían en su composición una tendencia claramente chiíta, como la República Islámica de Irán, Irak y Hezbollah en el Líbano, terminaron por brindar su apoyo al gobierno de Bashar Al-Assad.

El apoyo que recibió el régimen sirio no provino únicamente de sus aliados regionales sino también por otros actores extra regionales como Rusia. Moscú y Teherán se convirtieron en los actores claves para el gobierno sirio, y ambos tuvieron un rol esencial en el sostenimiento del régimen de Bashar Al-Assad. Sin embargo, los intereses de Irán y de Rusia son disimiles entre sí. Teherán ha buscado la preservación del gobierno sirio en tanto éste se erigió como su aliado estratégico resultando una pieza clave en el mantenimiento del orden y la seguridad regional. Paralelamente, ha pretendido construir

un corredor terrestre seguro y propicio para poder abastecer en el Líbano a Hezbollah, representante y aliado vital de Irán.

Por su parte, Rusia ha pretendido no solo jugar un rol clave en la reconstrucción de la devastada Siria, sino incluso ejercer su control sobre dos puntos claves en la región mediterránea, la base naval de Tartus y la base aérea de Hmeymim. Cabe recordar que Tartus es uno de los escasos puertos con aguas cálidas en toda la región y, desde la década de 1970, existe un acuerdo que fue establecido entre el régimen sirio de Háfes Al-Assad y la entonces Unión Soviética, y dictaminó que el Kremlin puede utilizar parte del puerto para mantenimiento técnico naval y como punto de reabastecimiento de la flota rusa. Simultáneamente, Rusia intentó conservar su status de potencia y ejercer su influencia sobre la región de Medio Oriente. No menos importante ha sido el hecho de que, desde la visión geoestratégica del gobierno ruso, una Siria desestabilizada representaba una enorme amenaza a su orden interno, en tanto la porosidad de las fronteras implicaría la expansión de movimientos y actores yihadistas que podría traducirse en la existencia de potenciales atentados terroristas dentro de las propias fronteras nacionales rusas, dejando expuesta la incapacidad del gobierno.

Sin embargo, la supervivencia de Al-Assad en el poder no termina de explicarse por el apoyo recibido por actores extranjeros como Rusia e Irán, sino también por su entramado de alianzas políticas a nivel nacional. Los alauitas, es decir la rama del islam de la cual procede el presidente sirio, dominan la totalidad del aparato estatal ocupando puestos y sectores estratégicos en áreas claves del gobierno, como por ejemplo en los *Muharabat* – agencias de seguridad e inteligencia- y en los puestos de jerarquía dentro de las Fuerzas Armadas. En este sentido, es menester destacar que los sucesos de la Primavera Árabe se deben, en cierta parte, a que los sunnís se encontraban subrepresentados en el gobierno, mientras que los alauitas estaban dominando como minoría el país.

Los alauitas han logrado construir una sofisticada red de poder con una variedad de minorías presentes en suelo sirio, entre ellas, los drusos, los ismailíes, los cristianos y la influyente y poderosa oligarquía sunní damascena. De aquí deriva parte de la explicación de la supervivencia del régimen sirio. Los alauíes han tenido buen cuidado en aliarse con el resto de las minorías confesionales, que constituyen un cinturón defensivo frente a la recelosa mayoría sunní (Álvarez Ossorio Alvariño, 2009).

Por su parte, Turquía cuyo gobierno posee una marcada y clara tendencia sunnita, ha ido variando su posición con respecto al apoyo brindado al gobierno sirio. Cuando las

protestas comenzaron en el Sur de Siria, Turquía estaba situada en una posición incómoda. Por un lado, había cosechado buenas relaciones con Damasco, y los resultados de dichas vinculaciones resultaron ser provechosas y funcionales para la propia economía turca. Pero, por el otro lado, su intento de convertirse en el modelo democracia a imitar en la región de Medio Oriente claramente no era coherente si brindaba apoyo a un gobierno represivo como el de Bashar Al-Assad. De esta manera, se temía que Ankara perdiera prestigio y credibilidad como actor democrático en el ámbito tanto nacional como internacional.

Al igual que sucedió en Libia, en el inicio del conflicto Erdoğan buscó influir en la opinión personal del presidente Bashar Al-Assad y pretendió que el mismo aplique una serie de reformas y políticas que la ciudadanía siria estaba exigiendo en las calles.

Erdoğan, basándose en las afectuosas y virtuosas relaciones que poseía con el presidente sirio, creyó que gozaba de cierta capacidad de autoridad e influencia para con Al-Assad. Incluso, durante los primeros meses del conflicto, diversos funcionarios y ejecutivos turcos, incluido el entonces ministro de Relaciones Exteriores Davutoğlu, viajaron hacia Damasco e intentaron persuadir al gobierno de la importancia y la necesidad imperiosa de implementar políticas en pos de las demandas de sus ciudadanos.

Ankara realmente sobreestimó sus capacidades y márgenes de influencia sobre el gobierno sirio que, pese a la advertencia de sus vecinos, intensificó y agudizó la represión estatal sobre los manifestantes.

Frente a los nulos resultados obtenidos, la actuación de Turquía con respecto a Siria comenzó a modificarse drásticamente. Públicamente, tanto Erdoğan como Davutoğlu, comenzaron a ser más expresivos en sus críticas al gobierno sirio. En este sentido, el presidente turco había comentado en agosto del 2011 que la paciencia para con el gobierno sirio se estaba agotando, incluso sugirió que Bashar Al-Assad podría terminar como el ex presidente egipcio Hosni Mubarak, y que Turquía no podía considerar los eventos en Siria como un asunto extranjero, dada la frontera compartida de más de 900 kilómetros (The National, 07 de agosto 2011).

Con miras a obtener un lugar privilegiado en la mesa de los acontecimientos sirios, Turquía comenzó a vincularse con la oposición siria, no solo los acogía en sus territorios, sino incluso los armaba, fundamentalmente a aquellos grupos que estaban vinculados con los Hermanos Musulmanes. En este sentido, la primera reunión establecida por la oposición siria se realizó en territorio turco, específicamente en Antalya. Asimismo, fue en Estambul donde se anunció la conformación y establecimiento de del Consejo

Nacional Sirio (SNC, por sus siglas en inglés) e incluso fue en Estambul donde el SNC tenía su sede.

El entrenamiento y el apoyo tanto logístico como material que Turquía le brindaba a la oposición, lo realizaba con el objetivo final de poder destituir del gobierno a Bashar Al-Assad y colocar en su lugar actores y/o coaliciones amigables al gobierno turco para que éste pueda expandir sus proyectos de poder. Se creía que Al-Assad, al igual que los entonces gobernantes de Egipto, Túnez y Libia, caería al final de cuentas. En parte, por eso mismo, prontamente Ankara rompió sus lazos diplomáticos con Damasco y terminó por abandonar totalmente el diálogo político.

Durante esa etapa, el gobierno turco se concentró fundamentalmente en escuchar y apoyar a la oposición siria, tanto la política como la armada, para así poder gestionar la retirada total del gobierno actual de Siria.

Sin embargo, Ankara se vio obligada a evaluar y emprender un recalibre de su política exterior en Damasco, no solo por sus propias condiciones internas, sino por lo que sucedía en el contexto regional. La evolución de una nueva versión de la política exterior en Siria estuvo influenciada por cuestiones que se sucedieron primeramente dentro del ámbito doméstico. En primer término, se destaca el intento de golpe de Estado producido en 2016, que sumada a la habilidad estratégica de Erdoğan, terminó por decantar en el establecimiento de un régimen presidencialista que sintetiza el poder en manos del presidente de la República. En segundo término, se debe mencionar la expulsión tanto política como partidaria de Davutoğlu, principal arquitecto de la política de Cero Problemas con los vecinos. Por último, en tercer lugar y como consecuencia natural de los puntos mencionados anteriormente, Erdoğan no solo acrecentó su poder sino también su capacidad de centralizarlo.

A nivel regional, lo que influyó en el replanteamiento de la política exterior turca hacia Siria fue el apoyo que Turquía ofrecía a los grupos de la oposición. El problema radicó en que dicho apoyo comenzó a resquebrajar las relaciones que poseía Ankara con países como Irán y Rusia, principales pilares del gobierno sirio, al mismo tiempo que fomentó la crítica generalizada de los países occidentales, en tanto Turquía brindaba soporte continuo a la oposición sin si quiera distinguir la legalidad de los distintos grupos. El gobierno otomano apoyaba a actores como el Ejército Libre Sirio, que buscaba el establecimiento de un Estado Laico, y a grupos salafistas y terroristas, como el Frente Al-Nusra de Al-Qaeda, que pretendían gobernar bajo los principios de la *sharia*. Adicionalmente, las estrategias y el modus operandi de Turquía no estaban brindando los

resultados esperados. El gobierno de Al-Assad, lejos de caer, comenzó a fortalecerse y a recuperar enormes proporciones del territorio nacional, en gran parte gracias al apoyo estratégico y militar que brindaban países como Rusia e Irán.

Paralelamente, y como consecuencia del conflicto que se venía desarrollando, Turquía se encontró afectada por la desbordada crisis de refugiados sirios. Progresivamente, Ankara se convirtió en uno de los tres países, junto a Jordania y Líbano, que recibieron mayor cantidad de afluencia de refugiados, situación comenzó a impactar directamente en el sector económico del país. En marzo del 2016, la Unión Europea y Ankara lograron la firma de un acuerdo denominado “Declaración EU-Turquía”, en donde se acordó que el país otomano debía de acoger a los refugiados sirios que se dirigían hacia Europa a cambio de una suma importante de dinero. Además, la UE prometía acelerar el proceso de liberalización de visados para los ciudadanos turcos e incrementar la ayuda financiera para la acogida de refugiados. En la práctica, a lo que Turquía realmente se comprometió fue a controlar las fronteras europeas desde fuera (Garcés Mascareñas, 2020).

Por último, hay que mencionar la emergencia y consolidación del grupo terrorista yihadista “Estado Islámico de Irak y Siria” (ISIS, por sus siglas en inglés) y el fortalecimiento de las fuerzas kurdas del YPG. Frente a la posibilidad de que emerja un ente kurdo autónomo en el norte de Siria y debido a las enormes probabilidades de sufrir ataques transfronterizos por parte de ISIS, y por ende, frente a la necesidad de prevenirlos, Turquía mutó la jerarquía de sus prioridades.

Siria, que se había erigido como socio comercial estratégico y como ejemplo de la política de *Cero Problemas*, terminó por consolidarse como una fuente directa de inestabilidad y preocupación para el gobierno turco. El proceder de Ankara para con el escenario sirio debía de modificarse. González Levaggi (2020) menciona que Turquía, frente a la coyuntura siria extremadamente volátil, modificó sus intereses reemplazando la ambición de la caída de Bashar Al-Assad por objetivos más realistas vinculados a poder controlar la problemática de seguridad fronteriza. La idea de establecer una zona segura a lo largo de los 900 kilómetros de frontera compartida se convirtió en la prioridad absoluta tanto en el plano geoestratégico como diplomático.

Es importante mencionar que los kurdos sirios poseían una consolidada presencia en tres cantones que se encuentran ubicados al norte de Siria, éstos son Kobane, Cizire e Ifrin. Los kurdos pretenden materializar sus aspiraciones autonomistas a través del enlazamiento de estos tres territorios, que conformaría un ente kurdo autónomo al sur de la frontera con Turquía. De aquí deriva que, luego de la relectura realizada por Ankara,

la postura del gobierno contra las YPG se convierta en uno de sus ejes claves de política exterior.

Así, el objetivo principal de Ankara pasó a ser el establecimiento de un cinturón de seguridad que anule la posibilidad de sufrir ataques terroristas y que limite la posible conexión entre el YPG y la región turca de mayoría kurda. Levaggi (2020) sostiene que, precisamente como Turquía requería el visto bueno de las grandes potencias involucradas, especialmente de Rusia, terminó por normalizar sus relaciones con dicho país, luego de la caída del Sukhoi Su-24M ruso, y aceptó participar del Proceso de Astaná junto a Moscú y Teherán.

Turquía y Rusia, pese a patrocinar a bandos opuestos dentro del conflicto sirio, fortalecieron sus relaciones, fundamentalmente luego del intento del golpe de estado turco en julio del 2016, en tanto Putin, a diferencia de la mayoría de los países de Occidente, brindó su apoyo inmediato a su homónimo turco. En ese entonces, la violencia y el combate entre las fuerzas militares turcas y el PKK se intensificó y era fundamental eliminar el apoyo, tanto directo como indirecto, que Rusia brindaba al PKK. Paralelamente, las milicias kurdas de las Fuerzas Democráticas Sirias (SDF, por sus siglas en inglés) y las Unidades de Protección populares (YPG) habían logrado grandes avances en el norte de Siria, tornando más factible conectar territorialmente los tres cantones kurdos y controlando así parte de la frontera entre Turquía y Siria (Soler i Lecha, 2017). Para cuando EEUU otorgó apoyo y armas a las YPG, agravando la posición de Turquía en el conflicto, Erdoğan y su círculo gobernante comprendieron que no podían favorecer su posición dentro de la guerra siria si no lograba un profundo acercamiento y entendimiento con los principales actores involucrados dentro de dicho conflicto. Es decir, el hecho de que Turquía haya modificado sus intereses y prioridades, relegando la pretendida caída del régimen de Al-Assad, no significó una búsqueda de apartamiento del porvenir de la cuestión siria. Por el contrario, en el intento de formar parte de la mesa chica de decisiones, se exploró la posibilidad de lograr un mayor entendimiento con aquellos actores que eran parte constitutiva del conflicto sirio, principalmente con Moscú, pero sin dejar de lado a Teherán. El acercamiento de Ankara a dichos actores se produce en el marco de lo que Soler I Lecha (2017: 48) bien denomina “alianzas líquidas”, es decir, dichos actores compartían determinados intereses y lograron fortificar sus vinculaciones, sin embargo, aún persistían sus divergencias esenciales, por tanto, la asociación que podían constituir en el escenario sirio se lograba en determinados temas

puntuales y coyunturales, aunque aún funcionales para que Ankara evite el aislacionismo internacional, la debilidad y desintegración territorial.

Esta nueva orientación de Turquía estaba regida bajo una concepción autonomista, pero consensuada, en el sentido de que ya no buscaba ni pretendía “cortarse sola”, sino que entendía que era fundamental aunar posiciones con sus otrora adversarios para satisfacer sus intereses (Pace, 2019).

El acercamiento con Moscú y Teherán le permitió a Ankara lidiar con los dos frentes abiertos dentro del conflicto sirio, el PYD e ISIS, que poseían una presencia consolidada en Siria. En este sentido, y con el objetivo de acabar con los yihadistas provenientes de ISIS y de atomizar las pretensiones autonomistas kurdas, Ankara despliega una serie de operaciones militares, entre ellas “Escudo de Éufrates”, las cuales no podrían haber sido desarrolladas sin la aprobación y el entendimiento conjunto de Rusia e Irán. D`Alema (2017) asevera que es difícil imaginar que Ankara hubiera actuado de la forma en que lo hizo sin un acuerdo preliminar con los tres. Como prueba de esto, el ejército sirio y sus aliados no han hecho nada para detener a Turquía.

A finales del 2016, los tres estados, Turquía, Rusia e Irán, comenzaron a fraguar lo que luego se denominó como “Proceso de Astaná”, con la meta final de que, a través del diálogo político y público, se asista al fin del conflicto sirio y se inicie un proceso de transición y reconstrucción política en Damasco. El proceso de Astaná, que se supone debió de servir a los propios esfuerzos del Proceso de Ginebra -patrocinado por la ONU-, terminó por rivalizar con la misma, reduciendo incluso su protagonismo y capacidad de acción. Desde la ONU se expresó preocupación, por cuanto la creación de Astaná por los tres guardianes terminó por producir «problemas de coordinación» que, efectivamente, terminaron debilitando Ginebra, alejando el canal diplomático oficial de la órbita de la organización (Lundgre, 2019)

En los años siguientes, Rusia, Turquía e Irán, que se autodenominaron como “Estados guardianes”, fueron estructurando y organizando diversas rondas de negociación entre el régimen sirio y la oposición tolerada. El problema con estos Estados garantes es que realmente no estaban en condiciones de brindar la imparcialidad que un proceso de mediación y transición exige, por cuanto son parte del propio conflicto y mantienen efectivamente una agenda propia que imprimen en el proceso. De hecho, estos tres guardianes han empleado Astaná para producir su propia versión de la paz coherente con sus agendas. En consecuencia, los resultados más tangibles de este proceso, el acuerdo de Astaná de desmilitarización de cuatro zonas en Siria en 2017 y la redirección de los

esfuerzos del proceso desde la transición política hacia la mera reforma constitucional dando por sentada la permanencia de Asad, hayan favorecido los intereses de estas potencias (Hinnebusch e Imady, 2017).

Los acuerdos más relevantes que derivaron de este proceso son, primeramente, el Acuerdo de Astaná de 2017, mencionado anteriormente. Este acuerdo estableció cuatro zonas de desescaladas a través de altos al fuego y de la construcción de diversos puestos de observación por parte de los tres estados garantes. El régimen sirio terminó retomando el control en tres de las cuatro zonas con el apoyo aéreo de Rusia, a excepción de la zona de Idlib, que se encuentra ubicada en la frontera con Turquía.

Por este motivo, un año después en 2018, se reúnen los estados garantes en la ciudad rusa de Sochi para firmar un segundo acuerdo que estableció el desarme del armamento pesado y la prohibición de las agresiones. Asimismo, Turquía no solo se comprometió a luchar contra los terroristas de la zona sino incluso a garantizar un “pasaje humanitario” por las principales rutas de comunicación, a cambio de que las tropas sirias no realicen ataques (Levaggi, 2020).

Sin embargo, en febrero de 2019 el régimen volvió a violar el acuerdo y reanudó sus ataques y ofensiva contra Idlib. Entusiasmado por las victorias obtenidas, a finales de abril del 2019, el régimen de Damasco comenzó una ofensiva en el Sur denominada “Amanecer de Idlib”. Asistidos por el apoyo aéreo ruso y por las milicias propias de Hezbollah, las tropas sirias comenzaron a estar cada vez más cercanas a los puestos de observación y control turcos.

A medida que los instrumentos diplomáticos se aguaban, la puja militar entre Siria y Turquía se hizo cada vez más sobresaliente hasta culminar en septiembre del 2020 en la muerte de más de treinta soldados turcos por un ataque aéreo de Fuerza Aérea Siria, en alianza con las fuerzas rusas. Días más tarde, Ankara lanzó su operación militar transfronteriza *Spring Shield* contra las Fuerzas Armadas Sirias en Idlib, que luego de gestiones diplomáticas del más alto nivel culminó, en marzo del 2020, con un acuerdo de alto el fuego firmado por Rusia y Turquía, en donde además se acordó volver a los diálogos políticos llevados a cabo en Astaná.

Para ese entonces, la crisis de siria cumplía nueve años de desarrollo ininterrumpido. Turquía, que al inició sopesó que podía ser una ventana de oportunidades para demostrar su valor democrático y expandir su influencia a través de elementos vinculados al soft power, mutó su performance y entendió que tolerar a Al-Assad era parte fundamental de su nueva realidad. En cambio, los esfuerzos se concentraron en defender los intereses

intrínsecos del Estado turco, vinculados a su propia integridad territorial. Su accionar en Siria, que lo llevó a rivalizar con sus aliados Occidentales de antaño, lo impulsó a congeniar con actores y países que tenían intereses contrapuestos y totalmente disimiles per se.

Aparición del Estado Islámico y radicalización del conflicto sirio

Lo que conocemos como Estado Islámico tiene sus orígenes en las consecuencias producidas luego de la invasión norteamericana en Irak que se desarrolló en el año 2003. El vacío de poder que se creó durante el desenvolvimiento de la Guerra en Irak, junto a las consecuencias naturales de dicho conflicto, como la posterior ocupación norteamericana y el enfrentamiento sectario entre chiíes y sunníes, sentaron las bases necesarias para el surgimiento de un grupo terrorista que logró ser incluso más reconocido que el propio Al-Qaeda⁶.

Con la irrupción de la Primavera Árabe en Siria, y bajo el liderazgo de al Baghdadi, la organización supo aprovechar la coyuntura particular de la guerra civil en suelo sirio y se expandieron a lo largo y ancho del país. A partir del 2013, el grupo comenzó a denominarse como Estado Islámico de Irak y el Levante, haciendo referencia a la zona comúnmente denominada el “Levante mediterráneo”, que incluye países como Siria, Egipto, Jordania, Turquía, Líbano, entre otros.

Para el año 2014, el grupo comunica a nivel internacional que crearían un Califato que se expandiría a lo largo de todo el mundo musulmán, y que Al Baghdadi sería la máxima autoridad del mismo. Paralelamente, el grupo alteró nuevamente su nombre y pasó a denominarse simplemente Estado Islámico (EI, por sus siglas en español). Sorrentino (2016) asiente que, al quitar de su nombre “Irak y el Levante”, el EI pretendía prescindir de una localización geográfica específica, congregando a todos los musulmanes a nivel mundial. A su vez, se estableció que la capital del califato sería la ciudad siria de Raqqa, bajo su control desde enero de 2014. A partir de entonces, el EI obtuvo cada vez mayor relevancia a nivel internacional, solamente equiparada con la que tuvo Al-Qaeda tras los ataques perpetuados el 11 de septiembre. El uso de las redes sociales por parte del EI estuvo vinculado a dicha relevancia, en tanto el grupo terrorista supo utilizar y explotar

⁶ El grupo terrorista yihadista surgió en 2003, como una agrupación cercana a Al-Qaeda, en tanto compartían determinadas metas comunes. Lo que hoy denominamos Estado Islámico emergió como un grupo insurgente, adscriptos a la rama suní-salafista del islam con un objetivo final claro que implica el establecimiento de un califato, declarando abiertamente como enemigos a todos aquellos que son considerados apóstatas o infieles

las nuevas tecnologías. El EI le otorgaba a las redes un lugar clave, era el instrumento de preferencia para exponer sus prácticas sanguinarias, grababan y transmitían a toda la población las decapitaciones y los asesinatos que realizaban. Con el uso de internet, el EI tenía un alcance global y transnacional, logrando que su propia propaganda yihadista se dirigiese a millones de personas alrededor del mundo. El grupo yihadista utilizó redes sociales como Facebook, YouTube y fundamentalmente Twitter para desarrollar su propia campaña de operaciones psicológicas. A diferencia de otros grupos terroristas, EI comprendió la importancia de las tecnologías de la información y prestó mucha atención a la manera en que la que eran percibidos por el público en general.

Brugo Marcó (2015) comenta que el EI obtuvo un aparato de propaganda digno de las mejores agencias internacionales, orientado a los jóvenes, a los que convocó para unirse a una aventura que, a partir de la fe, buscaba la instauración de un verdadero nuevo orden en el mundo, bajo las leyes del islam como ellos lo interpretan.

En cuanto al financiamiento, el EI logró obtener capacidad económica realizando actividades ilegales como secuestros, robos de museos, asalto a camiones petroleros o a través del cobro de impuestos a aquellas personas que no pertenecían al islam. Paralelamente, y siguiendo con lo explicado por Álvarez-Ossorio (2014), cabe mencionar que el EI contó con el financiamiento que proporcionaban algunos países de la región, como las Monarquías del Golfo, en tanto éstas pujaban por el derrocamiento del gobierno sirio, y con ello el debilitamiento de su aliado chií, Irán, oponente y uno de los principales competidores regionales de las Monarquías.

Por su parte, Turquía fue sistemáticamente criticada por brindar apoyo, directo o indirecto, al grupo terrorista. Las críticas aludían a que la asistencia fue en términos económicos, a través de la compra de petróleo en el mercado ilegal para satisfacer las demandas energéticas internas, y en términos logísticos, en donde Ankara descuidaba adrede sus fronteras nacionales para el traspaso de combatientes y recursos bélicos de todo tipo.

Hinnebusch (2015) afirma que Ankara fue acusada de proporcionar armas y entrenamiento a ISIS, permitir el libre movimiento a través de sus fronteras a los yihadistas, dándoles el control de dos cruces críticos (luego cerrados tras una fuerte presión de Washington), permitir la contratación en Turquía, y permitirles vender petróleo crudo sirio a través de su territorio, con unos 100 millones de dólares que se estima están ocultos en los bancos turcos. Incluso, luego del derribo en noviembre del 2015 de un Sukhoi Su-24 de la Fuerza Aérea de Rusia por parte de los F-16 de Turquía, y bajo un recrudecimiento en las vinculaciones bilaterales de ambos países, Putin declaró

que Turquía atacó al jet ruso dictada por su deseo de garantizar la seguridad de las vías de suministro de petróleo que procedían del Estado Islámico (BBC News, 30 de noviembre 2015).

La explicación de que, por tratarse de fieles sunitas, corriente a la que adhieren tanto Turquía como la mayoría de los países árabes, inclinaría al actual presidente y cada día más autocrático e islamizante Recep Tayyip Erdoğan, a mostrarse menos enfático en su condena y acciones, no es suficiente ni convincente (Brugo Marcó, 2015). Por ello, es imperioso mencionar que la actitud pasiva de Turquía hacia el EI se emprendió de manera paralela cuando la cuestión kurda ponía en jaque la propia seguridad nacional del estado turco. En este sentido, el Estado Islámico funcionaba como un elemento clave en la política exterior turca, en tanto compartían enemigos comunes, los kurdos y el propio gobierno sirio de Bashar Al-Assad.

Las críticas que recibió Ankara, fundamentalmente por parte de sus aliados Occidentales, frente a su actuación pasiva en relación al grupo yihadista, no fueron suficientes para modificar su modus operandi. El cambio se produjo cuando se perpetuaron ataques terroristas de gran magnitud en suelo turco. Frente a dichos acontecimientos, aunados a la proclamación del Califato por parte del EI y a la toma de rehenes en el consulado turco de Mosul, el gobierno de Turquía se encontró obligado a modificar su performance frente al grupo terrorista, uniéndose a la coalición de estados que era liderada por EEUU y que pregonaba su lucha contra el terrorismo internacional producto del EI.

Sin embargo, los esfuerzos de Ankara para luchar contra el Estado Islámico no fueron real y totalmente considerables. El gobierno turco únicamente prestó apoyo logístico, luego determino incluir al Estado Islámico en la lista de organizaciones terroristas y posteriormente se diseñaron determinadas medidas puntuales que buscaban evitar que jóvenes, fundamentalmente provenientes de Europa, utilicen el territorio turco como medio terrestre para llegar a Siria y alistarse al Estado Islámico.

Un primer involucramiento más genuino por parte de Turquía se produjo en julio del 2015, tras los atentados que debió afrontar en la provincia de Şanlıurfa, particularmente en la ciudad de Suruç. En dicho espacio, militantes turcos-kurdos cercanos a posiciones de izquierda, se congregaron para dar conferencias de prensas en tanto buscaban participar en la reconstrucción de la ciudad siria de Kobane. Tras decenas de ciudadanos turcos fallecidos y un centenar de heridos, el gobierno lanzó un ataque aéreo contra posiciones yihadistas en Siria utilizando tres aviones caza F16 y gestionó la apertura de la base área de Incirlik para que los países que formaban parte de la coalición

internacional contra el terrorismo posean su punto de base para los posteriores bombardeos que se produjeron hacia los yihadistas en Siria.

El combate certero y más asertivo que tuvo Turquía para con el Estado Islámico se produjo recién en el año 2016, tras el diseño y la ejecución de la operación militar “Escudo de Éufrates”. Tras la operación, el Ejército turco consiguió liberar una zona de unos 2.015 kilómetros cuadrados que posteriormente fue entregada al Ejército Libre Sirio. Ankara consiguió crear una zona de amortiguación, conocidas como buffer zone.

Si es importante mencionar que el gobierno turco no emprendió una operación militar de determinada magnitud con la intención única de luchar contra el terrorismo internacional y así subsanar las críticas internacionales que había recibido. Existía una intención tácita y contundente, la misma era poder controlar y obstaculizar cualquier avance que pudiera ejercer las YPG, asistidas por Washington, en la frontera norte de Siria.

Turquía, que había intentado permanecer por fuera de la lucha contra el Estado Islámico, debido a que el grupo terrorista era funcional en tanto compartían enemigos en común – el gobierno de Al Assad y los combatientes kurdos – terminó, tras ponderar la coyuntura regional, coparticipando e involucrándose dentro de la propia coalición internacional contra el terrorismo, desplegó armamento y recursos humanos en Siria para emprender sus operaciones militares, que no dejaron de ser utilizadas e instrumentalizadas para los verdaderos y más profundos intereses turcos, evitar la autonomía de los kurdos turcos.

El pueblo kurdo y sus pretensiones autonomistas.

Los kurdos se conforman como uno de los pueblos más amplios y numerosos del mundo, sin embargo, su identidad histórica y cultural nunca pudo materializarse en la conformación de un estado pura y exclusivamente kurdo, por el contrario, esta población se encuentra esparcida en distintos países como Siria, Irak, Irán, y por supuesto, Turquía y si bien mantuvieron su identidad y cultura, poco a poco comenzaron a adoptar la religión islámica, fundamentalmente dentro de la corriente sunita.

Durante la época de la conformación de la República, producido durante el inicio del Siglo XX, el joven parlamento turco inició con la prohibición de la existencia de asociaciones, publicaciones y establecimientos escolares kurdos y culminó aplicando políticas de represión sistemática, desatendiendo sus reclamos históricos y neutralizando sus ambiciones. Estas políticas represivas se fueron reforzando a lo largo del tiempo, hasta el punto de ejecutar matanzas indiscriminadas y colocar al territorio del Kurdistán turco bajo supervisión militar, desconociendo su idioma y cultura. Durante décadas la

población kurda fue objeto de segregaciones y discriminaciones, y parte del pueblo canalizó su desazón y hartazgo constituyendo el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK, su sigla en turco) a finales de la década de 1970.

El PKK fue declarado como una agrupación terrorista, y su líder, que había estado refugiado en Siria pero que, por presión turca, tuvo que retirarse a Kenia, fue capturado por las autoridades turcas a finales del Siglo XX.

Cuando Erdoğan llega al poder en el 2003, haciendo eco de su política de tinte neotomana, intentó aplicar una serie de políticas conciliativas para subsanar el malestar general que existía entre la población kurda y turca. Sin embargo, el propio desenvolvimiento de los acontecimientos sucedidos con posterioridad al 2011, y tras la regresión a la aplicación de políticas de corte autoritativas y poco democráticas por parte del gobierno turco, se diluyó y desestructuró cualquier acercamiento que se había logrado. La política de la Profundidad Estratégica fue abandonada y con ello su postura conciliadora frente al pueblo kurdo.

Es importante poder considerar con claridad el entretendido de intereses y alianzas existentes entre los kurdos, turcos y sirios y los gobiernos de Ankara y Damasco en el conflicto que azota a Siria. Turquía, que durante su etapa inicial propugnaba por la caída del régimen de Bashar Al-Assad estableció una especie de agenda oculta que propugnaba apoyo directo o indirecto a los grupos terroristas que combatían tanto con el gobierno sirio como con los kurdos. Cuando Ankara recalibró su propia política exterior en tanto las circunstancias regionales y los resultados obtenidos exigían un reanálisis, la caída de Bashar Al-Assad pasó a un segundo plano, sin embargo, la lucha contra los kurdos no. El temor principal de Turquía se debe a la posible existencia de una entidad autónoma kurda al noreste de la frontera con Siria, la constante colaboración entre los kurdos turcos y sirios, junto con el apoyo internacional que éstos reciben, es una alerta de peligro de desintegración territorial para Turquía. Por su parte, los kurdos sirios, respaldados por los kurdos turcos, buscaron establecer su propia autonomía de acción en el escenario conflictivo desarrollado tras la Primavera Árabe en Siria, sin embargo, al ser uno de los escasos actores que se enfrentan cuerpo a cuerpo con el ejército del Estado Islámico, reciben apoyo internacional de países como EEUU. Por último, el gobierno de Al-Assad, que, si bien es cierto que fue atacado por los propios kurdos sirios, el presidente de manera pragmática instrumentalizó el factor kurdo contra Turquía en tanto este último pretendía su retirada total del poder.

D'alema (2017) resalta que al inicio del 2011, Turquía adoptó una postura moderada hacia el Partido Unión Democrática (PYD, por sus siglas en kurdo), del que se originarían las milicias de Unidades de Protección Popular (YPG, por sus siglas en kurdo). En este sentido, Ankara permitió que el líder y los miembros del PYD operaran en suelo turco y mantuvo ciertos diálogos con el grupo. Asimismo, Erdoğan propulsó y logró establecer un alto el fuego frente a los combates existentes con el PKK, y se inició un proceso de paz a partir del 2013.

Paulatinamente, la postura de Turquía comenzó a endurecerse frente a determinados sucesos. Por un lado, el apoyo que recibía el PKK y el PYD -la asociación hermana del PKK en Siria- fundamentalmente proveniente de Estados Unidos. En ese entonces, la asistencia logística y armamentística que recibía el PKK y el PYD respondía a la necesidad de combate contra los yihadistas en tanto los mismos, a partir del 2014, declararon la conformación del Califato y comenzaron a expandirse sistemáticamente.

Progresivamente, las formaciones kurdas comenzaron a robustecerse y fortalecerse. Incluso, es menester mencionar que los kurdos también estaban siendo asistidos en el marco de la coalición de las SFD, que si bien está compuesta por árabes, sirios, armenios, turcomanos y circasianos, los kurdos tienen una considerable y vital presencia. Para Turquía las FDS fueron una especie de brazo del propio PKK y por tanto, son clasificados como grupos terroristas. Los kurdos habían logrado importantes avances y victorias, lo que les brindó una oportunidad de comenzar a concretar aquellas aspiraciones autonomistas que desde hace décadas permanecían vigentes. No fue sorpresivo que, frente a este marco coyuntural, Turquía haya modificado su accionar.

Por el otro lado, es imperativo considerar factores domésticos que han permeado en la postura turca. En junio del 2015 se llevaron a cabo las elecciones parlamentarias generales, allí el partido gobernante del AKP atravesó por una pérdida relativa de su poder frente a partidos políticos pro kurdos, como el Partido Democrático de los Pueblos (HDP). Mientras el AKP perdía su mayoría absoluta, el HDP obtenía 80 escaños en el Parlamento nacional, situación que se agrava incluso más aún si comprendemos que en ese entonces el AKP, dirigido y guiado por Erdoğan, buscaba consolidar su mayoría absoluta en el recinto para poder impulsar la reforma constitucional que le permitiese a Turquía transicionar hacia un sistema presidencialista, donde el presidente condense en sí mismo los poderes del estado. Luego de la derrota, clasificada por los medios de comunicación de ese entonces como “el fin de una era”, Erdoğan modificó su estrategia política y la violencia ejercida, tanto fáctica como discursiva, fue en escala. En las nuevas elecciones

que se desarrollan con posterioridad, se priorizó e instrumentalizó una retórica confrontativa y anti kurda. Para finales de ese mismo 2015, el AKP volvió a recuperar su mayoría absoluta en el parlamento.

Otro de los acontecimientos domésticos que fue determinante en el endurecimiento de la política turca hacia los kurdos fue el intento de Golpe de Estado por el cual atravesó el gobierno turco durante el año 2016. Los kurdos fueron afectados por la represión estatal ejercida en pos de depurar a la sociedad, e incluso a las instituciones políticas y judiciales, de los detractores contra el régimen gobernante.

Los kurdos que ocupaban cargos públicos fueron encarcelados, al igual que maestros, jueces, políticos y militantes. Miles y miles de personas fueron desvinculadas de sus trabajos, sancionadas sin salarios y encarceladas por supuestos vínculos con los orquestantes de la intentona golpista.

El recrudecimiento de la postura turca frente a los kurdos y la militarización de su accionar puede verse reflejada en determinados escenarios de lucha y en una serie de operaciones militares emprendidas por Ankara, donde el objetivo último fue consistentemente el mismo, evitar por todos los medios disponibles que las posiciones kurdas de Siria y de Turquía logren aunar fuerzas y unificar territorios, dando así origen a un espacio autónomo kurdo en la frontera compartida entre ambos países.

Cronológicamente se pueden ubicar de la siguiente manera: Asedio a Kobane (septiembre del 2014), Operación “Mártir Yalçın” (julio del 2015), Operación Escudo de Éufrates (agosto del 2016 a marzo del 2017), Operación Rama de Olivo (enero del 2018 - vigente hoy en día), Manantial de paz (octubre a noviembre del 2019).

El asedio en Kobane inició a finales del 2014, cuando el Estado Islámico había consolidado su presencia en dicho territorio. El grupo yihadista, que había declarado el establecimiento de un Califato tres meses antes, había atacado a chiíes, cristianos, e incluso a los sunnitas que no acataban sus demandas ni sus órdenes. Mientras la comunidad internacional se organizó para emprender una nueva lucha armada contra el grupo, Turquía colocó trabas y dilataciones a su propia participación. Aunque sí colaboró con la gestión de los cientos de nuevos refugiados sirios que se habían producido tras los ataques que azotaban a la población, Ankara se negó en primera instancia a dejar ingresar a su territorio nacional a los kurdos que buscaban combatir con sus compatriotas sirios y estuvo menos dispuesto aún a armar militarmente a quienes consideraba sus propios enemigos, es decir, al propio PYD. Si bien luego el gobierno turco autorizó el paso de los combatientes por sus fronteras, e incluso brindó cierta ayuda humanitaria frente al

desastre producido, la indiferencia e inacción, o la acción tardía y totalmente reactiva, frente al sufrimiento de la población kurda en Siria fue tajante, demostró las intenciones turcas y sus intereses en relación a los kurdos.

Durante los meses posteriores, los enfrentamientos se condensaron en la frontera compartida entre Ankara y Damasco, para julio del 2015, puestos fronterizos turcos fueron atacados y los soldados que ejercían tareas de vigilancia y control terminaron heridos o muertos. Frente al ataque, las fuerzas aéreas turcas habían emprendido la operación militar “Mártir Yalçın”, contra el Estado Islámico y contra el PKK en suelo sirio. Incluso, luego de que Turquía puso fin a sus ataques aéreos contra el grupo yihadista, continuó bombardeando al PKK, mientras que paralelamente, a nivel interno, se emprendieron operaciones militares en un veintena de provincias turcas.

Con respecto a la Operación militar “Escudo de Éufrates”, es importante comprender que durante todo el 2014, el Estado Islámico estaba en constante avance, conquistando posiciones dentro de Siria, obteniendo enormes ganancias económicas que permitía financiar de manera más agresiva la expansión territorial. Para ese entonces, los kurdos se encontraban en retirada y sus grupos estaban debilitados. Para el 2015, se conforman las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS) como una alianza militar multi étnica, aunque con una notable presencia kurda. Las FDS fueron sostenidas, apoyadas y financiadas por países como EEUU, Francia, Rusia, y demás potencias Occidentales, mientras Turquía por su lado las consideraba y calificaba como un grupo terrorista, por su cercanía al PKK. Durante el 2015, las FDS, apoyada por las distintas potencias regionales e internacionales, realizó una efectiva contraofensiva que permitió recuperar posiciones claves dentro del territorio, situación que fortalecía a los kurdos, pero preocupaba a los turcos. Fue en este contexto donde Turquía comenzó a gestionar su primera gran intervención militar que denominó “Escudo de Éufrates”. En el terreno, las fuerzas turcas lucharon colaborando con el Ejército Libre de Siria, grupo opositor al gobierno de Bashar Al-Assad. Con la Operación militar se logró evitar la unificación de los territorios bajo control kurdo. Durante los meses venideros, las luchas y los combates fueron la regla, el panorama totalmente desesperanzador se apaciguó luego de que Rusia, Irán y Turquía anunciaran la negociación y el posterior establecimiento de cuatro zonas de desescaladas en Siria durante el año 2017. Turquía, que había respaldado el plan, lanzó de manera casi paralela la Operación Militar “Rama de Olivo” en el 2018 en el territorio de Afrin, el objetivo era el mismo que venía defendiendo desde hacía años, evitar la unificación de territorios bajo el mando político y militar de los kurdos.

Por último, la *Operación Manantial de Paz*, también conocida como Primavera de Paz, fue anunciada el 9 de octubre del año 2019 y se desarrolló directamente en lo que se denomina Kurdistán sirio. Durante los meses previos, EEUU y Turquía habían intentado negociar una acción en conjunto con el fin de establecer una zona segura en el Norte de Siria, para poder reasentar a más de dos millones de refugiados sirios, sin embargo, las negociaciones habían llegado a un punto muerto, e incluso Turquía utilizando cierto tono amenazante, había sostenido que, en caso de que no se logre un marco conjunto de actuación, Ankara lo haría de manera unilateral. Luego de repetidas presiones, Erdoğan consiguió que la administración norteamericana le diera vía libre tras el retiro de sus tropas en el territorio, aunque los principales partidos políticos norteamericanos, el democrático y el republicano, habían logrado un acuerdo en el que establecía que, si Turquía se excedía en su actuar, establecerían determinadas sanciones económicas al país otomano, lo cual terminó sucediendo. EEUU aplicó una serie de sanciones económicas no solo a los sectores estratégicos de la economía nacional, sino incluso a los líderes del gobierno y a las finanzas personales del presidente y de su círculo privado más cercano.

La unilateralidad de Turquía pasó por solidificar su presencia en el terreno, asegurar la frontera estableciendo una zona segura y expulsar de allí a las milicias kurdas, que habían logrado grandes avances en el marco de acción de las FDS. Sin embargo, el accionar de Turquía escondía un posible cambio demográfico en la “zona segura”, en cuanto la reubicación de los refugiados sirios podría socavar la mayoría de origen kurdo.

El accionar turco no podría haberse llevado a cabo sin el visto bueno de Rusia. Si bien existieron profundos temores de que la intervención deviniera en un escenario de potencial confrontación armada entre tropas turcas y sirias, lo que luego terminó sucediendo, Moscú terminó consintiendo el accionar turco.

Rusia intentó subsanar las potenciales consecuencias firmando un acuerdo en conjunto con Turquía para iniciar una nueva operación de patrullaje fronterizo entre las tropas rusas y turcas en detrimento del patrullaje conjunto que se había realizado meses anteriores entre tropas turcas y estadounidenses. Así, Moscú intentó frenar el avance de Ankara más allá de las 20 millas de la frontera compartida entre Turquía y Siria y logró suplantar a EEUU en calidad de árbitro entre las partes en conflicto, algo que el Kremlin puso en práctica rápidamente negociando con las SDF un acuerdo para permitir la entrada del Ejército sirio en Rojava (Torres Amurgo, 2020).

Cuando el AKP llegó al gobierno a principios del año 2003, embebido por una política neo-otomana, buscó edificar un sistema político democrático y respetuoso, lo cual

implicó, para con los kurdos, emprender una serie de medidas y reformas públicas que buscaban la asimilación política de los mismos, para que éstos puedan participar de la vida nacional turca. Estas ideas tuvieron su correlación en el ámbito externo a través de la política de la Profundidad Estratégica. Sin embargo, los acercamientos y avances en materia de respeto a los derechos de los kurdos turcos, que se produjeron entre éstos y el gobierno del AKP a inicios del Siglo XXI, se desintegraron.

“La cuestión kurda se ha convertido en la línea roja a no traspasar como han expresadas reiteradamente tanto el presidente turco y el ministro de Asuntos Exteriores como otros funcionarios de alto nivel en todas las plataformas posibles. En el terreno, el objetivo principal de Turquía en Siria es evitar a toda costa el establecimiento de un territorio ininterrumpido a lo largo de su frontera que quedara bajo control kurdo, dominado por el PYD y el YPG” (Sökmen, Martínez, De Pedro, 2018: 4).

La cuestión kurda entrelaza y une el ámbito doméstico con el externo como ningún otro tópico, de manera que lo que sucede en alguno de los ámbitos impacta y constituye al otro. Frente a los avances de los kurdos en siria, sostenidos material y logísticamente por potencias internacionales, regionales y por poderes medios, la posibilidad de que los kurdos turcos se unan a los kurdos sirios aumentaba considerablemente. Ankara, como Estado Nación, posee determinados intereses soberanos vitales e innegociables, la integridad territorial es uno de ellos, y la posibilidad de perder parte de su territorio nacional para que se conforme un ente autónomo en términos políticos y militares, bajo la tutela de los kurdos, era y continúa siendo inaceptable. Evitar la conformación de un territorio que una a los kurdos turcos con los kurdos sirios, ha sido la prioridad de Ankara.

CAPÍTULO 3

En el siguiente capítulo se analizarán cuáles fueron los resultados alcanzados por parte de la diplomacia turca frente al rediseño de la Política Exterior Turca en relación a los casos conflictivos aún abiertos de Siria y Libia.

Libia:

La militarización de la Política Exterior de Turquía en Libia

La política exterior militarizada de Turquía tuvo, y aún mantiene, en Libia una razón de ser. Los intereses que despertaron la actuación militar turca son fundamentalmente tres. El primero de ellos es el acceso a los recursos energéticos del suelo libio, el segundo se vincula con la obtención de amplios márgenes de influencia para poder lograr mayor poder frente al trípode conformado por Egipto, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos, y por último, el tercer interés radicó en la posibilidad de delimitar los espacios de soberanía en el Mediterráneo oriental a su favor. No es posible analizar a cada uno de manera estanca, en tanto poseen una profunda retroalimentación y vinculación.

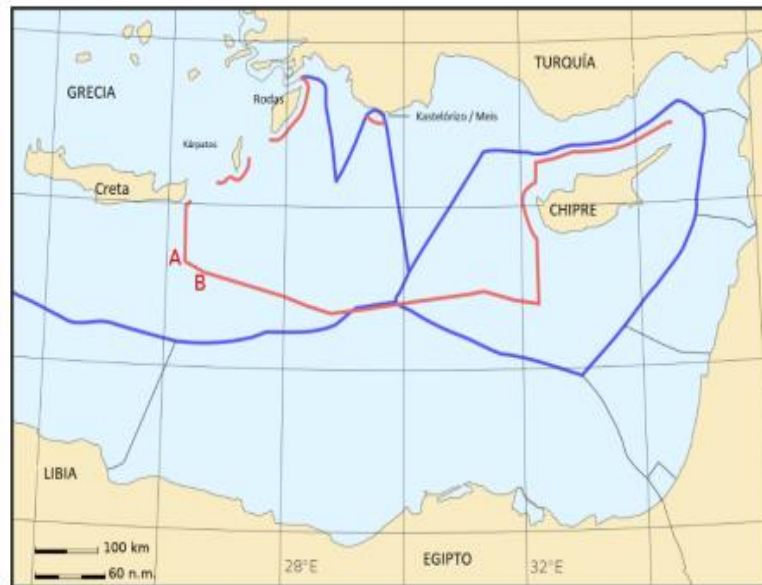
El hecho clave que entrelazó estos tres intereses para Turquía fue la firma durante el año 2019 de dos Memorandos de Entendimiento con el GNA libio, denominados “MoU” (por sus siglas en inglés). El primero de ellos, fue firmado en el mes de noviembre del 2019 y trató sobre la delimitación de la jurisdicción marítima. El segundo, se firmó en el mes de diciembre del mismo año y se vinculó a la cooperación militar entre ambos actores. Asimismo, deberá mencionarse la firma del Memorando de entendimiento (MDE, por sus siglas en español) para impulsar los lazos comerciales y económicos entre ambos países en agosto del año 2020.



Con respecto al primer acuerdo, primeramente, es necesario memorar que la Convención de las Naciones Unidas del Derecho del Mar (DNUDM) firmada en el año 1982 estableció que, de manera general, los países poseen el derecho a delimitar su plataforma continental y su Zona Económica Exclusiva (ZEE) hasta un límite máximo de 200 millas marítimas, en donde podrán ejercer sus derechos soberanos. Como bien explica Sánchez Tapia (2020), en la zona del Mediterráneo este principio no puede aplicarse de manera lineal y directa en tanto sus dimensiones marítimas son reducidas, por lo cual, los países ribereños pueden delimitar sus espacios a partir de la utilización de instrumentos diplomáticos como la negociación. Mientras tanto, los Estados Naciones deben abstenerse de realizar «nada que pueda poner en peligro u obstaculizar la conclusión de un acuerdo definitivo» (Art. 83.3, CNUDM: 67).

Durante años, Turquía y Grecia no entablaron negociaciones, y por tanto, no hubo Acuerdo entre las partes que haya regido la actuación de las mismas. Sin embargo, “el acuerdo entre Turquía y el GNA incluyó la delimitación de una línea divisoria de 18,6 millas marítimas de longitud situada de manera equidistante entre las costas turca y libia, enfrentadas entre sí. El problema es que la presencia en las proximidades de la isla de Creta y otras de menor extensión como Kárpatos o Rodas que, dado su carácter de habitadas, dan derechos a reclamaciones griegas sobre la ZEE (art. 121 de la CNUDM), no se tiene en consideración” (Sánchez Tapia, 2020: 10). Por estos motivos, el Acuerdo suscrito entre Turquía y el GNA, reconocido éste como gobierno legítimo por ONU, causó irritación y cólera a países que poseen especial interés en dicha zona, como la República de Chipre (RdC), Grecia⁷, y Egipto.

⁷ Turquía y Grecia iniciaron en el año 2021 una serie de conversaciones diplomáticas, en gran parte mediadas por Alemania, para intentar resolver la cuestión de la delimitación de las ZEE.

Figura 1: Mediterráneo Oriental y ZEEs en disputa entre Grecia, Turquía y Chipre



	ZEE reclamada por Turquía
	ZEEs reclamadas por Grecia y Chipre
A-B	Delimitación de ZEE entre Libia y Turquía tras los acuerdos de noviembre de 2019
<i>Fuente:</i> Observatorio de Política Exterior (OPEX) de la Fundación Alternativas	

La performance de Turquía para con el GNA puede explicarse si se considera que, a inicios del año 2019, se conformó el *EastMed Gas Forum*⁸ (EMGF), donde participaron Grecia Chipre, Israel y Egipto y luego países como Italia y Francia se adscribieron. La meta del EMGF era crear un espacio de colaboración y cooperación entre sus miembros a fin de engendrar un mercado energético regional. Frente a dicho panorama, los MoU se erigieron como la respuesta de Ankara al haber sido excluida del *EastMed Gas Forum*. El Acuerdo de delimitación marítima apuntó a determinar las jurisdicciones marinas tanto de Libia como de Turquía, rechazó las actividades unilaterales e ilegales de terceros actores, ya sean éstos empresas internacionales u otros países -sobre todo luego de la

⁸ Durante la última década se han descubierto enormes recursos energéticos en el Mediterráneo Oriental. A pesar de las complicadas perspectivas de monetización, en tanto la gran parte de las reservas se encuentran en aguas profundas y poseen un desarrollo complejo y costoso, los países interesados están ensayando este tipo de vinculaciones para reducir costos de producción y mejorar la integración regional.

penetración unilateral de la administración grecochipriota ⁹- y tiene como meta proteger los derechos tanto de Ankara como del GNA.

Principalmente, la delimitación de una ZEE entre ambos actores, le permitirá al país otomano, por un lado, avanzar en la explotación de nuevos yacimientos garantizando su seguridad energética, fundamentalmente en un momento en el cual la dependencia energética de Turquía no decrece, sino que se profundiza provocando sismos en la economía interna. “Turkey’s heavy reliance on foreign energy sources — it imports more than 93% of its oil needs and 98% of its gas — lies at the core of the problem, for that, the price of natural gas used by power plants was raised by 46.8% and the price of gas used by industrial enterprises by 48.4%” (Al Monitor, 2 de noviembre, 2021).

Por otro lado, el acuerdo consolidará a Turquía como un actor clave en dicho mercado regional, reforzando su presencia e influencia en cuestiones que son objetivos nacionales y estratégicos para Ankara. A través de estos desempeños, el gobierno turco robustece su posición relativa frente a actores con quienes desarrolla una competencia geo-política. Debido a la firma del MoU, Turquía aseguró sus derechos sobre las reservas de gas natural actuales y las que están por descubrir en la región, lo cual lo erige como una alternativa potable y viable para disminuir la dependencia energética de Europa del gas natural ruso, permitiéndole diversificar las rutas de abastecimiento al viejo continente. Así, Turquía pasará a desempeñar un rol aún más clave en la seguridad no solo energética, sino también económica-financiera de los países europeos, lo cual redundará en un margen de maniobra más amplio para Ankara a la hora de negociar con la Unión Europea, incluso en temas que sobrepasen la esfera energética.

Adicionalmente, al instituirse Turquía como una de las rutas más oportunas e idóneas para abastecer energéticamente a Europa, implicará que países como Egipto e Israel terminen por colaborar con el país otomano. Lo clave de la situación radica en que podrá debilitar los lazos del trípode Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos y Egipto en tanto la firma del MoU y de los Acuerdos para la constitución de gasoductos crearán situaciones de cooperación institucionalizada entre los países participantes.

En este sentido, es importante mencionar que la triple alianza de los países árabes se encuentra ciertamente debilitada en el ámbito energético debido a cuestiones económicas coyunturales, entre las que se pueden aludir: el bajo precio del petróleo en el mercado

⁹ Es importante recordar que Turquía es una nación garante de la República Turca del Norte de Chipre y de los turco-chipriotas, en contraposición de los greco-chipriotas asentados en el Sur de la isla.

mundial, la presencia de actores como EEUU y Rusia que progresivamente aumentaron su producción y oferta y el uso expandido de nuevas carroceras eléctricas que disminuyen la demanda tradicional de petróleo.

Teniendo en cuenta estos cambios en el mercado energético mundial, las estrechas relaciones de Turquía con Catar e Irán, su presencia en Libia con el GNA, su inigualable potencial geopolítico y los papeles críticos que puede desempeñar en el transporte de las reservas energéticas en Oriente Medio y el Mediterráneo Oriental, podrían acabar marginando a los saudíes y emiratíes del mercado energético mundial (Agencia Anadolu, 1 de enero, 2020).

Por su parte, el segundo acuerdo que firmó Turquía y el GNA en diciembre del 2019 estuvo vinculado a la regulación de la cooperación militar entre ambos actores y estableció una mayor cooperación en el intercambio de personal, materiales, equipos, consultoría y experiencia entre las dos partes. Asimismo, decretó el ofrecimiento del apoyo turco para el establecimiento de una fuerza de reacción rápida para la Policía y el Ejército en Libia, así como una mayor cooperación en inteligencia y en la industria de defensa. Si bien es verdad que en un primero momento el acuerdo excluía el despliegue de fuerzas combatientes, pocos días después de la firma, el Parlamento turco aprobó una moción con el objetivo de prorrogar 18 meses más el despliegue de militares de Turquía en apoyo al GNA. Bajo dicho marco jurídico-legal fue que Ankara pudo extender todo su sistema de apoyo en Libia para repeler las ofensivas de Jalifa Haftar y proteger las ciudades petroleras del país.

A través de estos acuerdos, Turquía logró impulsar su propia industria bélica¹⁰ en tanto utiliza los armamentos que se producen dentro de las fronteras nacionales y le permitió demostrar a la región sus capacidades de combate y defensa. Su poderosa industria la facultó a ejercer mayores niveles de influencia en su entorno más cercano, fundamentalmente a partir de la exportación de los sistemas bélicos, lo que adicionalmente redundaba en mayores beneficios económicos.

El desarrollo de la industria nacional de defensa en los últimos años fue sorprendente y, en 2020, siete empresas turcas - ASELSAN, TAI, BMC Otomotiv, ROKETSAN, STM,

¹⁰ La industria bélica de Turquía, fundamentalmente en el área de los aviones de combate no tripulados (drones), expandió su desarrollo como estrategia frente a la imposibilidad de acceder a sistemas provenientes de EEUU y de Israel, sobre todo luego de la crisis diplomática entre este último y Ankara por el incidente de la flotilla de Gaza en mayo de 2010. En Turquía, el sector público y privado han desarrollado una asociación estratégica que logra posicionar al país en el mercado bélico.

FNSS y HAVELSAN- consiguieron situarse en el ranking de Defense News entre las 100 mayores del mundo, dato llamativo si se compara con países como Francia (4 compañías), Alemania (3 compañías) o España (1 compañía). En estas condiciones, el 70 % de las necesidades de las Fuerzas Armadas turcas en 2019 en materia de armamento fueron cubiertas mediante producción local, porcentaje que pretende incrementarse, según la estrategia industrial para el periodo 2019-2023, hasta el 75 % en 2023 (Sánchez Tapia, 2021: 13).

Concretamente en Libia, el despliegue de los armamentos turcos fueron los que lograron modificar el equilibrio de fuerzas existente en el terreno, en tanto pudieron contener la ofensiva de Haftar sobre Trípoli, lo que permitió que el GNA recupere posiciones en el terreno. Sin embargo, es preponderante mencionar que la estrategia de cooperación militar en Libia, se comprende en un marco más amplio de actuación turca dentro del continente africano, en tanto gestionó a lo largo de los últimos cinco años diversos Acuerdo de Cooperación militar con países como Somalia y Níger, que retroalimentan a las fuerzas del GNA para aunar posiciones y reforzar sus estrategias bélicas.

El tercer hecho a destacar, la firma del Memorando de Entendimiento en agosto del 2020, y tenía como fin primordial la búsqueda de una mejora en los lazos económicos y comerciales bilaterales. El Memorando se basó principalmente en intentar resolver aquellos problemas económicos referidos a los proyectos económicos-comerciales que habían iniciado los dos países y que habían quedado inconclusos tras el estallido de la Primavera Árabe en suelo libio. El Memorando buscó facilitar la conclusión de negociaciones bilaterales entre las empresas nacionales de Turquía y Libia. En este sentido, es conveniente recordar el papel fundamental que tuvieron las empresas turcas, sobre todo vinculadas al área de construcción, en Libia antes del inicio del conflicto en el año 2011. Paralelamente, se generó una base legal a partir de la cual se abrió la posibilidad de ejecutar nuevos proyectos económicos empresariales entre los dos actores involucrados y fomentar la ya existente inversión turca en Libia.

Para la diplomacia turca, los acuerdos de cooperación con el gobierno del GNA, se enmarcan en la búsqueda de un aumento de su influencia económica-comercial en el continente africano, y aunque aún no han logrado obtener los índices de penetración que

poseen otros países, como la República Popular de China, la presencia turca aumentó considerable y sistemáticamente los últimos diez años.¹¹

Para concluir, los Memorandos de Entendimiento que fueron firmados por el GNA y Ankara, representaron enormes triunfos de la política exterior turca, en tanto engloban dentro de sí valiosos intereses nacionales por parte del país otomano. Incluso, por encima de los recursos energéticos y militares y de las delimitaciones marítimas, existen fuertes intereses ideológicos en tanto la consolidación del GAN como actor victorioso dentro del escenario libio, implicaría la extensión de islam político que Turquía pregona. Por tales motivos, Turquía consolidó y robusteció su presencia en Libia, incluso para finales del año 2021 el gobierno turco declaró la extensión de la cooperación militar, sosteniendo las intenciones de permanecer en el país norafricano debido a que una pérdida de influencia relativa en el escenario libio implicaría una derrota política y simbólica frente al trípode de los países árabes. Sin embargo, Turquía debe sopesar el grado de participación militar dentro del conflicto, en tanto posee de manera paralela enormes exigencias de recursos militares en sus propias fronteras compartidas con Siria.

Siria

La militarización de la Política Exterior de Turquía en Siria

La emergencia de una política exterior de corte militarista comenzó a desarrollarse más enfáticamente en suelo sirio en un momento crucial del escenario nacional turco. El año 2016 funciona como parte aguas en la dimensión externa, luego del intento de golpe de Estado, emergió fuertemente la deriva autoritaria del gobierno turco en el ámbito doméstico, ciertamente, la política exterior no permaneció aislada de dicha situación.

En Siria, Turquía ejerció un notable acercamiento para con Rusia, actor que per sé se posiciona en la vereda opuesta en tanto pivotea junto a Bashar Al-Assad. El discurso turco con respecto a Siria y a la destitución del gobierno de Al-Assad se fue disolviendo tras la aproximación con Moscú. Para Ankara, el entendimiento con su otrora adversario fue conveniente por dos cuestiones fundamentales, la primera fue que le

¹¹ Turquía declaró 2005 como el Año de África. En 2008, la Unión Africana reconoció a Ankara como socio estratégico y se organizó la primera cumbre. La segunda cumbre se celebró en 2014. Desde 2009, las embajadas han comenzado a abrirse y la densidad de visitas de alto nivel ha aumentado. También han aumentado las reuniones de la Comisión Económica Conjunta y los Consejos Empresariales Turquía-África. El interés de Turkish Airlines en la región ha aumentado y la presencia de TIKA [Agencia de Cooperación y Coordinación de Turquía] se ha fortalecido (Anadolu, 29 de mayo de 2018).

permitió intervenir militarmente en suelo sirio, ejemplo concreto de ello fue la ejecución de la operación Escudo Del Éufrates, realizada un mes luego de la intentona golpista. Dicha performance bélica en Siria, realizada con el visto bueno de Moscú, fue crucial para ese entonces, la imagen de una Turquía poderosa, que atacaba y luchaba contra el terrorismo internacional luego de haber sufrido un intento de golpe de estado, formó parte de la retórica nacionalista y autoritaria del gobierno del AKP que buscó reforzar su imagen y la moral militar. Su accionar bélico en el ámbito externo respondió a necesidades internas de la política turca, en tanto le permitió inyectar autoridad y fortaleza a la figura del propio Erdoğan en un momento fundamental de la política nacional. Simultáneamente, la operación militar le permitió a Ankara no solo pulir ciertas críticas que recibió a nivel internacional por su pasividad, y posterior activísimo forzado, frente al Estado Islámico, sino fundamentalmente cumplir su objetivo inquebrantable e inmutables de política exterior, evitar por todos los medios disponibles la unión de los territorios controlados por los kurdos.

La operación logró colocar a Turquía como un Estado que tiene el poder y la fuerza necesaria para proteger sus fronteras, tanto por vía aérea como por vía terrestre (Ruma y Çelikpala, 2019).

La segunda cuestión es que, tras el acercamiento a Moscú y el despliegue militar en Siria, Turquía logró ubicarse como uno de los actores con presencia en la mesa de decisión del porvenir sirio. Ankara forma parte del Proceso de Astaná y de Sochi donde lo que se pretendió principalmente fue diseñar y ejecutar una estrategia que logre colocar un fin político al conflicto sirio. En este escenario, Ankara junto a Moscú y Teherán fueron los Estados encargados de articular y encauzar las negociaciones sobre el futuro de Siria, aunque cada actor poseía sus propios intereses. “Turkey’s role at the table is to guarantee the participation of the opposition; Russia guarantees the regime’s participation; and Iran is included to avert its disruption” (Cengiz, 2020: 210).

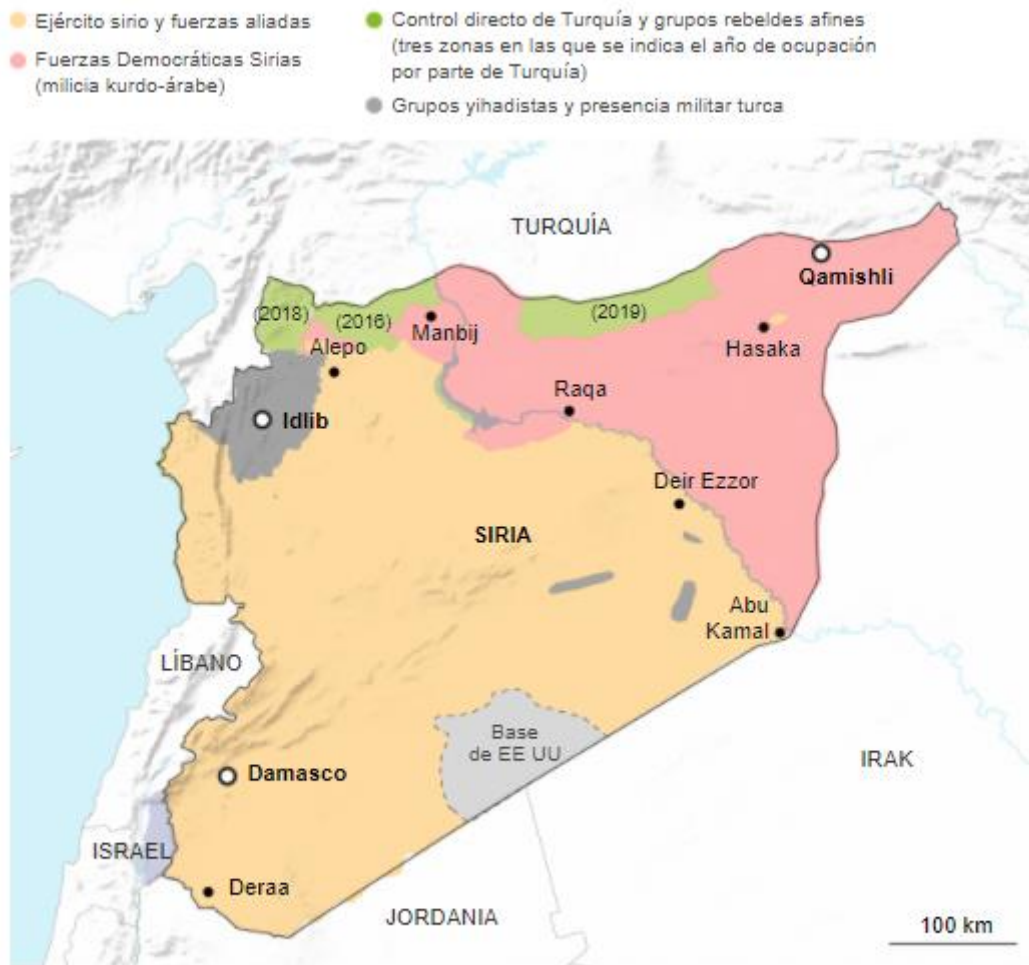
Es preciso mencionar que Astana fue más efectivo para posicionar geopolíticamente a los actores guardianes en el conflicto que para que solucionar la situación conflictiva sobre el terreno de Siria. Los sucesivos acuerdos entre Rusia, Turquía e Irán trajeron cierta estabilidad a ciertas partes de Siria, al establecer zonas de desescalamiento entre el régimen y los rebeldes, por ejemplo. Pero estos acuerdos también disminuyeron las perspectivas de un enfoque integral para la Siria posconflicto (Yahya, 2017).

Turquía logró implementar su control y administración dentro del propio territorio sirio. El área de Tell Abyad, la zona del Escudo del Éufrates y Afrin son áreas que se encuentra

bajo la administración turca directa. Paralelamente, Idlib está gobernada por una administración autónoma bajo la protección militar de Ankara. Además, se estimó que aproximadamente existen cuatro millones de personas con nacionalidad siria que se encuentran bajo control turco ya sea éste directo o indirecto (l'Istituto per gli Studi di Politica Internazionale, 15 de marzo de 2021). El país otomano afianzó su poder y presencia en el norte de Siria. Luego de las operaciones militares, el gobierno del AKP se estableció junto a sus tropas y grupos afines en las zonas que limitan con la frontera turca, particularmente en las áreas de Azaz, al-Bab, al-Rai, Jarablus, y por supuesto, Afrin que fue considerado durante años un enclave bajo el mando de los kurdos.

Si se observa un mapa, se verá que un gran porcentaje del territorio al sur de la frontera turco-siria está bajo control de grupos afines a Ankara. La primera intervención militar turca en Siria se produjo en 2016 y se dirigió a expulsar a las fuerzas del Estado Islámico y tenía como objetivo vital evitar el avance de las milicias kurdo-sirias YPG. En 2018, Tras la Operación Rama de Olivo se terminó de expulsar a las YPG y se logró ocupar el territorio de Afrin, Tal Abyad y Ras Al Ain (El País, 10 de marzo del 2021).

Despliegue de fuerzas en Siria



Fuente: Liveuamap y EL PAÍS

La presencia y capacidad de influencia de Turquía se expandió considerablemente en Siria en tanto fue su gobierno el encargado de establecer consejos locales para provisionar ayuda en la gestión del nuevo autogobierno y de entrenar y capacitar a las diversas fuerzas locales. Paralelamente, el gobierno del AKP estructuró diversos planes para la construcción de escuelas, hospitales, rutas y viviendas y para el restablecimiento de servicios básicos como agua y electricidad, incluso la lira turca se convirtió en moneda de uso corriente.

Si bien la retórica turca fue siempre la de asociar su presencalidad con la búsqueda del establecimiento de zonas de paz y seguridad a través de la lucha contra los elementos terroristas, con el fin prioritario de que los sirios que tuvieron que huir de sus tierras puedan regresar, el trasfondo de su embarco en Siria, como se detalló en el capítulo anterior, es más complejo. Sin embargo, sí es cierto que la propagación y la afluencia de refugiados sirios hacia Turquía fue exponencial. Ankara se convirtió en uno de los

principales países de acogida de los refugiados en la región, recibiendo el 65% del total de refugiados sirios dentro de sus fronteras nacionales, por tanto, su estructura sanitaria, económica, educativa y laboral se encontraron claramente afectadas por dicho fenómeno. Durante el inicio del conflicto, el gobierno del AKP desarrolló una política de fronteras abiertas para con los refugiados, fundamentalmente como una estrategia política de cara a la región y a la comunidad internacional. Mostrarse como un país económicamente próspero, comprometido con causas humanitarias y sociales y fundamentalmente, organizado a nivel interno frente a una región totalmente convulsa por los hechos disruptivos sucedidos, lograba alimentar aquella imagen de modelo a imitar por sus vecinos y le brindaba mayor credibilidad. Pero, como bien aluden Ghotme y Sicard (2016) la política de fronteras abiertas le otorgaba a Ankara no solo la posibilidad de aumentar su confiabilidad frente a actores regionales e internacionales, sino también la capacidad para debilitar a Siria a través del apoyo logístico, armamentístico y de inteligencia brindado a los rebeldes sirios que se encontraban en la frontera y que luchaban contra el presidente de Siria. Asimismo, y a través de estas operaciones, Turquía lograba contener la expansión de Irán, mantener la estabilidad y el equilibrio tanto interno como regional. La carta de los refugiados fue un activo que Ankara utilizó para vigorizar su posición en distintos escenarios para con otros actores involucrados en dicho tema, entiéndase la Unión Europea.

Desde los acuerdos sobre refugiados UE-Turquía de noviembre de 2015 y marzo de 2016, Turquía ha utilizado la gestión de los flujos de refugiados como herramienta de presión política. Esta táctica ha ido de la mano de la política revisionista del gobierno turco en el Mediterráneo Oriental. Erdoğan hizo explícito este vínculo a finales de 2019 cuando, en respuesta a la condena de los líderes europeos a la Operación Fuente de Paz, amenazó con “abrir las puertas” a Europa para los millones de refugiados sirios en Turquía (Pierani, 2018).

Por otro lado, Turquía, a través de la militarización de su política exterior en la conflagración producida en Siria, suscitó un espiral de fuertes tensiones para con sus aliados tradicionales, léase Estados Unidos. Desde la Segunda Guerra Mundial, Ankara funcionó como un socio profundamente importante en la configuración del orden regional e internacional que EEUU pretendió establecer. Por su posición estratégica, su poderoso ejército, sus bases militares y sus enormes recursos, Turquía ingresó a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en el año 1952 y fue considerado como una pieza clave en el rompecabezas de Medio Oriente, incluso hasta la primera década del Siglo

XXI, en este sentido, el presidente norteamericano Barack Obama calificó a la relación bilateral como una “asociación modélica” (Benli Altunisik, 2011: 422). Inicialmente, el ex presidente de EEUU vio en Turquía la posibilidad de generar una alianza que se establezca como piedra basal para, a partir de la misma, establecer una estrategia de reconstrucción de diálogo con gobiernos islámicos democráticos moderados. Pero Siria marcó el derrumbe de esa relación. Cuando Obama decidió no actuar después del uso de armas químicas por parte del régimen sirio en el año 2013, a pesar de declarar el año anterior que tal movimiento sería una línea roja, Erdoğan tenía claro que Estados Unidos y Turquía tenían planes diferentes para el futuro de Siria (Siccardi, 2021).

Durante años, ambos socios han colaborado de manera conjunta en diversos escenarios y regiones, y han atravesado por situaciones que tensaron sus vinculaciones¹², como por ejemplo durante la invasión norteamericana hacia Irak en el año 2003, donde el Parlamento turco tomó la decisión de negarse a participar en el conflicto, principalmente “debido a las amenazas que la política norteamericana en Irak planteaba para la seguridad turca en relación con la cuestión kurda, así como por los perjuicios económicos que comportaba la pérdida de su importante socio comercial” (Benli Altunisik, 2011: 422).

El intento de golpe de estado producido en Turquía funcionó como catalizador de las divergencias que venían desarrollándose al interior de la asociación, mientras presidentes como Putin otorgaron su apoyo de forma inmediata, su socio tradicional titubeo y cuestionó lo sucedido en el ámbito de la política doméstica turca¹³. Luego de la intentona, el gobierno del AKP aplicó una serie de medidas y políticas de corte restrictivas y autoritarias, y la política exterior en su conjunto viró hacia una mayor militarización, donde los targets principales fueron, y continúan siendo, los kurdos asentados tanto en Turquía como en Siria. El punto trascendental aquí es que las milicias kurdas YPG que

¹² Entre Turquía y Estados Unidos surgieron distintos motivos de fricciones a lo largo de los años, entre ellos se pueden mencionar dos cuestiones importantes. La primera fue la postura crítica que adoptó Washington debido a las vinculaciones que Turquía desarrolló con Irán en distintos escenarios, como el Proceso de Astaná. La segunda fueron las críticas que brindó EEUU hacia Ankara luego de la crisis en las relaciones entre Turquía e Israel.

¹³ La postura que adoptó EEUU en relación a la intentona golpista fue similar a la que adoptaron los demás países de Occidentes, como la Unión Europea en su conjunto. Sin embargo, la situación con EEUU fue particular en tanto, tras el intento de golpe y en la búsqueda de los culpables por lo sucedido, Turquía señaló a Fethullah Gülen, exiliado desde hacía años en Pensilvania, y a su movimiento por gestionar, patrocinar y emprender el intento de golpe. El gobierno turco exigió a su aliado la entrega inmediata del clérigo para poder procesarlo bajo el marco de la ley de Turquía, sin embargo, EEUU constante y sistemáticamente afirmó su negativa lo cual terminó por exacerbar la conflictividad latente entre ambos socios.

se ubican al norte de Siria, en la frontera turca, se convirtieron en la principal fuerza de lucha contra el propio Estado Islámico, por tanto, han logrado que distintos países del mundo se ocupen de proveerles asistencia económica, logística, y fundamentalmente bélica a través del envío de armamentos para fortalecer su posición en el combate. De esta manera, progresivamente Estados Unidos y Occidente en general, han armado a las YPG, tanto a nivel individual como a nivel grupal en el marco de las FDS.

Por otro lado, el proceso de paz que se había entablado con el PKK quedó trunco luego del año 2015, y el mismo es considerado actualmente como un grupo terrorista por Ankara, y a pedido de expreso de la misma, por la Unión Europea y Estados Unidos. Por tanto, las hostilidades entre Turquía y el PKK comenzaron a ser cada vez más agresivas. Por esta misma razón, el apoyo que EEUU brinda a las YPG, consideradas como aliadas claves del PKK, terminó por generar mayores grados de tirantez entre ambos socios. Dalacoura sostiene lo siguiente, “la cuestión kurda constituye la principal línea divisoria al presente entre Turquía y los Estados Unidos y occidente en general. Todas las partes comparten en el EI un enemigo común. El problema es que, para Turquía, el YPG en Siria es un enemigo tan o más importante que el propio Estado Islámico” (Dalacoura, 2017: 4). Por último, es conveniente mencionar que el acercamiento que Turquía ensayó para con Rusia en el marco del conflicto sirio, pero incluso dentro del escenario libio, generó malestar entre la alianza sostenida por Ankara y Washington. El punto de ebullición fue cuando Turquía decidió comprar el sistema de defensa antiaéreo ruso S-400, situación que se encuentra íntimamente relacionada con el conflicto sirio y que hizo sonar las alarmas dentro del propio gobierno norteamericana e inclusive dentro de la propia OTAN. La sensibilidad que existió sobre este tema se debió principalmente a que Rusia podría acceder a información extremadamente sensible de las utilidades que la OTAN tiene dispuestas en suelo turco y le proporcionaría fondos sustanciales al su sector de defensa. Paralelamente, se afirmó a lo largo del tiempo que, bajo el tratado de la OTAN, solo es posible adquirir y comprar armamento que sea interoperable con los otros miembros de la alianza, requisito que no cumpliría el mencionado sistema de misiles.

Durante meses EEUU evaluó la posibilidad de aplicarle sanciones a Turquía, incluso estuvo la posibilidad de apartar a Ankara de los aviones F-35. Finalmente, en diciembre del 2020, EEUU impuso las respectivas sanciones al conglomerado de la industria de defensa de Turquía (SSB, por sus siglas en turco) con el objetivo de aplicar la ley

CAATSA¹⁴. Lo impactante y novedoso fue que se aplicó por primera vez a un país aliado de la OTAN, dando muestra del grado de rispideces que se produjeron entre ambos socios. Las relaciones entre Estados Unidos y Turquía se tensaron gradualmente por la inexistencia de consensos en temas que para Ankara forman parte de su interés más genuino, en la medida en que Washington se concentró en aquellos tópicos que eran relevante para su gobierno, como los refugiados y el terrorismo internacional. En ese marco, Siria y Libia fueron los escenarios por excelencia donde la rigidez y el enfrentamiento entre las posiciones de Estados Unidos y Turquía se materializaron.

Para concluir el aparatado, es importante remarcar que la política que Erdoğan fue desarrollando sobre Siria ha ido evolucionado de un panislamismo democrático al inicio de la Primavera Árabe a un nacionalismo conservador, a partir de los cambios políticos que se han experimentado en la propia Turquía durante el último lustro, debidos principalmente a la ruptura del proceso de paz con el PKK y la entrada en la coalición gobernante de la ultraderecha nacionalista. Esto se ha visto claramente en Siria, pues la intervención militar turca viene dada por esa variante nacionalista y por su visión de la seguridad nacional como eje rector (El país, 10 de marzo del 2021).

Turquía, a través de la militarización de su política exterior, y actuando como un *Middle Power* “desarrolló proyecciones geopolíticas y geoeconómicas” (Rocha Valencia y Morales Ruvalcaba, 2011) en torno al territorio sirio, en tanto el gobierno de Erdoğan amplió su esfera de influencia, se convirtió en un actor vital dentro de Siria y estableció su propia agenda, aunque siempre debiendo aunar su posición con el actor de mayor peso y relevancia del conflicto, Rusia. Ankara implantó su voz y voto en la resolución del conflicto y en la configuración del acuerdo de posguerra a través de un mayor pragmatismo de su política exterior que lo llevó no solo a acordar con actores que, incluso hasta el presente, poseen intereses radicalmente opuestos a los suyos, sino también a sedimentar su presencia para una constante y duradera influencia turca en el suelo sirio. Pero de manera paralela, la militarización en su accionar externo dentro del escenario sirio lo llevó a rivalizar con actores con los cuales tenía una asociación interesante y estratégica desde hacía décadas. La tensión en existente entre Washington y Ankara no es un fenómeno totalmente nuevo, sin embargo, el grado de incertidumbre y de

¹⁴ La ley estadounidense para contrarrestar a adversarios a través de sanciones (CAATSA por sus siglas en inglés) es una ley federal de EEUU que impuso a países como Irán, Venezuela y Corea del Norte.

conflictividad latente es un rasgo que merece ser destacado. El intenso coqueteo que mantuvo Turquía con Rusia diluyó la confianza de EEUU, pero la alianza que tiene con Moscú es líquida, y la presencia de un actor que funciona como potencia regional, que rivaliza y se posiciona en la vereda opuesta en los escenarios abiertos tanto de Siria como de Libia, no es una situación que favorezca al liderazgo turco.

Cualquier reparación futura que pueda emprenderse en el vínculo que poseen Estados Unidos y Turquía, dependerá de una evolución y solución positiva de la crisis siria. Por su parte, Ankara deberá evaluar y terminar de decidir qué papel pretende desempeñar en el futuro del porvenir sirio y hasta qué punto puede tolerar una fuerte y consolidada presencia kurda. Un cambio de actitud hacia los kurdos sirios no es poco realista, en tanto Ankara ya posee vínculos positivos con el gobierno regional del Kurdistán en Irak y está trabajando para deslegitimar al PKK entre los kurdos iraquíes. Por parte de Estados Unidos, si en algún punto retira su apoyo a las YPG, probablemente tendrá lugar en el contexto de renegociaciones más amplias entre Ankara y Washington. En tal intento de reinicio, Estados Unidos presumiblemente le pediría a Turquía que reconsiderara algunas de sus decisiones estratégicas recientes, siendo la primera y más importante su alineación con Rusia (Siccardi, 2021).

A nivel interno, las consecuencias de la militarización del accionar turco en la frontera norte conllevaron a que se engendre dentro de la población turca una crítica generalizada, no solo por el aumento de los refugiados que ingresaron en Turquía, sino incluso por la cantidad de militares y soldados turcos que fallecen diaria y constantemente.

La creciente militarización de su política exterior para con los kurdos posee su correlato para con la política doméstica turca. Ankara utilizó el conflicto sirio como pretexto para suprimir los derechos de los kurdos que viven dentro de las fronteras nacionales, incluso fue útil para limitar su representación parlamentaria, situación que fue clave para emprender la reforma constitucional del año 2017, y salir airoso de la misma.

“In the following years, successive military operations in Syria have helped Erdoğan connect with increasingly nationalistic constituencies and drum up support around key electoral dates. Finally, after the failed coup in July 2016, the Turkish government’s Syria policy played a major role in rebuilding the credibility of the Turkish Armed Forces while redrawing the balance between civilian and military power” (Siccardi, 2021: 1). Por último, y de manera simultánea, como sostiene González Levaggi (2020), las Fuerzas Armadas turcas comenzaron a tener mayor peso durante el proceso de toma de decisiones

en el ámbito del gobierno turco, dando cuenta del grado de importancia que tienen en el escenario externo a partir de su mayor presencia tanto en Siria como Libia.

A MODO DE CONCLUSION

El inicio del siglo XXI implicó para Turquía el surgimiento de una nueva concepción del rol que el heredero natural del Imperio Otomano debía de desarrollar. A nivel interno, Ankara se encontraba gobernada por un nuevo partido político que había nacido un año antes de ganar las elecciones, el AKP. Su líder, Recep Tayyip Erdoğan, comenzó a gobernar el país en el año 2002. Junto a su círculo más allegado, y en especial junto a su asesor y luego ministro de Relaciones Exteriores, Ahmet Davutoğlu, fueron diseñando y ejecutando un nuevo modelo de política exterior para que Turquía desarrolle en el ámbito externo. Embebidos en una lógica neootomana, proyectaron al país como un punto de referencia, unión y conciliación para con la comunidad musulmana. Como epicentro del antiguo Imperio Otomano, Ankara debía generar o reforzar los lazos con aquellos países que habían formado parte de su historia, cultura y grandeza. Fue bajo esta lógica donde se aplicaron los principios de la *Profundidad Estratégica* y su factor epicentral, la política de cero problemas con los vecinos.

Libia y Siria, que habían formado parte constitutiva del Imperio Otomano, no quedaron apartadas ni mucho menos aisladas frente a esta nueva visión que Ankara pregonaba y buscaba concretamente aplicar. Ambos países comenzaron a inicios de la década del 2000 a vigorizar y reforzar sus vínculos con Turquía, así la cooperación que había iniciado tímidamente para con ambos estados, comenzó a difundirse hacia las áreas económicas-comerciales y geopolíticas logrando convertirse en ejemplos concretos de cómo las relaciones bilaterales podían exponencialmente mejorar si la vinculación se realizaba en base a los principios que Davutoğlu proclamaba desde el inicio del siglo. Para el año 2011, los resultados de ambas relaciones eran destacables, las exportaciones habían aumentado, los vínculos personales entre los líderes nacionales de los países se habían fortificado, los ciudadanos disfrutaban de los beneficios aumentando los flujos de turismo y se había comenzado con la implementación de diversas estrategias vinculadas a la promoción y conexión de los sectores privados de los países involucrados.

El período optimista por el cual atravesaban las relaciones bilaterales de Turquía para con Siria y Libia comenzó a diluirse tras el estallido de la Primavera Árabe y el surgimiento de sus naturales consecuencias. Cuando emergió dicho proceso en el año 2011, Turquía entendió en ese entonces que el inicio de las convulsiones implicaba una puerta de oportunidades para expandir sus ideas de grandiosidad y para proyectarse ante la comunidad regional, e incluso internacional, como un actor clave del MENA

comprometido con valores y principios democráticos, aunque sin rezagar ni olvidar su raíz islámica. Turquía fundía dentro de sus fronteras nacionales tres componentes claves, democracia, economía de mercado en crecimiento e islam político moderado, estos elementos le permitían posicionarse como país ejemplo y le dio la posibilidad de traccionar su propio *soft power* para con las naciones vecinas. La mentalidad de ese entonces fue aprovechar los albores de la Primavera Árabe para que Turquía termine de surgir como país líder en la región del MENA.

Sin embargo, los hechos que se fueron sucediendo con el pasar de los días lograron dar por tierra las aspiraciones turcas. Tanto en Libia como en Siria, la Primavera Árabe había iniciado como un conflicto civil en tanto la población, hastiada de las estructuras políticas y económicas imperantes en ese entonces, protestó, en un primer momento de manera pacífica, contra los gobiernos autoritarios que permanecían anclados en el poder desde hacía años e incluso décadas. Recordemos que Gadafi se ancló en el poder durante más de cuarenta años, mientras el clan de los Al-Assad gobernó Siria desde la década de 1970. En los estadios iniciales de la conflictividad reinante, el gobierno turco de Erdoğan buscó instrumentalizar aquella cordialidad, intimidad y buena amistad que se había ido engendrado con los jefes nacionales de ambos países, en ese marco, el gobernante turco les recomendó enfáticamente la escucha activa en relación a las demandas que sus poblaciones estaban exigiendo en las calles y en los espacios públicos. Se comprende que el gobierno de Ankara actuó en ese entonces en base aquellos principios de la *Profundidad Estratégica* que venía pregonando a lo largo de los años, y que incluso había aplicado frente a los casos testigos de otros países, como Túnez. El problema aquí fue la sobre estimación de los márgenes de maniobra por parte de Turquía, debido a que ninguno de los dos jefes nacionales escuchó ni aplicó las sugerencias que Erdoğan había transmitido.

La situación social y política de ambos países comenzó a recrudecerse tras la aplicación de políticas insustanciales que no respondían ni subsanaban las demandas económicas y políticas que los pueblos de ambos Estados exigían. Paulatina y progresivamente, aquellas peticiones que se desarrollaron de manera pacífica y que aglutinaban al conjunto de la población, comenzaron a modificar su tinte hasta convertirse, en ambos casos, en guerras regionales sectarizadas, con la participación activa de potencias internacionales y de actores no gubernamentales, todos ellos interviniendo en territorio libio y sirio en base a la idea de proteger o expandir sus propios intereses particulares.

En Libia, la confrontación mutó hasta desestabilización total de país, acabando en una intervención militar extranjera liderada por Estados Unidos, y que luego se desarrolló en el marco de la OTAN. La muerte de Gadafi dio inicio a una segunda guerra civil dado de que la casi inexistente institucionalidad, que estaba aglutinada en la figura del Líder, desapareció por completo. En un marco de desestructuración total de Libia, emergieron dos entes opuestos que se disputaron la obtención del monopolio del poder y de la gobernabilidad en el país, el GNA y el LNA. Turquía se posicionó y patrocinó al GNA, teniendo en cuenta que comparten paradigmas ideológicos y geo-estratégicos. A lo largo de la lucha entre ambos actores, Ankara brindó su apoyo logístico, bélico y económico al GNA y el mismo le devolvió su favor firmando Acuerdos y Memorandos de Entendimientos que respetaron y protegieron los intereses marítimos, energéticos y políticos-económicos turcos, permitiendo así la ampliación de la influencia de Ankara en la región del Mediterráneo y posicionándola frente a otros actores, como Egipto, Grecia y Chipre, que también poseen intereses estratégicos en dicha zona geográfica.

En Siria, el inicio de la Primavera Árabe devino en un conflicto armado de escala internacional, en donde la lucha y la muerte de los habitantes eran, y continúan siendo corrientes. Siria realmente se convirtió en uno de los conflictos bélicos más impactantes y disruptivos de la región, engendrando dentro de sí una nueva ola de terrorismo internacional que se difundió por todo el MENA. El Estado Islámico sorprendió al mundo con su sanguinario accionar y con su forma de publicitarse, representando un enorme potencial de desestabilización para el conjunto de las naciones de la región de Medio Oriente e incluso de Europa. Frente a la existencia del terrorismo internacional en la cotidianeidad de la población siria, emergió una afluencia ininterrumpida de refugiados que se dirigieron a Turquía – además de Jordania y Líbano-.

Ankara terminó por convertirse en uno de los tres países que poseía mayor cantidad de refugiados asentados en sus territorios, esta situación implicó la puesta en marcha de la negociación y posterior firma de un acuerdo en conjunto a la UE durante el año 2016. De esta manera, Turquía accedió a un recurso de presión que utilizó a lo largo de los años, en tanto jugó con la carta de los refugiados cuando lo precisó debido a que Europa “terciarizó” parte de la protección de sus fronteras externas en el país otomano.

Para ese entonces, la posición turca se concentró en lograr la caída de Bashar Al-Assad, entendiendo que éste debería de tener el mismo final por el cual atravesaron los demás gobernantes de la región que fueron arrasados por los sucesos de la Primavera Árabe. Sin embargo, Al-Assad, apoyado por Rusia e Irán fundamentalmente, pero incluso por países

occidentales, permaneció en el poder y logró recuperar posición en la lucha frente al ISIS. A partir del año 2016, Turquía mutó sus objetivos prioritarios. No solo comprendió que el gobernante sirio no caería, sino que en ese entonces se sucedieron una serie de hechos y fenómenos que coayudaron a la transformación de la política turca en Siria. La crítica internacional generalizada por su pasividad frente al terrorismo, la conflictividad latente para con sus socios tradicionales y líquidos, léase Estados Unidos y Rusia, y los factores domésticos, como el intento de golpe de estado, lograron terminar de implantar el giro en la política exterior de Ankara. El conflicto en Siria había despertado en Turquía antiguos y sólidos temores en cuanto vigorizó las aspiraciones independentistas del pueblo kurdo y de sus organizaciones, como el PKK y las YPG, consideradas terroristas por Ankara. Por tanto, los objetivos estratégicos de su diplomacia comenzaron a estar vinculados a problemas de seguridad debido a que se pretendió fundamentalmente evitar la desestabilización nacional y la protección de su integridad territorial. Adicionalmente, el viro en sus objetivos le facilitó la fluidez en el vinculamiento con Rusia, y la obtención de un entendimiento, aunque coyuntural y delimitado a cada escenario, que le garantizó un lugar en la mesa chica de las decisiones del porvenir sirio.

Frente a este nuevo escenario regional, radicalmente distinto de aquel que se desarrolló a inicios del año 2000, el círculo gobernante de Ankara entendió que la política exterior de corte principista y fundamentalmente teórica que había desarrollado junto a Davutoğlu tenía cabida en una determinada circunstancia, donde los márgenes de maniobras eran amplios en tanto el contexto regional era permisivo. La Primavera Árabe arrojó por suelo los grandiosos y ambiciosos planes de Turquía, que *debieron ser recalibrados en función del nuevo contexto regional*, factor que de manera obligatoria se debió de considerar. Los principios que constituyeron la base de la política de la Profundidad Estratégica no pudieron ser aplicados concretamente en la nueva realidad, porque los escenarios se transformaron totalmente. La política de ‘Cero Problemas’ no tenía razón de ser frente a vecinos regionales que se convirtieron en una fuente de inestabilidad y peligrosidad nacional para Ankara. El idealismo existente en los proyectos externos de Davutoğlu debían de dar paso al pragmatismo necesario para actuar frente a una región convulsa y cambiante. Progresivamente, la política de la *Profundidad Estratégica* fue mutando y recalibrándose en función de las nuevas circunstancias hasta dar como resultado una *Política Exterior de corte más militarista o bélica*, que respondió a la necesidad de realizar una performance acorde a los escenarios de guerra, aun abiertos, que se desarrollan en sus países vecinos.

El nuevo recalibre de la Política Exterior de Turquía implicó poder actuar de manera más acertada en Libia y en Siria, en tanto se privilegiaba la persecución de los intereses turcos más intrínsecos al Estado Nacional, pero paralelamente conllevó al resquebrajamiento de vinculaciones bilaterales para con otros Estados. En Libia, a través de su intervención, Turquía cumplió con sus objetivos prioritarios, entendiéndose éstos como el rediseño del mapa del conflicto armado a través de gestionar y brindar apoyo al GNA para que éste pueda poseer y ejercer mayor control sobre el territorio libio, especialmente en el Oeste. Adicionalmente, Ankara logró la firma de Acuerdos o Memorandos que efectivamente respetan sus prioridades tanto en términos económicos, como geo-políticos y energéticos. En Siria, logró a lo largo de los años evitar la conformación de un ente autónomo kurdo que ponga en jaque su propia integridad territorial, impulsó su participación en Astaná y efectuó su observancia y control sobre los territorios fronterizos expandiendo su influencia en Siria. Aunque también se debe mencionar que, la militarización de su accionar externo conllevó a que las relaciones de Turquía con actores como Estados Unidos, la Unión Europea e Israel y los vínculos con los países sunnitas de Medio Oriente como Egipto, Arabia Saudita y Emiratos Árabes, se fueran enmarcando en un espiral de tensiones y conflictividad que incluso sobrellevó a determinados autores a caracterizar a Turquía como un país que se encontraba en un estadio de “precious loneliness”¹⁵.

A partir del año 2020, el contexto regional comenzó a modificarse y junto con ello la configuración del equilibrio en el MENA, ejemplos concretos de ello fueron la firma del Acuerdos de Abraham de 2020 donde se logró, luego de décadas, la normalización de las relaciones entre Israel y los Emiratos Árabes Unidos (EAU). Este acuerdo es un hito relevante porque implicó la posibilidad de iniciar la cooperación conjunta en diversas áreas de interés para ambos estados. Pero EAU no fue el único país que acordó la normalización de sus relaciones con Israel, Bahréin, Sudán y Marruecos también lo lograron. Otro de los ejemplos importantes a mencionar fue la reconciliación que llevó adelante Doha, país aliado clave de Ankara, con los países que conforman el Golfo

¹⁵ El término *precious loneliness* fue acuñado en 2013 por Ibrahim Kalin, Asesor Jefe de Política Exterior de Recep Tayyip Erdoğan, y se refiere a la política exterior desarrollada por Turquía contra estados con políticas 'inmorales'. En línea con esta postura autocomplaciente, Turquía degradó sus relaciones diplomáticas con Egipto, Arabia Saudita, Emiratos Árabes e Israel y lo hizo sobre la base de consideraciones moralistas islámicas. Además, se retiró a un triste aislamiento en el Mediterráneo oriental, donde las reservas de gas recién descubiertas provocaron nuevas alianzas entre los estados litorales (Istituto per gli Studi di Politica Internazionale [ISPI], 2021).

Pérsico. Qatar junto a Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Kuwait y Omán asentaron el establecimiento de una nueva era tras años de congelamiento de sus relaciones bilaterales y multilaterales. Se anuló el embargo liderado por Arabia y las tensiones activas desde el año 2017 luego de que los territorios colindantes acusaran a Qatar de financiar a grupos islamistas y acercarse excesivamente a Turquía e Irán (France24, 05 de enero 2021). Asimismo, es imperioso mencionar el establecimiento del Foro de Philia¹⁶ entre Grecia, Arabia Saudita, Egipto, Chipre, los Emiratos Árabes Unidos, Bahréin y Francia.

Además de las cambiantes alianzas regionales, la partida de la benevolente administración Trump y el advenimiento de la administración Biden, que estaba predispuesta a criticar a Ankara, obligó a esta última a buscar oportunidades políticas. Para restablecer las relaciones con Washington, Ankara tuvo que reconstruir puentes con los aliados tradicionales de Estados Unidos en la región, como Egipto, Israel y Arabia Saudita. Ankara también tuvo que aliviar las tensiones con la UE para evitar sanciones económicas. Como tales, estos imperativos llevaron a Turquía a adoptar un enfoque conciliador en el Mediterráneo oriental (l'Istituto per gli Studi di Politica Internazionale, 27 de mayo de 2021).

La manera en la cual Turquía afronte su vinculación con Occidente, particularmente con Estados Unidos y la Unión Europea y con su vecindario regional, incluido en éste Rusia, el modo en el cual logre diligenciar con amenazas no estatales, como el terrorismo internacional dentro de su propio territorio y las relaciones con los diversos actores de raíz kurda y la forma en la que gestione su participación y grados de intromisión dentro de los escenarios tanto de Libia como de Siria, determinará el rol que Turquía podrá proyectar de aquí en más dentro del escenario regional e internacional.

Para concluir, luego de todo lo que se ha mencionado ut supra, y en concordancia con la hipótesis planteada en este trabajo de tesina, la Política Exterior de Turquía tuvo su reconfiguración y rediseño acaeciendo de una formulación idealista y principista, basada en las teorías de Ahmet Davutoğlu, a una política exterior de corte bélico y militarista para con los países vecinos que fueron estudiados, Siria y Libia.

¹⁶ Durante la sesión del Foro, uno de los tópicos principales fueron los conflictos aún abiertos de Siria y Libia y la búsqueda de una solución política a través de la retirada de las fuerzas armadas de otros países. Se entiende que el foro, al estar constituido por países del MENA y de la Unión Europea, se podrá erigir como un puente entre ambos espacios.

REFERENCIAS

- Altunisik, M. (2011); La política exterior de Turquía en el siglo XXI *CIDOB*, N° 1
- Agencia Anadolu (2018); “Relaciones entre Turquía y África están en el punto más alto”, en Agencia Anadolu web, 29 de mayo. Disponible *on line* en: <https://www.aa.com.tr/es/mundo/relaciones-entre-turqu%C3%ADa-y-%C3%A1frica-est%C3%A1n-en-el-punto-m%C3%A1s-alto-/1159201>
- Agencia Anadolu (2020); “El ajedrez político del mercado energético en Oriente Medio entre el eje EAU-Saudi y Turquía”, en Agencia Anadolu web, 01 de enero. Disponible *on line* en: <https://www.aa.com.tr/es/an%C3%A1lisis/el-ajedrez-pol%C3%ADtico-del-mercado-energ%C3%A9tico-en-oriente-medio-entre-el-eje-eau-saudi-y-turqu%C3%ADa-/1689081>
- Aktürk, Şener. (2017); Turkey’s role in the arab spring and the syrian conflict. Recuperado 13 de abril de 2021, de Turkish Policy Quarterly website: <http://turkishpolicy.com/article/844/turkeys-role-in-the-arab-spring-and-the-syrian-conflict>
- Al Monitor (2021); “Energy prices threaten to aggravate Turkey’s economic woes”, en Al Monitor web, 02 de noviembre. Disponible *on line* en: <https://www.al-monitor.com/originals/2021/11/energy-prices-threaten-aggravate-turkeys-economic-woes#ixzz7CxFcBxqG>
- Aljazeera (2011); “Turkey recognises Libya rebels”, en Aljazeera web, 3 de julio. Disponible *on line* en: <https://www.aljazeera.com/news/2011/7/3/turkey-recognises-libya-rebels>
- Álvarez Ossorio, I. (2014); “El Estado Islámico es el hijo descarriado del salafismo saudí”. Recuperado de: <https://www.diagonalperiodico.net/global/24019-estadoislamico-es-hijo-descarriado-del-salafismo-saudi.html>
- Álvarez-Ossorio (2013); La vecindad conflictiva de Turquía y Siria. *Política Exterior*, N° 151.
- Álvarez-Ossorio, I. (2009); Siria Contemporánea. Madrid: Ed. Síntesis.
- Añaños Meza, M. (2012); La «Responsabilidad de proteger» y la intervención de la ONU en Libia, EAE.
- Arin, O. (2014); Redes sociales en Internet y el Estado Islámico. Artículo de Investigación AI 007/2012, 1.16. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/44805/Documento_completo.pdf?sequence=1&isAllowed=y [Fecha de consulta: 12/05/2021]

- Arteaga, F. (2011); La OTAN en Libia. Recuperado 28 de septiembre de 2021, de Real Instituto Elcano website: <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/la-otan-en-libia-ari/>
- Barrett, R. (2014); “The Islamic State”, The Soufan Group. Recuperado de: <http://soufangroup.com/wp-content/uploads/2014/10/TSG-The-Islamic-State-Nov14.pdf>
- BBC, (2016). “¿Qué está haciendo América Latina por los refugiados sirios?”.
- Benli Altunisik, M. (2010); La Política Exterior de Turquía en el siglo XXI. *CIDOB*, 1(1133-2743), 421–426.
- Berube, Michael (2012); “Libya for Libyans”. *Foreign Policy in Focus*. 12 de enero. Disponible en: http://www.fpif.org/articles/libya_for_libyans Consultado el 10 de Abril de 2021.
- Brahimi, A. (2011); Libya's Revolution. *The Journal of North African Studies*, 16(4), pp. 605-624.
- Bülent A. y Rabia K. P, (2008); "Del conflicto a la cooperación: desecuritización de las relaciones de Turquía con Siria e Irán", en *Diálogo de seguridad*, Vol. 39, núm. 5, octubre, 495-51
- Cagaptay, S. y Evans, T. (2012); Turkey’s Changing Relations with Iraq. *Kurdistan Up, Baghdad Down. Policy Focus*, (122), 1-22. Recuperado de: <https://www.washingtoninstitute.org/media/3193?disposition=inline> [Fecha de consulta: 15/09/2021]
- Calvo Albero, José Luis (2016); «Los actores externos en la guerra civil siria. Choque de intereses y de estrategias», *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, Vol. 2, No. 2, pp. 1-20. DOI: <http://dx.doi.org/10.18847/1.4.1>
- Cengiz, S. (2020); Assessing the Astana. Peace Process for Syria: Actors, Approaches, and Differ Finkielsztoyn ences. *Contemporary Review of the Middle East*, 7(2), 200-214. <https://doi.org/10.1177/2347798920901876>
- Consejo Argentino Para las Relaciones Internacionales (2015); *Irak, siria y el califato ¿un nuevo medio oriente?* (1.^a ed., pp. 1–209). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CARI. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CARI.
- D’Alema, F. (2017); The Evolution of Turkey’s Syria Policy. *Instituto Affari Internazionali*, N° 17.
- Dalacoura, Katerina (2017); A new phase in Turkish Foreign Policy, en *MENARA*, No. 4, February.

- Datos básicos Refugiados. (2020); Recuperado 15 de mayo de 2021, de Acnur.org website: <https://www.acnur.org/datos-basicos.html>
- Davutoglu, A. (2008); Turkey's Foreign Policy Vision: An Assessment of 2007. *Insight Turkey*, 10(1), 77-96. Recuperado de: <http://arsiv.setav.org/ups/dosya/9595.pdf> [Fecha de consulta: 28/08/2021]
- Davutoglu, A. (2009); Principles of Turkish Foreign Policy. Discurso pronunciado por Su Excelencia Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Turquía Ahmet Davutoglu, 8 de Diciembre de 2009. Recuperado de: <http://arsiv.setav.org/ups/dosya/14808.pdf> [Fecha de consulta: 28/08/2021]
- Davutoglu, A. (2010); Turkey's Zero-Problems Foreign Policy. *Foreign Policy*. Recuperado de: <http://foreignpolicy.com/2010/05/20/turkeys-zero-problems-foreign-policy> [Fecha de consulta: 28/08/2021]
- Davutoglu, A. (2012); Principles of Turkish Foreign Policy and Regional Political Structuring, *Vision Papers*, (3), 1-12. Recuperado de: http://sam.gov.tr/wpcontent/uploads/2012/04/vision_paper_TFP2.pdf [Fecha de consulta: 28/08/2021]
- De Pedro, N., Martínez, I., & Sökmen, M. J. (2018); Rusia, Irán y Turquía ¿una estrategia común en Siria? *Notes Internacionals CIDOB*, 196, 1-6. Recuperado el 24 de mayo, 2021 de https://www.cidob.org/es/publicaciones/serie_de_publicacion/notes_internacionals/n1_196/ru_sia_iran_y_turquia_una_estrategia_comun_en_siria
- Demircan, N. (2021); *La orientación en la política exterior turca: ¿neo-otomanismo o eurasiatismo?* (pp. 1–5). China: Quixoteglobe. Recuperado de [file:///C:/Users/54346/Downloads/quixoteglobe.comesneo-otomanismo-o-eurasianismo-2021%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/54346/Downloads/quixoteglobe.comesneo-otomanismo-o-eurasianismo-2021%20(1).pdf)
- Devrim, D. (2012); El papel de Turquía como potencia regional en el Cáucaso y el mar negro. *Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)*, 156, 111–140. http://www.ieee.es/publicaciones-new/cuadernos-de-estrategia/2012/Cuaderno_156.html
- Dueck, Collin (2005); “Realism, Culture and Grand Strategy: Explaining America's Peculiar Path to World Power”, *Security Studies*, 14:2, 195-231.
- El país (2011); “El apoyo a la revuelta tunecina se extiende a otros países árabes”, en *El País Web*, 17 de enero. Disponible *on line* en: http://elpais.com/diario/2011/01/17/internacional/1295218809_850215.html

- El País (2011); “Gadafi rectifica y da ahora su respaldo a la Revolución tunecina”, en El País web, 29 de enero. Disponible *on line* en: http://elpais.com/diario/2011/01/29/internacional/1296255610_850215.html
- El País (2019); “Libia, el nuevo campo de batalla entre Turquía y Rusia”, en El País Web, 25 de diciembre. Disponible *on line* en: https://elpais.com/internacional/2019/12/17/actualidad/1576601782_072834.html
- El País (2021); “Turquía afianza su control en el norte de Siria”, en El País Web, 10 de marzo. Disponible *on line* en: <https://elpais.com/internacional/2021-03-10/turquia-afianza-su-control-en-el-norte-de-siria.html>
- Emergencia en Siria. (2021). Recuperado 5 de septiembre de 2021, de Acnur.org website: <https://www.acnur.org/emergencia-en-siria.html>
- Europapress (2020); “El Parlamento de Turquía aprueba prorrogar 18 meses el despliegue de militares en apoyo al Gobierno de unidad de Libia”, en Europapress web, 22 de diciembre. Disponible *on line* en: <https://www.europapress.es/internacional/noticia-parlamento-turquia-aprueba-prorrogar-18-meses-despliegue-militares-apoyo-gobierno-unidad-libia-20201222204511.html>
- Evans, G. (2011); The RtoP Balance Sheet after Libya. En Stark, A (Ed) The Responsibility to Protect: Challenges & Opportunities in Ligth of the Libyan Intervention (pp. 34-40) Recuperado de: http://www.globalr2p.org/me-dia/files/gareth-_interview-the-rtop-balance-sheet-after-libya.pdf
- Ferreyra, M. (2018); Siria: de las revueltas seculares en la primavera árabe a la islamización de la guerra civil. *Apuntes Sobre África Y Medio Oriente*, 12(2525-2011), 97–115.
- Finkielsztoyn, M. (2012); La Política Exterior de Turquía en la Primavera Árabe. Artículo de Investigación AI 007/2012, 1-16. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/44462/Documento_completo.pdf?sequence=1&isAllowed=y [Fecha de consulta: 21/07/2021]
- Finkielsztoyn, M. (2014); Política exterior turca 2.0: un análisis post Primavera Árabe. En VII Congreso de Relaciones Internacionales del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI). Congreso llevado a cabo en La Plata, Argentina. Recuperado de: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/44462> [Fecha de consulta: 11/04/2021]

- Foreign Affairs Latinoamérica (2020); “Turquía: la emergente política exterior militarista”, en Foreign Affairs Latinoamérica web, 24 de julio. Disponible *on line* en: <https://revistafal.com/turquia-la-emergente-politica-exterior-militarista/>
- France24 (2021); “Qatar restablece relaciones con sus vecinos del Golfo Pérsico tras tres años de crisis”, en France24 web, 05 de enero. Disponible *on line* en <https://www.france24.com/es/medio-oriente/20210105-arabia-saudita-qatar-relaciones-diplomacia-acusaciones-terrorismo>
- Garcés Mascareñas, B. (2020); Cuatro años del acuerdo UE-Turquía. CIDOB opinión 2013-4428. Acceso en 28 de agosto de 2021: https://www.cidob.org/es/publicaciones/serie_de_publicacion/opinion_cidob/migracion/es/cuatro_anos_del_acuerdo_ue_turquia
- García Sicard, N. y Ghotme, R. (2016); *Los refugiados sirios como “problema” de seguridad regional*. Estud. Asia Áfr., vol.51, N° 2, Ciudad de México. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2448-654X2016000200365
- Gingeras, R. (2020); “Blue homeland: the heated politics behind turkey’s new maritime strategy”, War on the Rocks, 2 de Junio de 2020. Disponible en: <https://warontherocks.com/2020/06/blue-homeland-the-heated-politics-behind-turkeys-new-maritimestrategy/>
- Goenaga Sánchez, A. (2013); *La guerra civil siria: regionalización del conflicto y fragmentación de la oposición* (8.ª ed., pp. 162–206). España: Fundación Giménez Abad. Recuperado de <https://www.fundacionmgimenezabad.es/es/documentacion/la-guerra-civil-siria-regionalizacion-del-conflicto-y-fragmentacion-de-la-oposicion>
- Gonzalez Levaggi, A. (2020); Política Exterior de Turquía en la Guerra Civil siria. *Consejo Argentino para Las Relaciones Internacionales*, 115, 1–17.
- Hale, William (2013). *Turkish Foreign Policy Since 1774*. 3.ª edición. London-New York: Routledge.
- Heydemann, S. (2013); “La revuelta en Siria: sectarismo, regionalización y el orden estatal en el Levante”, en http://www.fride.org/descarga/WP_119_Syria_Uprising.pdf
- Hinnebusch e Imady. 2017. «Syria’s Reconciliation Agreements», *The Day After: Post-Uprising Realities and Challenges*, 9 (2): 1-14. Disponible en: <https://ojs.st-andrews.ac.uk/index.php/syria/article/view/1558/1193>.
- Ipek, P. (2020); “Turkey’s Multiple Roles in the Libyan Conflict: Manoeuvring Regional and Domestic Dynamics.” En *Navigating the Regional Chessboard: Europe’s*

Options to Address Conflicts in the Mena Region, editado por Achim Vogt y Sarah Schmid, 87-94. Beirut: Friedrich Ebert Stiftung.

- Joffé, George (2013); Civil Activism and the Roots of the 2011 Uprisings. In: Jason Pack (Ed.): The 2011 Libyan uprisings and the struggle for the post-Qadhafi future. 1st ed. New York: Palgrave Macmillan, pp. 23–51.

- Kalin, I. (2011); Soft Power and Public Diplomacy in Turkey. Perceptions. Journal of International Affairs, XVI(3), 5-24. Recuperado de: <https://dergipark.org.tr/tr/download/article-file/816442> [Fecha de consulta: 01/04/2021]

- Kerrou, M. (2011); Retrieved from Túnez: revolución y transición política o el conflicto de las tres legitimidades: <https://www.iemed.org/observatori/arees-danalisi/arxiu-adjunts/qm-16>

es/kerrou_tunez%20revolucion%20transicion%20tres%20legitimidades_qm16.pdf

- Kösebalaban, H. (2011); Turkey and the New Middle East: Between Liberalism and Realism. Perceptions. Journal of International Affairs, XVI(3), 93-114. Recuperado de: <https://dergipark.org.tr/en/download/article-file/816449> [Fecha de consulta: 01/20/2021]

- l'Istituto per gli Studi di Politica Internazionale (2021); “How Turkey Owns Part of Syria’s Future”, en l'Istituto per gli Studi di Politica Internazionale web, 15 de marzo. Disponible *on line* en: <https://www.ispionline.it/it/pubblicazione/how-turkey-owns-part-syrias-future-29616>

- l'Istituto per gli Studi di Politica Internazionale (2021); “The Middle East's Game of Drones: The Race to Lethal UAVs and Its Implications for the Region's Security Landscape”, en l'Istituto per gli Studi di Politica Internazionale web, 15 de enero. Disponible *on line* en: <https://www.ispionline.it/en/pubblicazione/middle-east-s-game-drones-race-lethal-uavs-and-its-implications-regions-security-landscape-28902>

- l'Istituto per gli Studi di Politica Internazionale (2021); “Why Is the End of Turkey's 'Loneliness' Now Precious in the Eastern Mediterranean?”, en l'Istituto per gli Studi di Politica Internazionale web, 27 de mayo. Disponible *on line* en: <https://www.ispionline.it/en/pubblicazione/why-end-turkeys-loneliness-now-precious-eastern-mediterranean-30511>

- Lasagna, Marcelo (1995); “Las determinantes internas de la política exterior: un tema descuidado en la teoría de la política exterior”. Estudios Internacionales. Santiago, N° 111 387-408.

- Lechini de Álvarez, G - Rabbia, N. (junio 2013); Incidencias de la primavera árabe en el fin de la “Era verde” en Libia: cuestiones sobre derecho de intervención y deber de

injerencia. *Austral: Brazilian Journal of Strategy & International Relations*.
<https://seer.ufrgs.br/austral>

- Lundgren, M. (2019); Mediation in Syria, 2016-19: A tale of two processes. Disponible en: [t.ly/pwdBE](https://doi.org/10.2139/ssrn.3507785). Disponible en: <https://doi.org/10.2139/ssrn.3507785>.

- Macías Amoretti, Juan Antonio (2011); “La “virtualización” del discurso y la acción política en el Magreb.” *CIDOB d’Afers Internacionals* 93-94: 53-71. Acceso en 28 de junio de 2021:

http://www.cidob.org/ca/publicacions/articulos/revista_cidob_d_afers_internacionals/la_virtualizacion_del_discurso_y_la_accion_politica_en_el_magreb_el_caso_d_el_islam_politico_marroqui_y_su_lucha_por_el_poder_ideologico_en_internet

- Martín Arin, O. (2014); Redes sociales en Internet y el Estado Islámico. *Instituto De Relaciones Internacionales (IRI)*, VII, 1–16.

- Moaid-azm Peregrina, J. (2020); Comportamiento saboteador en mediación internacional: la fragilidad del proceso sirio. *Revista Española de Ciencia Política*, 54, 95-120. Doi: <https://doi.org/10.21308/recp.54.04>

- Monaem Ellafi, Abdel (2006); “Libia: La inflación política... entre ‘emitir legitimidad’ y ‘producir eficacia’.” Acceso en 21 de abril de 2021: <http://www.webislam.com/?idt=5571>. Consultado el 15 de marzo de 2021.

- Murinson, A. (2006); “The Strategic Depth Doctrine of Turkish Foreign Policy”, *Middle Eastern Studies*, 42(6), pp. 945-964. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/4284512>

- Naïr, Samir et al. (2012); Las revoluciones árabes. Causas, consecuencias e impacto en América Latina. Buenos Aires: Capital Intelectual.

- O’Bagy, E. (2013); The free Syrian army. Middle East Security Report 9, Institute for the Study of War. <http://www.understandingwar.org/report/freesyrian-army>

- Onis, Ziya (2012); Turquía y la primavera árabe: entre la ética y el interés propio (12 de agosto de 2012). *Insight Turquía*, vol. 14, No. 3, págs. 45-63, disponible en SSRN: <https://ssrn.com/abstract=2017639> o <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2017639>

- Organización de Naciones Unidas (1982); Convención de las Naciones Unidas sobre El Derecho del Mar. Montego Bay. Recuperado de https://www.un.org/depts/los/convention_agreements/texts/unclos/convemar_es.pdf

- Ortiz Aranda, T. (2016); La primavera árabe: el despertar de los pueblos sometidos (Tesis de Grado). Retrieved Diciembre 27, 2018, from Universidad de Jaén, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación: https://www.researchgate.net/publication/326803474_Cita_en_Ortiz_Aranda_M_T_201

6_La_primavera_arabe_el_despertar_de_los_pueblos_sometidos_Tesis_de_Grado_Facultad_de_Humanidades_y_Ciencias_de_la_Educacion_Jaen

- Özel, S., & Uçar, G. (2019); The economics of Turkey-Russia relations. Centre for Economics and Foreign Policy Studies. Recuperado el 29 de octubre, 2021 de https://edam.org.tr/wp-content/uploads/2019/07/The-Economics-of-Turkey-Russia-Relations_compressed.pdf

- Özkan, M. (2011); From Distance to Engagement: Turkish Policy towards the Middle East, Iraq and Iraqi Kurds. *Insight Turkey*, 13(2), 71-92. Recuperado de: <https://www.insightturkey.com/file/672/from-distance-to-engagement-turkish-policy-towards-the-middle-east-iraq-and-iraqi-kurds-spring-2011-vol13-no2> [Fecha de consulta: 28/08/2021]

- Pace, L. (2019); *La Política Exterior de la República de Turquía durante y después de la Primavera Árabe*. Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional de Rosario.

- Paredes Rodríguez, R. (2013); La Primavera Árabe: el largo camino de un proceso de transición económica. TLA-MELAU, *Revista de Ciencias Sociales*, p. 6-25.

- Paredes Rodríguez, R. (2016); El Estado Islámico, una amenaza real que vino para quedarse. *Voces en el Fenix*, Año 7, n° 56. Recuperado de: http://www.vocesenelfenix.com/siete/default/files/numero_pdf/fenix%2056%20baja.pdf

- Pierini, M. (2018); “Gas and Gunboats Around Cyprus”, Carnegie Europe, Strategic Europe (blog), 20 de marzo, <https://carnegieeurope.eu/strategieurope/75838> .

- Rabbia, N. (2012); *Lecciones sobre el fin de la “era verde” en Libia* (pp. 1–13). La Plata: Instituto de Relaciones Internacionales (IRI). Recuperado de https://www.iri.edu.ar/publicaciones_iri/anuario/cd_anuario_2012/Africa/rabbia.pdf

- Rabbia, Noemí S. (2011); “Lo importante es que Gaddafi desapareció.” *Síntesis Mundial*, Octubre: 19-21. http://www.fundamentar.com/archivos/publicaciones/sintesis_mundial/pdf/sm%20octubre%202011.pdf.

- Raymond H. (2015); “De vuelta a la enemistad. Relaciones Turquía-Siria desde el levantamiento sirio”, en *Oriente*, Vol. 56, núm. 1, pág. 14-22, <http://hdl.handle.net/10023/6068>

- Ramonet, I. (2011); Cinco causas de la insurrección árabe. *Le Monde Diplomatique*, 1-15

- Reuters (2011); “Turkey opposes any NATO operation in Libya”, en Reuters web, 14 de marzo. Disponible *on line* en: <https://www.reuters.com/article/us-libya-turkey-idUSTRE72D49D20110314>
- Roberts, Hugh (2012); *Libya and the Recklessness of the West*. London Review of Books Blog, Available online at <http://www.lrb.co.uk/blog/2012/09/22/hugh-roberts/libyaand-the-recklessness-of-the-west/>, checked on 07.04.2014.
- Rodríguez López, C. (2011); ¿Turquía como modelo para las transiciones árabes? ARI 118/2011, 1-7. Recuperado de: http://realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/mediterraneo+y+mundo+arabe/ari118-2011 [Fecha de consulta: 15/08/2021]
- Rodríguez, L. (2015); *Procesos de cambio político tras la Primavera Árabe*. Obtenido de file:///Users/familia/Downloads/DDPG_Meli%C3%A1nRodr%C3%ADguezL_Procesoscambiopol%C3%ADtico.pdf
- Ruma, I. y Çelikpala, M. (2019); *Russian and Turkish Foreign Policy Activism in the Syrian Theater*. *Uluslararası İlişkiler*, 16(62), 65-84. <https://doi.org/10.33458/uidergisi.588930>
- Sánchez Tapia, Felipe (2020); «Turcáfrica», poder virtuoso en acción. Documento de Análisis IEEE 29/20. http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2020/DIEEEA29_2020FELSAN_TurcAfrica.pdf y/o enlace bie3 (23/07/2021)
- Sánchez Tapia, Felipe (2021); *La industria turca de defensa. Activo estratégico de primer orden*. Documento de Análisis IEEE 06/21. http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2021/DIEEEA06_2021_FELSAN_IndustriaTurca.pdf (24/08/2021)
- Saurina, M. (2021); *Política exterior de Turquía en el mediterráneo: conflicto y continuidad* (107 ed., pp. 1–33). España: Observatorio de Política Exterior (OPEX) de la Fundación Alternativas. Recuperado de <https://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex/documentos/documentos-de-trabajo/politica-exterior-de-turquia-en-el-mediterraneo-conflicto-y-continuidad>
- Schnelzer, N. (2015); *Libya in the Arab Spring* (1.ª ed., pp. 1–111). Germany: Springer VS. Germany: Springer VS.

- Sökmen, M. J.; Martínez, I y de Pedro, N. (2018); Rusia, Irán y Turquía: ¿Una estrategia común en Siria? *CIDOB*, Nº 196.
- Soler i Lecha, E. (2017); Alianzas Líquidas en Medio Oriente. *CIDOB*.
- Sorrentino, M. J., & Valente Hervier, X. (2016); “*El Estado Islámico como nueva amenaza a la seguridad internacional*” (Licenciatura). Universidad Abierta Interamericana.
- Sorroza, Alicia (2011); “Intervención en Libia: un puzzle de intereses europeos”. ARI 80. Acceso 09 de mayo de 2012. http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/europa/ari80-2011.
- Stein, Aaron (2014); Turkey’s New Foreign Policy. Davutoglu, the AKP and the Pursuit of Regional Order. London: Royal United Services Institute for Defense and Security Studies.
- SWI swissinfo (2021); “Libia, el "patio de atrás" de la OTAN que agitan Turquía y Rusia”, en SWI swissinfo web, 13 de junio. Disponible *on line* en: <https://www.swissinfo.ch/spa/otan-cumbre--an%C3%A1lisis-libia--el-patio-de-atr%C3%A1s--de-la-otan-que-agitan-turqu%C3%ADa-y-rusia/46701678>
- Tanchum, M. (2020); “The Logic Beyond Lausanne: A Geopolitical Perspective on the Congruence between Turkey’s New Hard Power and its Strategic Reorientation”, *Insight Turkey*, 22(3), pp. 41-54. doi:10.25253/99.2020223.03
- Taspinar, O. (2009); Entre el neotomanismo y el kemalismo. *Afkar/Ideas*. Disponible en línea: <https://www.iemed.org/observatori/arees-danalisi/arxiu-adjunts/afkar/afkar-idees-21/9Taspinar.pdf/>
- Seibert, Thomas (2011); "Turquía está perdiendo la paciencia con Siria". *El Nacional*. 8 de agosto de 2011. www.thenational.ae/news/world/europe/turkey-losing-patience-with-syria /VER PQ ES UN DIARIO/
- Tomé Alonso. B. (2011); La nueva política exterior del AKP: en busca de una mayor relevancia regional. Universidad Complutense de Madrid.
- Torres Amurgo, L. (2020); La evolución del realismo en las relaciones internacionales: aplicación de la teoría de juegos a la guerra de Siria. *Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)*, 18, 1543-1576. https://www.ieee.es/publicaciones-new/documentos-marco/2020/DIEEEM04_2020LLUTOR_wargame.html
- Traynor, Ian; Watt, Nicholas (2011); “Lybia: NATO to control no fly-zone after France gives way to Turkey”, *The Guardian*, 25 de marzo.

- Valencia, R y M Ruvalcaba (2011); Potencias medias y potencias regionales en el Sistema Político Internacional: dos modelos teóricos. *Geopolítica (s)*, 1(2), 251–279. <https://revistas.ucm.es/index.php/GEOP/article/view/36329>
- Walker, Joshua W. (2011); “Turkey's global strategy: introduction: the sources of Turkish grand strategy - ‘strategic depth’ and ‘zero-problems’ in context”, in Kitchen, Nicholas (ed.) LSE Ideas, London School of Economics and Political Science, London, UK.
- Wendt, A. (1992); Anarchy es what States make of it: the social construction of power politics. *International Organization* (46), p. 391-425.
- Yahya, M. (2017); “The Perils of Side Arrangements”, Carnegie Middle East Center, Diwan (blog), 23 de agosto, <https://carnegie-mec.org/diwan/72887>
- Yapar, Haka (2021); De la Profundidad Estratégica a la Patria Azul y más allá. Comprendiendo la deriva de Turquía hacia una mayor autonomía estratégica. Documento de Opinión IEEE 40/2021. http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2021/DIEEEO40_2021_HAKYAP_Turquia.pdf (02/08/2021)
- Yücel Bozdağlıoğlu, (2018); Modernity, Identity and Turkey's Foreign Policy.